

**BARRIO
BODEGA**

© Secretaría de Cultura, Recreación y Deporte

Santiago Trujillo Escobar

Secretario de Cultura, Recreación y Deporte

Ana María Boada Ayala

Subsecretaria de Gobernanza

Juan Diego Jaramillo Morales

Director de Fomento

Vanessa Vellojín González

Coordinación general

Ana Cecilia Escobar Ramírez

Coordinación editorial

Ana Cecilia Escobar Ramírez

Sara Lucía Gómez Machado

Jenny Lorena Bohorquez Moreno

John Bernal Patiño

Héctor Ricardo Vargas Sánchez

Adrián Serna Dimás

Vanessa Vellojín González

Investigación y textos

Sara Lucía Gómez Machado

Corrección de estilo

Vanessa Vellojín González

Diseño, diagramación e ilustración

Sara Lucía Gómez Machado

Vanessa Vellojín González

Familia Romero Sánchez

John Bernal

ACCOSAN

Fotografías

COMUNIDAD PARTICIPANTE

Jaime Garzón - Comerciante

Siervo Florian - Presidente de San Andresito San José

Vicencio Ortiz - Ropavejero

John Bernal - Gestor cultural ARCUPA

Ivonne Toledo - Coordinadora CREA La Pepita

Martha Pedraza - JAC El Ricaurte

Germán Pineda - JAC El Ricaurte

Juan Laverde - Entornos escolares inspiradores

Laura Pérez - Entornos escolares inspiradores

Sunny Romero - Habitante del barrio

Maria Sánchez - Habitante del barrio

Hans Romero - Habitante del barrio

Aliados de investigación

Fotografías y archivo

Archivo de Bogotá

Biblioteca Luis Ángel Arango

Biblioteca Nacional

Instituto Geográfico Agustín Codazzi

1a. edición DeambuLAB Ediciones
Bogotá, Colombia, 2025

ISBN: 978-628-97263-0-5

Impreso en Bogotá, Colombia
por La Imprenta Editores

Licencia Creative Commons Atribución-
NoComercial 4.0 Internacional (CC BY-NC 4.0).
Se permite su copia, distribución y adaptación con
fines educativos y no comerciales, siempre que se
reconozca debidamente la autoría y la fuente.

DeambuLAB

© DeambuLAB, 2025

Deambulante LAB S.A.S

www.deambulab.com

barriobodega@deambulab.com

Proyecto ganador de la Beca «La historia contada en barrios y
manifestaciones culturales de Bogotá», de la Secretaría de Cultura
y Recreación y Deporte y el Programa Distrital de Estímulos 2025.

San Andresito San José, años 2000
Archivo ACCOSAN

Propuesta ganadora
PdeM PROGRAMA DISTRITAL DE
estímulos



BARRIO BODEGA

*memorias y
rebusque
en La Pepita*

Jaime Garzón

Comerciante

Habitante de la localidad de Los Mártires hace más de 50 años.
Líder destacado del gremio de los ropavejeros de Plaza España y de la Junta de Acción Comunal de La Pepita

John Bernal

Fotógrafo

Gestor cultural ARCUPA
La otra mirada

Martha Pedraza

Presidenta JAC Ricaurte

Habitante del sector, comerciante y presidenta de la Junta de Acción Comunal del barrio Ricaurte

Germán Pineda

JAC Ricaurte

Habitante del sector y líder de la Junta de Acción Comunal del barrio Ricaurte

Siervo de Jesús Florian Paez

Abogado y comerciante

Presidente de San Andresito San José -
Bodegas antiguas Fundadores
Dirigente comercial y fundador
de San Andresito San José

Vicencio Ortiz

Ropavejero

Comerciante con más de 50 años de tradición en el rubro de la ropa usada y refaccionada

Familia Romero Sánchez

*Sunny Romero Sánchez
María de Jesús Sánchez
Hans Augusto Romero*

Habitantes del barrio La Pepita durante tres generaciones

Ivonne Toledo

CREA La Pepita

Coordinadora CREA La Pepita

Laura Marcela Pérez Turizo

Profesional Comunitaria

Fundación tiempo de juego - Estrategia Entornos Escolares Inspiradores

Juan Camilo Laverde Moreno

Profesional Comunitario

Secretaría de Educación del Distrito
Oficina para la Convivencia Escolar
Estrategia Entornos Escolares
Inspiradores

6	Prolólogo Adrián Serna
10	Introducción La Pepita: barrio-bodega y memoria viva en el corazón de Bogotá. <i>Jenny Lorena Bohorquez Moreno y Ana Cecilia Escobar Ramírez</i>
20	Memoria barrial y patrimonio vivo: una ruta metodológica participativa en La Pepita. <i>Jenny Lorena Bohorquez Moreno</i>
34	Historia del barrio La Pepita y su transformación urbana. <i>Ana Cecilia Escobar Ramírez</i>
58	Morfología y arquitectura funcional del territorio. <i>John Bernal</i>
64	San Andresito San José: el barrio que se volvió comercio. <i>Sara Lucía Gómez Machado</i>
74	Saberes del rebusque: memorias orales y prácticas comerciales <i>DeambuLAB y John Bernal.</i>
112	Identidades móviles: perspectivas comunitarias desde La Pepita. <i>Vanessa Vellojín González</i>
124	Conclusión: Patrimonio urbano en disputa: La Pepita entre la institucionalidad y la memoria colectiva. <i>Hector Ricardo Vargas Sánchez</i>



prólogo

PAISAJES ABIGARRADOS, MEMORIAS DIVERSAS, UNA HISTORIA CRÍTICA

Adrián Serna Dimas

Los barrios de Bogotá tienen una historia profunda que no resulta fácil de rememorar, mucho menos de comunicar, incluso de entender. Desde hace un siglo la ciudad entró en un proceso de expansión que en pocas décadas se tradujo en una marcada segmentación física y una profunda segregación social que condujeron a que unas clases y grupos se hicieran a unos barrios que se fueron tornando absolutamente extraños para otras clases y grupos. La historia de la ciudad empezó a discurrir de manera distinta de unos parajes a otros, cada vez más afectada por unas desigualdades que se hacían patentes en el vivir de las gentes, en el carácter de sus residencias, en el estado de sus calles y en las fachadas de sus barrios. Estas desigualdades también se hicieron patentes en la solvencia de los servicios públicos elementales, en la presencia del Estado y, en consecuencia, en el ejercicio de los derechos de los residentes de los diferentes territorios urbanos.

De hecho, no resulta aventurado decir que una historia separada en enclaves, afectada por desigualdades y naturalizada en los entornos, permitió que el pasado de unas clases se revistiera como único futuro o que el presente de otras clases se recubriera no sólo de pasado, sino de antigüedad y, más que eso, de obsolescencia. De este modo, una ciudad segmentada o fragmentada permitió que se superpusiera el discurrir del tiempo con la distribución de la riqueza o el ejercicio de los derechos, lo que convirtió la posesión de unos en un acumulado histórico y la pobreza de otros en una ausencia absoluta de historia. Sin duda, una cosmovisión conservadurista que convirtió a la ciudad en una promesa a largo plazo, toda una catástrofe, sobre todo, para los recién llegados por cuenta de fenómenos como el desplazamiento forzado. Esta situación fue profundizada por ciertos discursos patrimoniales que, al reivindicar unos valores históricos, estéticos o simbólicos al margen de las condiciones de desigualdad de la ciudad, terminaron emplazando las herencias colectivas solo en unos entornos urbanos, en determinados barrios, en ciertas edificaciones y, obviamente, en unas clases sociales.

Precisamente, el giro de los discursos patrimoniales en las últimas décadas apuntó a introducir unos valores sociales, culturales y comunales que, al tamizar los valores históricos, estéticos y simbólicos establecidos, permitieran reintroducir el pasado, el reconocimiento de la historia y la reivindicación de unos patrimonios propios como parte del derecho a la ciudad de las mayorías urbanas. Este giro permitió que las gentes pudieran hacer manifiestas unas realizaciones populares, proletarias, alternativas o disidentes no solo como herencias de unos entornos urbanos circunscritos sino como parte sustancial de las herencias de la ciudad como un todo, que no solo estaban llamadas a ampliar sino a controvertir o cuestionar las herencias hasta entonces establecidas por la historia oficial con sus discursos patrimoniales. No se trató de una reivindicación que conservaría y se conservaría en el margen, sino de una que cuestionaría al conjunto de la historia urbana.

El presente texto es una expresión de este giro patrimonial. Unas jóvenes investigadoras con las gentes y las comunidades de La Pepita nos muestran no solo el proceso histórico que le dio origen a esta parte céntrica de la ciudad de Bogotá hasta el presente, sino que al hacerlo sacan a flote que detrás de tantas creencias urbanas sobre el centro abatido y consumido desde el 9 de abril de 1948, en realidad se alza una portentosa historia construida por diferentes gentes, con actuaciones y agencias distintas, que han grabado sus cosmovisiones en el paisaje urbano, en las fachadas de los barrios y en los usos de estos. Esta reivindicación de la historia urbana desde la profundidad de un sector como el de La Pepita no solo nos habla de un patrimonio propio, de una historia con sus propias enjundias, sino de la urgente necesidad de que ella le permita al Estado reconocer este territorio urbano en su singularidad, garantizarle derechos a sus residentes, incluidos aquellos que, en situación de vulnerabilidad, también son sujetos del derecho a la ciudad. Sin duda, un trabajo magnífico sobre los nuevos patrimonios urbanos.





introducción

LA PEPITA: UN BARRIO-BODEGA Y MEMORIA VIVA EN EL CORAZÓN DE BOGOTÁ

*Jenny Lorena Bohorquez Moreno
Ana Cecilia Escobar Ramirez*

DeambuLAB cree en el aprendizaje significativo sobre el patrimonio y la cultura como una vía potente para la apropiación identitaria de una comunidad y su empoderamiento como sujetos históricos. Es por eso que estamos enfocadas en la creación de estrategias y contenidos físicos y digitales de divulgación cultural, recursos metodológicos, pedagógicos y didácticos.

En este marco surge el proyecto *Barrio Bodega: memorias y rebusque en La Pepita* ganador de la beca *La historia contada en barrios y manifestaciones culturales de Bogotá*, de la Secretaría de Cultura, Recreación y Deporte y el Programa distrital de Estímulos 2025, cuyo objetivo es difundir la historia barrial del centro histórico ampliado. Desde esta mirada, el proyecto propone recorrer el territorio de La Pepita para reconocer en sus calles las huellas de su historia viva.

Deambular por La Pepita es reencontrarse en cada esquina con aquello que somos y valoramos. Casas, tiendas y recovecos evocan la fuerza trabajadora y mutante de sus habitantes. La Pepita es memoria, olores, sabores, trueques y rebusques.

La Pepita es un barrio que late. Su vitalidad se expresa en el comercio popular y en la mixtura entre lo tradicional y lo contemporáneo. Este proyecto buscó reconocer, documentar y resignificar esas memorias vivas, entendiendo el rebusque no solo como una economía, sino como una forma de organización urbana, social y cultural, profundamente arraigada en el centro histórico. En la memoria del rebusque y en la resistencia de sus habitantes, La Pepita guarda su vida cotidiana como un tesoro capitalino.



*Ejemplo de arquitectura residencial en La Pepita.
Foto DeambuLAB. Septiembre 2025*

La Pepita: territorio del centro de bogotá

Habitar La Pepita es más que vivir puertas adentro: es estar en el corazón estratégico de Bogotá. La localidad de Los Mártires es uno de los territorios históricos con mayor influencia en el desarrollo urbano de la ciudad, junto a Santa Fe y la Candelaria, albergando gran cantidad de Bienes de Interés Cultural. Con una extensión de 6,5 km², es una de las localidades más pequeñas de la ciudad; en 2023 registró una población de 82 mil personas aproximadamente (Secretaría Distrital de Planeación, 2017). Está dividida en dos Unidades de Planeación Zonal (UPZ): Santa Isabel y La Sabana, en donde se ubica La Pepita.

La UPZ La Sabana tiene una extensión de 450,9 hectáreas. Se caracteriza por concentrar la mayor cantidad de bodegas de la localidad, en lugares icónicos como San Andresito San José —ubicado en La Pepita—, Ricaurte, Voto Nacional y La Estanzuela. También incluye vivienda en propiedad horizontal (PH), como edificios, casas o dúplex divididos en unidades independientes.

Por su parte, La Pepita se reconoce como un barrio clave para el desarrollo económico de la capital, ya que colinda con tres vías principales: la Avenida Comuneros —más conocida como la calle 6.^ª—, que conecta el oriente con el occidente en la zona sur; la carrera 24, que articula el eje norte-sur; y la carrera 19



▲ Arbolado (La Pepita). Ilustración propia basada en el Visor Geográfico Ambiental de la Secretaría Distrital de Ambiente. (2025) [Base de datos geoespacial]. Fecha: 6 de agosto de 2025

y la calle 11, que dan acceso al Hospital San José y a la Plaza España. Además de su cercanía con la Estación de la Sabana, el Bronx Distrito Creativo y el Voto Nacional.

La Pepita se dibuja con fronteras invisibles que solo existen en el papel. Su trazado se fue definiendo con los procesos urbanísticos históricos, mutando de un terreno sacro, a marchitarse entre carrocerías olvidadas, hasta el resurgimiento de cada cuadra y manzana según las necesidades de la zona.

¿Quién habita La Pepita?

La Pepita es tan diversa como sus calles. Tradicionalmente relacionada con las dinámicas de la economía informal y el rebusque (Gago et al., 2017), con el tiempo la presencia de grandes comerciantes ha configurado gran parte de la estructura social, con distintos perfiles de habitantes. El barrio reúne a antiguos residentes que resisten por su legado, junto a recién llegados que proyectan un futuro prometedor; arrendatarios y propietarios que atesoran sus terrenos y los transforman, así como migrantes, familias, vendedores ambulantes, habitantes de calle y transportadores. En este cruce de trayectorias se teje una relación estrecha con el territorio: algunos solo lo recorren y lo hacen suyo, mientras que otros, desde hace más de treinta años, encontraron en sus calles su hogar.

Silenciosamente, este sector adquirió un papel protagónico en las dinámicas económicas y comerciales de la capital, configurando históricamente los usos, rutas y prácticas que alimentan el corazón y la identidad de Bogotá. Estas características son reconocidas por el Plan Especial de Manejo y Protección del Centro Histórico de Bogotá (PEMP-CHB), y con base en su delimitación geográfica, se resalta que esta zona requiere una atención especial por su relevancia territorial, histórica y cultural para la ciudad.



◀ *Fotografía del Álbum de la Familia Romero Sánchez*

La Pepita en el Plan Especial de Manejo y Protección (PEMP)

El PEMP-CHB, formulado por el IDPC (2019) a partir de los Planes de Ordenamiento Territorial (POT), es el marco normativo actual para la gestión del patrimonio en la capital. Bajo esa premisa, se convierte en la base para releer La Pepita y su incidencia en las prácticas del rebusque y la conexión identitaria dentro de la ciudad.

El PEMP propone una gestión integral que reconoce el valor de los patrimonios materiales e inmateriales, sus habitantes, la historia y los retos asociados a las transformaciones del centro de la ciudad. Su función es «generar una herramienta flexible que oriente la dinámica actual del territorio donde, a partir del reconocimiento de los valores del pasado, se resignifique el presente y se garantice un mejor futuro que propicie mayores condiciones de arraigo e identidad» (IDPC, 2019, p. 18).

Así, el PEMP se propone como una hoja de ruta para una revitalización urbana justa, inclusiva y sostenible de un territorio, dando valor a sus Bienes de Interés Cultural (BIC), así como a sus áreas de influencia, entendiendo que «El PEMP-CHB promueve la fiabilidad del territorio; es decir, disminuye la desconfianza de habitarlo por el temor a que el deterioro incremente, fomentando condiciones propicias de habitabilidad, sostenibilidad y competitividad en la zona» (IDPC, 2019, pp. 8-9), otorgando importancia a todas aquellas manifestaciones específicas de un territorio.

Asimismo, «[...] reconoce la importancia del habitante tradicional,

fortalece y aprovecha su presencia y participación incidente» (IDPC, 2019, p. 15). En suma, el plan busca la armonización entre los espacios y sus habitantes, partiendo de su relevancia cultural, reconociendo que la historia del centro de la capital está permeada por transformaciones sociales, económicas y de territorialización en distintas zonas.

El PEMP, al considerar los bienes de interés material e inmaterial, ofrece un panorama más amplio y flexible para la lectura del territorio como un espacio incluyente e integral. Esto permite que esta propuesta de activación patrimonial en La Pepita sea visible y proyectiva en el tiempo, pensando en los nodos territoriales que conectan la identidad de la ciudad con las prácticas de habitabilidad y sostenibilidad.

De esta forma, la construcción de las valorizaciones que serían incluídas en el PEMP, permitieron definir criterios para incorporar parte de La Pepita dentro de esa zona de influencia.

El área entre las calles 10 y 11, y las carreras 19 y 19A, pertenece al barrio y hoy alberga el Centro Comercial España Plaza, clave en la historia de los ropavejeros y su proceso de resistencia y reubicación, considerándose como punto de encuentro y comercio tradicional dentro del PEMP. Este reconocimiento se respalda en el Decreto 2358 de 2019, que busca preservar las manifestaciones del patrimonio cultural que garanticen a toda la población tanto en su disfrute como en el conocimiento, apropiación y divulgación, todo con carácter participativo. (Colombia, 2019).

Bajo esta lupa, compartimos lo planteado por Salge Ferro, M. y Puccini Montoya, A. (2021), quienes mencionan que:

[...] el patrimonio es una construcción social que se coproduce escalarmente, y, por ende, que las comunidades también deben formular sus propios enunciados propiciando una mirada desde el patrimonio vivo, con el fin de romper la brecha entre valores expertos y significados comunitarios. (p. 200)

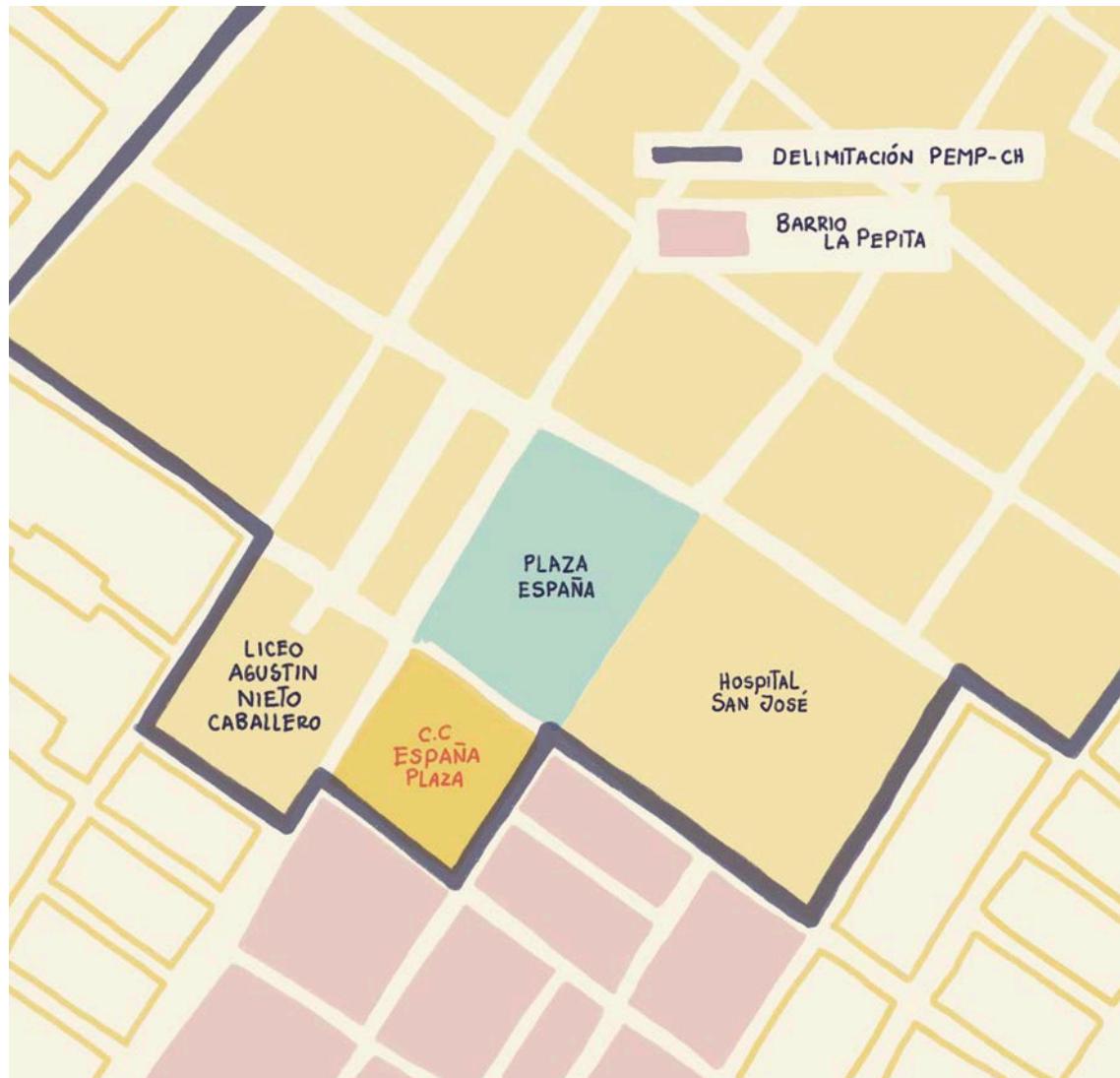


Ilustración propia basada en la Delimitación del área PEMP – CHB.
Plancha 1 de 29 (Instituto Distrital de Patrimonio Cultural – IDPC, 2022).

Claves para leer este libro

Las reflexiones que dieron origen a este libro, consideran este barrio como un territorio complejo para su valorización, ya que, como se podrá ver en cada uno de los capítulos, el patrimonio que aquí se encontró no está en lugares icónicos, sino en sus calles y vivencias.

Esto hace considerar que no solo el barrio responde a un concepto de patrimonio integrador —es decir que se aleja de las categorías usuales (patrimonio material, inmaterial y natural) y lo entiende como un activo social, parte de una unidad de sentido que forma un sinfín de relaciones sociales, políticas, económicas e históricas—, sino que también se concibe como un patrimonio en capas, depósito de historia y memoria, y que se sobreponen en el tiempo y en el espacio del barrio dando paso a nuevas construcciones y habitantes. Pero también muestran procesos paralelos donde una casa residencial de la década de 1970 puede estar al lado de un centro comercial recién construido en el que se llevan a cabo prácticas culturales propias del comercio tradicional del rebusque.

Lo anterior hizo que el planteamiento del objetivo de cada uno de los capítulos respondiera a esta forma de comprender La Pepita, por lo que el lector podrá ver el barrio desde múltiples perspectivas que, en muchos casos, se sobreponen en el tiempo y en el espacio, pero que en su conjunto dejan ver la riqueza y el potencial cultural que alberga este lugar.

Igualmente, y porque es importante resaltar el tipo de investigación colaborativa llevada a cabo en este proyecto, no se quiso simplemente citar las entrevistas y los productos de las activaciones y talleres realizados durante la escritura, sino darles un espacio central que demostrará el permanente diálogo de saberes que

tuvieron todos los participantes. De ahí que lo denominado *polifonías* sea una respuesta —experimental— que intenta solucionar esta cuestión y dar voz a los habitantes, mostrando sus puntos de vista sobre la historia del barrio, sus gentes y su porvenir. El lector podrá encontrarlas en cuadros de textos que complementan el relato.

Así, los capítulos que siguen recogen relatos e historias transformadoras que ratifican la singularidad del barrio, cuya valorización ha venido cambiando con los años: desde un barrio obrero a uno comercial, y con ello, las formas de organizar el territorio, tejer comunidad y construir identidad urbana y cultural en el corazón de Bogotá.

La capa inicial con la que se abre este relato es la histórica. En ella se muestra un territorio en constante transformación: de parcelas agrícolas a bodegas, talleres y comercios que dieron origen a San Andresito. Cada etapa dejó huellas que aún se leen en sus calles y explican por qué este barrio concentra tantas memorias.

De esto último trata también el capítulo *Morfología y arquitectura funcional del barrio*, de cómo este barrio es un collage: casas tradicionales convertidas en bodegas y centros comerciales, fachadas mutantes entre cacharrerías y restaurantes y viviendas que resisten como testigos del tiempo.

Con esta visión, se da paso a otra capa, fundamental para entender el estado actual del barrio: *San Andresito San José*. La llegada de migrantes lo transformó en territorio comercial diverso, marcado por ventas de ropa, calzado y mercancía traída de fronteras cercanas. Hoy, su importancia va más allá de la escala barrial: es un nodo económico clave de Bogotá, donde el rebusque se volvió identidad y demostró su capacidad para organizarse y sostenerse en el tiempo.

Una de las grandes sorpresas de esta investigación, fue comprender el rebusque como oficio, estrategia y forma de habitar la ciudad desde un sistema propio de intercambio y solidaridad, ganando un espacio propio en esta estructura de capas que se ha venido construyendo a lo largo del relato. Estas prácticas —entre ventas ambulantes, ropavejeros y comerciantes de temporada— constituyen el patrimonio inmaterial que mantiene viva la identidad del barrio y muestra cómo se sostiene la vida cotidiana en Bogotá.

Por último, el cierre de este libro aparece como una fotografía de la realidad actual del barrio: capa más superficial pero no menos importante. No pretende más que una reflexión desde la experiencia de recorrer y conversar, a partir de algunas problemáticas observadas, pero también de los horizontes que se abren para el barrio.

Este libro es el resultado de una investigación colectiva que caminó junto a su gente. Va más allá de un ejercicio académico tradicional: es un proceso compartido, donde cada voz reconstruye la historia de La Pepita y su patrimonio vivo. Aquí se muestra una narrativa plural, tejida con archivos, calles, documentos y memorias cotidianas que, con rigurosidad investigativa, buscó combinar las participaciones comunitarias como nodo central para la transformación.

Lo cierto es que este documento abre las puertas a profundizar en el reconocimiento de un patrimonio integrador y en capas, que plantea nuevas preguntas sobre su declaración y gestión, al tiempo que propone metodologías participativas para su investigación. En últimas, este proyecto quiere visibilizar cómo La Pepita condensa a Bogotá en un puñado de cuadras, donde su fuerza está en el detalle: en cómo se arregla una pieza, cómo se organiza una entrega, cómo se define un turno. Pero también en el modo en que, cada cierto tiempo, el barrio reescribe su relación con la ciudad.

referencias

- Colombia. (2019). Decreto 2358 de 2019, "Por el cual se determina la zona de influencia del Plan Especial de Manejo y Protección del Centro Histórico de Bogotá". Alcaldía Mayor de Bogotá. <https://www.alcaldiabogota.gov.co/sisjur/normas/Norma1.jsp?i=90277>
- Gago, V., Pesca, E., & Giraldo, C. (2017). Visita a San Andresito en Bogotá. En C. Giraldo (Coord.), *Economía popular desde abajo* (pp. 169–178). Ediciones desde abajo.
- Instituto Distrital de Patrimonio Cultural. (2019). Síntesis de formulación del Plan Especial de Manejo y Protección del Centro Histórico de Bogotá. Alcaldía Mayor de Bogotá. <https://idpc.gov.co/wp-content/uploads/2019/05/PempDocFinal-9Mayo.pdf>
- Instituto Distrital de Patrimonio Cultural – IDPC. (2022, julio). Delimitación del área PEMP – CHB. Plancha 1 de 29 [Plano]. En *Plan Especial de Manejo y Protección del Centro Histórico de Bogotá (PEMP – CHB)*. Alcaldía Mayor de Bogotá D.C. <https://drive.google.com/drive/folders/1cdSgaxaS3bXh7AUglqtlEHaLUr4qI-K1>
- Salge Ferro, M., & Puccini Montoya, A. (2021). Las sinécdoques del patrimonio vivo del centro histórico de Bogotá, explorando la producción compartida de la escala. *Tabula Rasa*, 39, 191–214. <https://doi.org/10.25058/20112742.n39.09>
- Secretaría Distrital de Ambiente. (2025). Arbolado urbano – SIGAU. Área urbana y rural, Bogotá D.C. Escala 1:500. Año 2025 [Base de datos geoespacial]. <https://bit.ly/3qVypBv>
- Secretaría Distrital de Planeación. (2017). Monografía localidad de Los Mártires 2017. Alcaldía Mayor de Bogotá. <https://www.sdp.gov.co/gestion-estudios-estrategicos/informacion-cartografia-y-estadistica/repositorio-estadistico/monografia-localidad-de-los-martires-2017>

Memoria barrial y patrimonio vivo: una ruta metodológica participativa en La Pepita

Jenny Lorena Bohorquez Moreno



Álbum familiar Familia Romero Sánchez

La Pepita se entiende, sobre todo, en el ruido de sus calles, en la memoria de quienes trabajan y deambulan cada día. Es una colcha de relatos, prácticas y afectos que se sostienen en el tiempo. Nuestro punto de partida ha sido reconocer que su patrimonio es un tejido vivo: es conversar, escuchar y dejar que el territorio hable con sus propias palabras.

Esta investigación se sostuvo sobre dos propósitos fundamentales: producir conocimiento sobre la historia y las dinámicas barriales a partir de un ejercicio narrativo, y analizar los procesos de apropiación social del patrimonio vivo por medio de la visión de ciudad de los participantes. Por eso, nunca fue estática; más bien caminamos por el territorio para construir una hoja de ruta desde los saberes de la comunidad y así comprender por qué es tan importante este barrio y su influencia en la identidad de la cultura bogotana, así como las transformaciones, luchas y resistencias de La Pepita.

Esperamos que este viaje barrial sea útil para replicar, adaptar y mejorar en otros contextos. Para cumplir con nuestra meta, te presentamos las cinco fases que nos permitieron pensar en diferentes procesos para consolidar toda esta experiencia investigativa y llegar a un puerto seguro.

PREPARAR EL CAMINO

Antes de iniciar nuestro caminar, preparamos las mochilas definiendo los objetivos y necesidades de la investigación; planteamos los recursos, presupuestos y herramientas disponibles. También, proyectamos rutas y posibilidades para la búsqueda de información, la socialización y las estrategias para la apropiación del patrimonio, siempre desde y con la comunidad.

Consejos prácticos:

- Define objetivos claros y alcanzables.
- Formula una pregunta guía sencilla que oriente la investigación.
- Establece un presupuesto realista y tiempos ajustados al contexto.
- Proyecta desde el inicio la socialización de los resultados: piensa cómo y con quién compartirlos.



Fase 1.

Rastrear la historia: *huellas documentales de La Pepita*

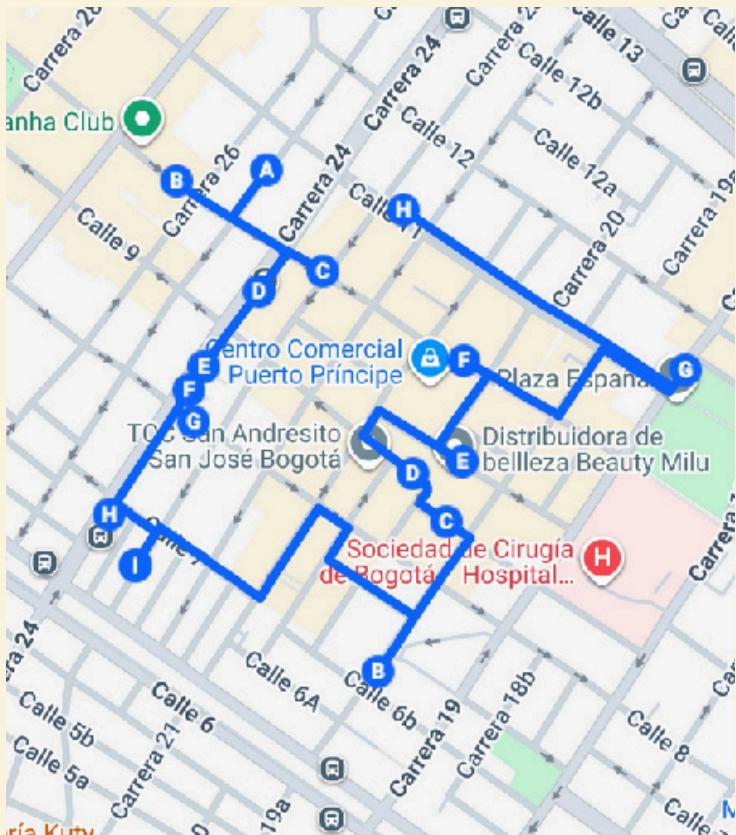
Comprender el territorio significa conocer todas sus transformaciones e historias. Por eso, antes de entrar en él, iniciamos la búsqueda estratégica del material histórico del barrio, teniendo como aliados al Archivo de Bogotá, las bibliotecas capitalinas, los recursos fotográficos y los documentales de diversos sitios web y mapas a nivel nacional. Estos materiales fueron sistematizados para consolidar un diagnóstico preliminar y dialogar con las memorias vivas de la comunidad, sin perder de vista la vida cotidiana del barrio.

Consejos prácticos:

- Calcula el tiempo suficiente: la búsqueda y lectura documental siempre toma más de lo previsto.
- Ármate de valor: envía correos, mensajes y comunicados a las entidades involucradas, algunas te darán información valiosa.
- Haz fichas simples para organizar la información y no perderte en los datos.
- Prioriza las fuentes locales y comunitarias, no solo las oficiales.

Entrevista en casa de la familia Romero Sánchez.
Foto DeambuLAB. Septiembre 2025





▲ Ruta de observación participante del barrio La Pepita trazado en Google My maps. Elaboración propia - agosto 2025

Fase 2.

Observar el presente: *el barrio a la vista y al paso*

La observación es la estrategia más adecuada para hallar esos factores únicos dentro de la investigación. Realizarla nos permite sensibilizarnos con el espacio y generar contactos con sus habitantes para las posteriores colaboraciones. Para esto, desarrollamos una guía con pautas de observación que nos sirvió para describir el entorno físico —como casas, calles y comercios—, así como las dinámicas sociales del barrio, y registrarlas con fotos, audios y escritos, tanto digitales como en papel.

Consejos prácticos:

- Define horarios adecuados para recorrer el territorio.
- Ve acompañado, así garantizas la diversidad de miradas.
- Lleva libreta, cámara sencilla o celular: no necesitas equipos sofisticados para registrar lo esencial.
- Crea audios cortos: con una guía de observación, podrás segmentar los datos observados.



Fase 3.

Escuchar las voces: *memorias y actores del territorio*

Una vez caracterizados los espacios del barrio, fue posible descubrir movimientos y personajes relevantes dentro del territorio. Reconociendo los perfiles clave para luego contactar con ellos dentro del barrio: comerciantes, gestores comunitarios, habitantes —propios y esporádicos— que componen la cotidianidad del barrio e incluso con instituciones.

Conversamos con la Junta de Acción Comunal (JAC); la Asociación de Comerciantes y Centros Comerciales San Andresito San José (ACCOSAN); el programa CREA – La Pepita, entre otras. También con representantes de los ropavejeros y con habitantes que viven en el sector. Con ellos activamos las memorias colectivas para reconocer trayectorias personales y familiares, e identificar prácticas de valor patrimonial en el barrio.

Vicencio Ortiz - ropavejero
Foto DeambuLAB. Agosto 2025





Realizamos entrevistas semiestructuradas con preguntas abiertas que, aunque espontáneas, permitieron recolectar hechos y relatos que fueron sumándose al corpus documental. Sistematizamos el minuto a minuto a partir de categorías relevantes para tejer esta memoria viva en conjunto, desde la historia del barrio hasta hechos anecdóticos, sin dejar de lado la exploración de las prácticas comerciales dentro del sector y las percepciones sobre el futuro del barrio.

Consejos prácticos:

- Sácale provecho al voz a voz es la mejor puerta de entrada: un contacto te lleva a otro.
- Reserva un pequeño presupuesto para refrigerios o compensación simbólica: abre puertas y reconoce el tiempo y los saberes de la gente.
- Respeta los espacios cotidianos: la mejor entrevista puede darse en medio del día a día.
- Toma en cuenta el papeleo: permisos de espacios, invitaciones de participación a las entrevistas y autorizaciones de uso de imagen y voz. Deben ser documentos claros sobre los deberes y derechos que tienen los participantes.
- Usa más de un dispositivo de registro: realiza pruebas de sonido y almacenamiento.



Siervo Florian - Presidente de San Andresito San José
Foto DeambuLAB. Agosto de 2025



▲ Cartel de convocatoria al taller «Onces para la memoria». Septiembre de 2025.

Fase 4.

Activar las memorias y el territorio vivo

La juntanza con la comunidad fue esencial en el desarrollo de esta investigación. Realizamos una convocatoria para los talleres de activación de la memoria a partir de dos enfoques:

1. **La relación temporal**, mediada por «La línea del tiempo viva de La Pepita: recuperación de historias del barrio», que buscó recuperar las historias del barrio —pasadas y presentes— para así integrar la memoria histórica de los participantes, siendo esta la base para fortalecer los patrimonios locales.
2. **La perspectiva espacial**, desarrollada mediante un laboratorio de memoria colectiva y cartografía, que permitió identificar lugares significativos e integrar relatos, objetos y fotografías personales que dialogaron sobre cambios, afectos y sensaciones del territorio.

Los espacios usados para el desarrollo de los talleres se obtuvieron gracias a las redes de apoyo del barrio y a las instituciones que están allí presentes, logrando un público diverso y que le dio al proyecto otra perspectiva.

Activación del material Línea del Tiempo en el Parque La Pepita.
Foto DeambuLAB. Agosto 2025

¿Por qué
Se llama La
Pepita?

1925 Apertura del Hospital San José

1917 - 1920 Construcción de la Escuela

1925

1950

1946

1948

1950

1952

1954

1956

1958

1960

1962

1964

1966

1968

1970

1972

1974

1976

1978

1980

1982

1984

1986

1988

1990

1992

1994

1996

1998

2000

2002

2004

2006

2008

2010

2012

2014

2016

2018

2020

2022

2024

2025

La Ñapa

Surgió el Diccionario del Comercio y del Rebusque en La Pepita

Durante las actividades recopilamos palabras, expresiones y relatos del rebusque en La Pepita y que, con definiciones y ejemplos muestran cómo los habitantes del barrio reconocen y fortalecen el patrimonio inmaterial de este sector. Como resultado de esta propuesta alternativa, emerge el diccionario comunitario, creado para valorar y difundir los saberes del trabajo y la economía popular como patrimonio vivo. Lo seguiremos construyendo.

Consejos prácticos:

- Busca aliados en instituciones locales para conseguir espacios y convocar gente.
- Adapta la duración de la actividad al espacio y al ritmo del grupo, así lograrás los objetivos.
- Usa materiales sencillos (papel kraft, marcadores, hilos) y ánimate a usarlos de forma creativa.
- Promueve actividades intergeneracionales: recuerda que la calidad de los relatos son más importantes que la cantidad.
- Mantén la flexibilidad: las cosas no siempre salen como las imaginas, y está bien; aprende a leer los grupos y espacios para adaptar la experiencia sobre la marcha.

Taller «Once para la memoria». CREA La Pepita.
Foto DeambuLAB. septiembre 2025



Fase 5.

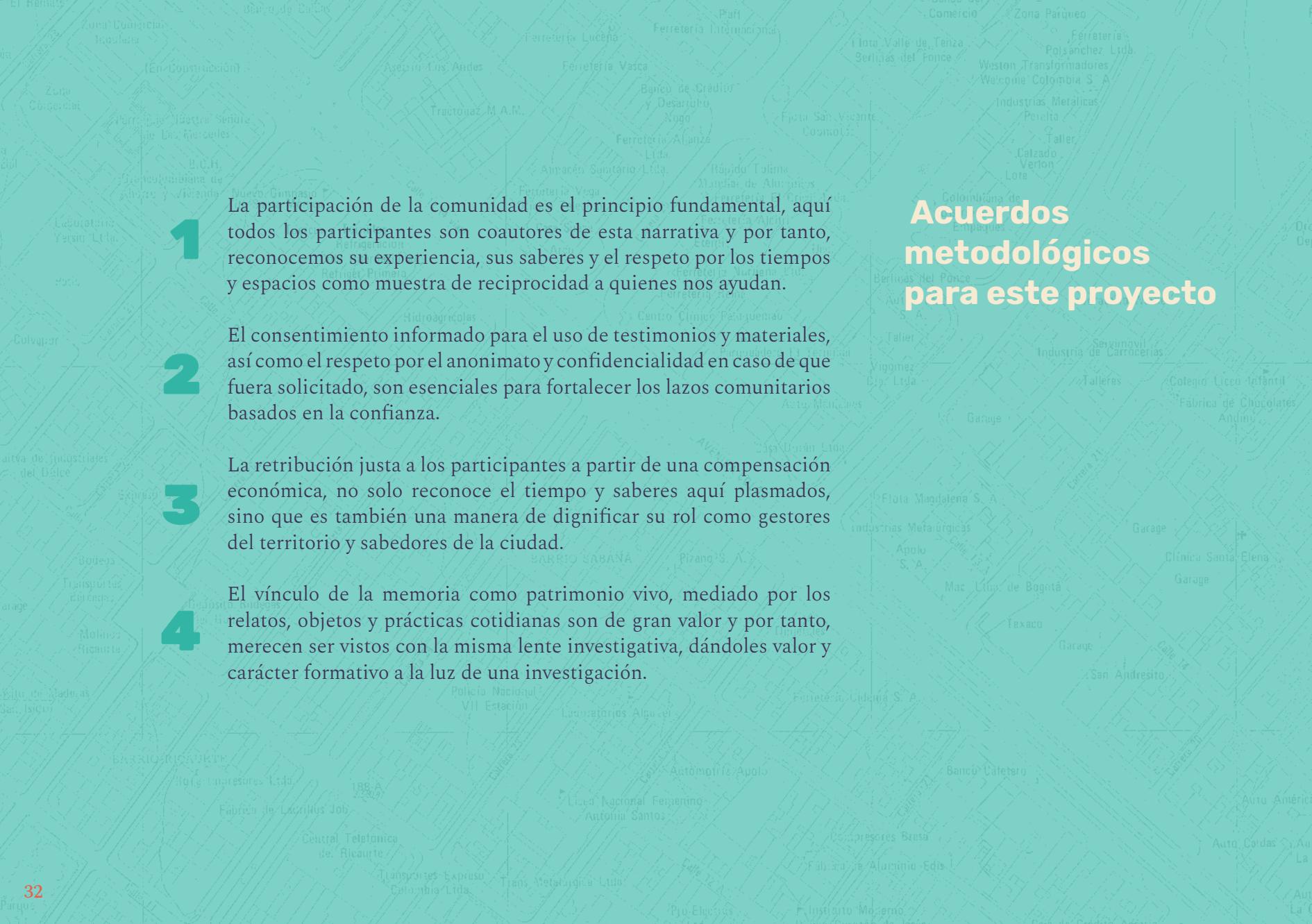
Tejer la narrativa: *polifonía de relatos y escritura colectiva*

Toda la información recolectada significó la revisión entre pares, tanto del grupo investigador como de los participantes expertos del territorio. Cada uno, desde su experiencia y saberes aportó a las perspectivas de la narrativa aquí construida, que además de integrar los resultados documentales de la fase inicial, incorpora los relatos elaborados enteramente por actores del barrio.

El resultado es un texto colectivo, tejido con múltiples voces: una polifonía materializada en este libro, que no solo recoge la experiencia, sino que también regresa al territorio. Por eso, se establecieron espacios de socialización y encuentro con la comunidad, que permitieron presentar los hallazgos y la construcción colectiva, entregando este libro a los coautores reconociendo sus saberes y una manera de estrechar vínculos de trabajo.

Consejos prácticos:

- Dedica un tiempo a la revisión conjunta: la mirada del otro aporta claridad, amplitud y equilibrio.
- Reconoce explícitamente los aportes comunitarios: no son «informantes», son coautores.
- Documenta todo lo posible: lo que no queda escrito o fotografiado, se pierde.
- Socializa siempre: comparte los hallazgos, los procesos y los resultados. Así la investigación no solo reconoce a los autores, sino que también abre caminos a nuevas conversaciones y motiva la circulación del conocimiento.



1

La participación de la comunidad es el principio fundamental, aquí todos los participantes son coautores de esta narrativa y por tanto, reconocemos su experiencia, sus saberes y el respeto por los tiempos y espacios como muestra de reciprocidad a quienes nos ayudan.

2

El consentimiento informado para el uso de testimonios y materiales, así como el respeto por el anonimato y confidencialidad en caso de que fuera solicitado, son esenciales para fortalecer los lazos comunitarios basados en la confianza.

3

La retribución justa a los participantes a partir de una compensación económica, no solo reconoce el tiempo y saberes aquí plasmados, sino que es también una manera de dignificar su rol como gestores del territorio y sabedores de la ciudad.

4

El vínculo de la memoria como patrimonio vivo, mediado por los relatos, objetos y prácticas cotidianas son de gran valor y por tanto, merecen ser vistos con la misma lente investigativa, dándoles valor y carácter formativo a la luz de una investigación.

Acuerdos metodológicos para este proyecto



Historia del barrio La Pepita y su transformación urbana

Ana Cecilia Escobar Ramírez

Los orígenes coloniales de La Pepita

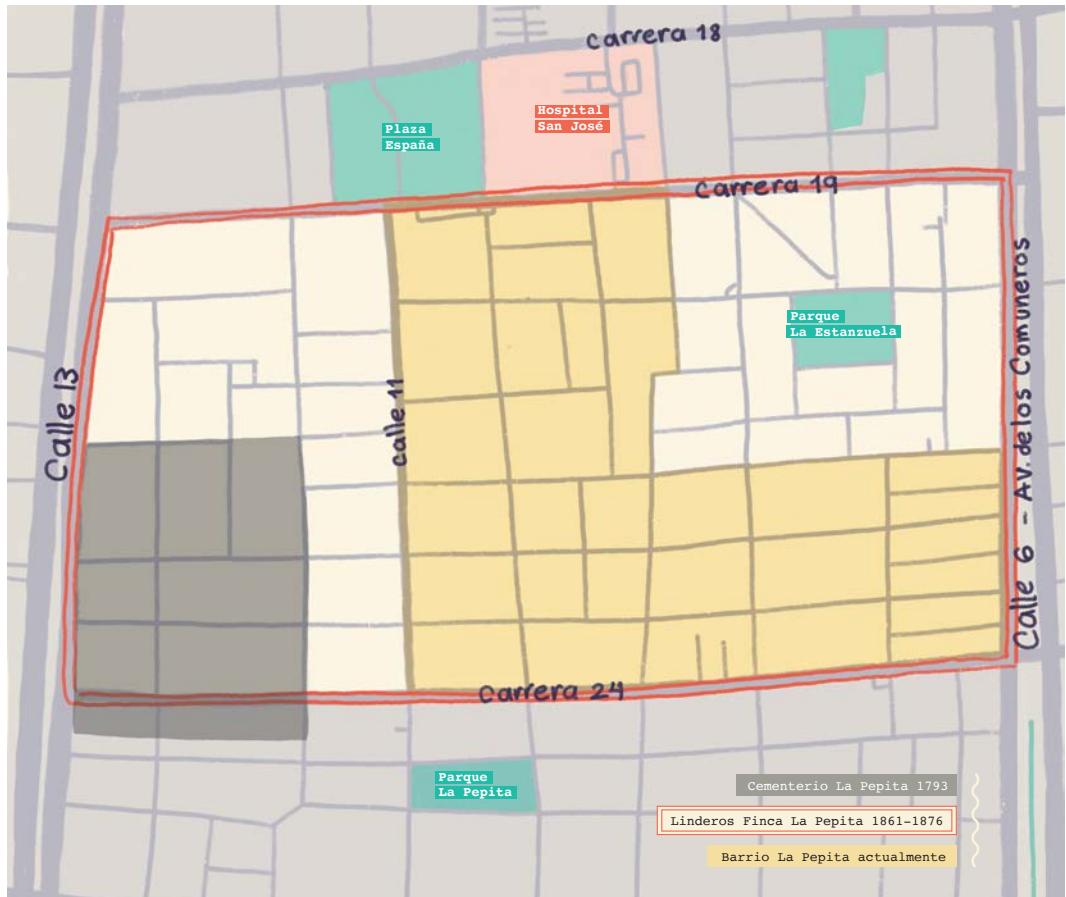
Entender la historia del barrio La Pepita es revisar cómo un espacio que parece permanente se transforma con el paso de los años de un terreno para cultivo, a uno residencial, a finalmente uno comercial e industrial, adaptándose a los requerimientos de sus habitantes y convirtiéndose en un lugar con capas patrimoniales, que al excavarlas remite a un pasado conocido por todos pero no reconocido como parte de la historia bogotana.

Se espera que con este levantamiento inicial de la historia barrial se pueda ver y sentir el territorio desde una perspectiva más comunitaria, resaltando que es, a veces, en la continua transformación donde se puede hallar el sentido de pertenencia y asociación que requiere un espacio como este para su transformación y proyección a futuro.

Para narrar la historia de la Pepita, el lector se tendrá que remontar a la fundación de Santa Fe, ya que uno de los pasos para la conformación y reafirmación de propiedad en la nueva ciudad fue la entrega de solares por parte del cabildo (Colón & Mejía, 2019) a los nuevos vecinos para la dotación de huertas, estancias, haciendas y quintas de donde provenían los alimentos y materias primas para consumo de la urbe recién creada. Este conjunto de tierra, conocida como alfoz de Santafé (Bogotá desde 1819), hacía parte de la ciudad misma, ya que de ella dependía la permanencia y sustento de la población.

Al mismo tiempo, se convirtió en el lugar asignado para la acomodación de grupos de habitantes que no eran deseados en el centro de la nueva ciudad: resguardos indígenas y tierras prometidas a caciques. Por último, y es de donde parte la historia de la Pepita, fue de aquí que surgieron los predios para ejidos, dehesas y propios, todas tierras que quedaron en manos del Cabildo de la ciudad para su uso y explotación. Así quedó conformado el Ejido de Occidente, como fue llamado en su época y que solo hasta el siglo XIX cambiaría de dueño.

Entre cementerios y haciendas: el legado de Vargas



▲ Mapa de elaboración propia. Noviembre 2025.

Generalmente se piensa que el barrio posee el nombre de La Pepita debido a una finca de este nombre que allí estuvo hasta su loteamiento en el siglo XX, no obstante, fue posible encontrar otra referencia, en un plano construido para el informe técnico de Estudio Histórico y Valoración para el PEMP del Centro Histórico de Bogotá (IDPC, 2018) y que se muestra en el detalle de la zona estudiada a continuación, donde justo entre las calles 13 y 12 y entre carreras 21 y 24 se identifica el Cementerio de la Pepita. Siendo el mapa 25 años anterior a la primera referencia que encontramos en archivo sobre la Hacienda, parece que este podría ser el porqué del nombre de la hacienda y por ende del barrio.

Este cementerio fue construido e inaugurado en 1793 por el arzobispo Baltasar Jaime Martínez debido principalmente a que el Hospital San Juan de Dios no tenía el espacio para seguir enterrando personas (Escobar, 2002). La creación del Cementerio Central en la década de 1830 y la connotación de ser el cementerio de los pobres, por lo cual nadie quería ser enterrado allí (IDPC, 2018), fueron las causas de su declinación y posterior venta.

Treinta años después, en 1861 con la ley de desamortización de bienes de manos muertas cuando las tierras públicas, incluidos este tipo de lotes, fueron rematadas se dio lugar a la creación de haciendas, fincas y quintas de diferentes tamaños (Colón & Mejía, 2019). Parece que por estas fechas se consolidan haciendas como la Estanzuela y quintas como la del Señor Rancines y del Señor Nieto en el espacio en el que actualmente está el barrio.

Así, en algún momento entre 1861 y 1876 fue cuando el Señor Don León Vargas Calvo, de acuerdo con un memorial de 1908 realizado por un problema de riego de aguas, compra y funda la finca denominada *La Pepita* (Vargas, 1907, folio 18), que englobó partes de terreno de las quintas y haciendas antes mencionadas y todo el cementerio como se puede ver en el mapa que se anexa al memorial citado:

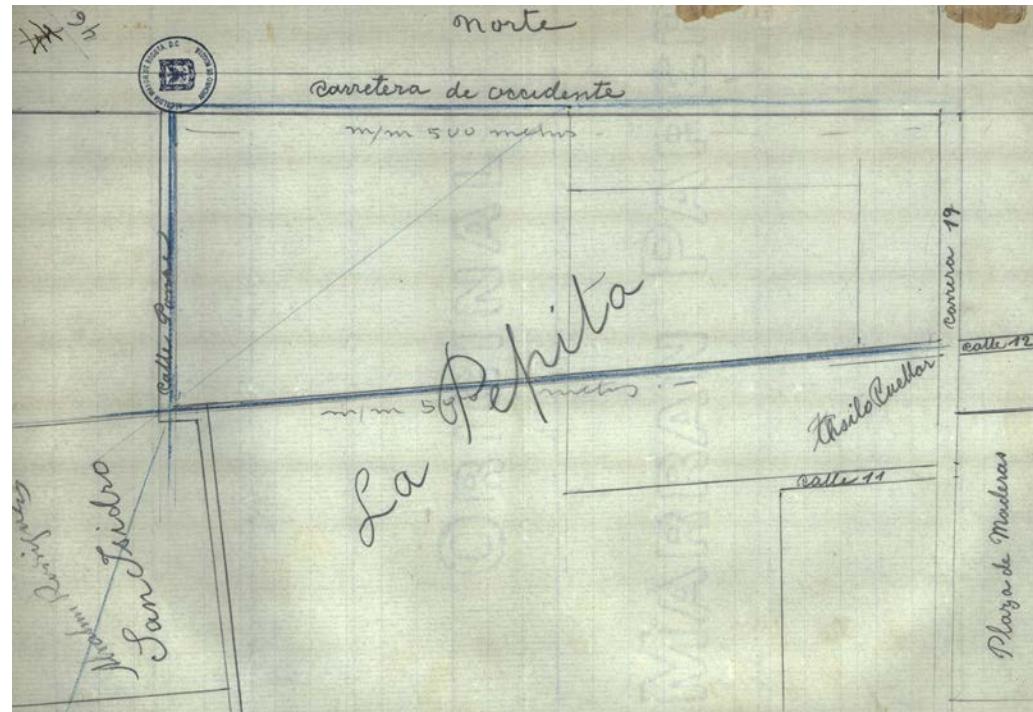


Ilustración sobre desvíos de aguas lluvias de la calle 12 y 13 hecho por Abraham Rodríguez, dueño de la hacienda San Isidro. 1907.

Fuente: Fondo Concejo de Bogotá-Aguas. Número Topográfico: 001.0015.01.009. Archivo de Bogotá

Como se puede ver, los linderos de esta hacienda iban hasta la calle 13 (carretera de occidente), colindando con propiedades como la quinta San Isidro y la de propiedad de Asilo Cuellar y con espacios como la Plaza de Maderas, actual Plaza España. Ya para estos años, la tierra se había vuelto un negocio muy rentable, por lo que se volvió más recurrente los cambios de dueño, la división de haciendas y por supuesto, el loteo, génesis de muchos barrios. Para el caso de esta hacienda:

[José Joaquín] Vargas la había recibido por sucesión en agosto de 1876. Años más tarde, vendió dos globos de terreno de esta finca a los señores Ricardo Cubides y Gustavo Uribe Ramírez, quienes desarrollan en ellos la Urbanización Estación de la Sabana (Colón & Mejía, 2019, p. 128).

Lo anterior sitúa a José Joaquín Vargas — quien también era propietario de la Hacienda el Salitre, una de las más grandes de la ciudad con más de 1.500 hectáreas — como un emprendedor pasivo y un rentista clásico (Colón & Mejía, 2019). Estos autores lo diferencian de otros emprendedores de la tierra de la época como uno con poco interés por el desarrollo urbanístico y quien quería seguir manteniendo sus terrenos en función de los usos de suelo que tuvieron hasta el momento, por lo general agrícolas.

Mártires: parroquias coloniales y barrios obreros

Antes de continuar con la historia del barrio es importante entender la lógica de crecimiento urbano de la Localidad de los Mártires, ya que esta influye en la consolidación y uso del suelo de la Pepita después de su urbanización en la década de 1940.

El primer centro urbano en la localidad fue construido alrededor de la iglesia de San Victorino, edificada en 1580, y que para 1906 «había logrado consolidar 25 manzanas» (Cardeño, 2007, p. 17). Sin embargo, el desarrollo urbano se inició en la segunda mitad del s. XIX cuando la conformación de la República dio como resultado la construcción de espacios monumentales como el cementerio El Elíptico – después Cementerio Central-, la Plaza de los Mártires, la Plaza de Maderas – ahora Plaza España-, y por supuesto y la que más influencia tiene en el barrio La Pepita y la Estación de la Sábana, que descentralizaron los espacios de reunión de la antigua ciudad colonial y trajeron un nuevo modelo de ciudad y ciudadanía.

Justamente es la Estación de la Sábana, cuya primera construcción se remonta a 1880, quien para autores como Cardeño (2007) constituye «el hecho urbano más importante en la configuración espacial de la localidad» (p. 21), pues es en sus inmediaciones donde se disponen y acomodan la recepción de migrantes (nacionales e internacionales) y mercancías en nuevas viviendas y comercios.

Este impulso económico, junto con la presión de vivienda que ya no podía sostener la ciudad, generó lo que los autores llaman *libre crecimiento* (Colón & Mejía, 2019; Cardeño, 2007; IDPC, 2018), es decir, una venta acelerada y sin orden de predios alrededor de la Santafé ya establecida que podían o no colindar con las manzanas antiguas dando como resultado un orden urbano en parches conectados apenas por vías, sin ningún tipo de servicio público.

Esto rompió, de forma muy rápida, acelerada y desordenada las formas urbanas coloniales y generó desafíos para las autoridades municipales. Intentos de

control se dieron en estos años como el Acuerdo 6 de 1914, el Plan Bogotá Futuro (Acuerdo 74 de 1925), la creación del Departamento de Urbanismo en la Secretaría de Obras Públicas Municipales (Acuerdo 28 de 1933) y que culminaron con el Acuerdo 15 de 1940 (con nuevas normas sobre urbanismo) y dos decretos nacionales en 1954 que anexaron al perímetro urbano bogotano 6 municipios aledaños (Bosa, Fontibón, Usme, Suba, Usaquén y Engativá). Todo lo anterior mientras más y más terrenos de antiguas haciendas y quintas se convertían en nuevas urbanizaciones y barrios.

Este rompimiento con la ciudad colonial, como lo indica Cardenzo (2007) tuvo dos fases que se sobreponen al libre crecimiento: el primero de 1917 a 1930 y que responde a la crisis del comercio mundial *La Gran Depresión*, y sus posteriores repercusiones, y el segundo de 1930 a 1948 con el proyecto de modernización del país y la ciudad que coincide (no accidentalmente) con el período denominado *República Liberal* y que termina abruptamente con la muerte de Jorge Eliécer Gaitán y el Bogotazo.

Esta modernización vino de la mano con cambios en el trazado de la ciudad, la infraestructura básica de servicios públicos y la construcción de vías públicas para el transporte (Colón & Mejía, 2019). Con respecto a la primera de estas transformaciones:

El primero de estos elementos fue el rompimiento definitivo con el trazado de la ciudad colonial, que se manifiesta al observar la disposición y el área de las manzanas en los barrios más antiguos de la localidad, como en el Voto Nacional y San Victorino, donde las manzanas son cuadradas, mientras en los barrios más recientes están subdivididas en varias unidades para aprovechar mejor el espacio, procurando una mayor aglomeración de unidades prediales con el fin de obtener una ganancia económica que beneficia a los agentes urbanizadores (Cardenzo, 2007, p. 28).



Aerofotografía 1938 A27-41
Localidad de Los Mártires
Instituto Geográfico Agustín Codazzi IGAC

An aerial photograph of a city showing a dense grid of streets and buildings. In the center of the image is a large, irregularly shaped park or green space with various paths and possibly some water features. The surrounding area is filled with a grid of smaller blocks, each containing several buildings. The image is in grayscale.

Lo anterior mediado por un discurso higienista que prometió —aunque en muchos casos sin éxito— espacios urbanos adecuados para la convivencia y el disfrute de la población (obrera o de clase alta) con la creación de parques y plazas.

De la primera fase de urbanización de la localidad son el barrio Ricaurte y el Samper Mendoza, que se crearon como barrios obreros por su cercanía a la Estación de la Sábana y a las industrias que se gestaron en la zona (Cardeño, 2007). Mientras que en la segunda es donde se da la mayor urbanización de la Localidad. Aunque loteado, aún no estaba construido lo contemplado tanto en la Hacienda La Estanzuela como en la Hacienda la Pepita, pero ya se podía apreciar una continuidad hasta la parte baja de Ricaurte.

Las siguientes oleadas de construcción se dieron en los años 40 y de ahí hasta los 60 y 70, siendo justamente en la primera donde se inició la construcción del barrio La Pepita.

Una particularidad que se encuentra en las fuentes documentales y los mapas y planos de esta época es el nombramiento de los nuevos barrios como *urbanizaciones*, diferenciados de los conocidos como parroquias e incluso de los ya llamados barrios. La creación de la urbanización La Pepita se dio de una forma particular que se alejó de la fórmula: compra de terrenos por particular, loteo y venta. En este caso, la muerte de José Joaquín Vargas en 1937 dejó una cuantiosa herencia sin sucesor:

Los bienes de J.J. Vargas [...] ascendían a \$1'590.750.88 entre casas, haciendas, cabezas de ganado y diversas cosas: la hacienda El Salitre valuada en \$870.000, la hacienda El ejido, ubicada en lo que hoy es la localidad de Santa Fe y en donde existe un barrio con ese nombre valuada en \$79.000, un globo de terreno llamado La Pepita de \$395.768. Luego del pago de los \$65.000 a herederos y de algunas cuentas (impuestos, el levantamiento del plano por parte del Sr. Julio Carvajal, etc.) el monto de la herencia llegaba a \$1'506.300 (Rivas, 2016, p. 109-110).

Y entonces, ¿qué diferenciaba una urbanización de un barrio o parroquia? En que esta era «un globo de tierra que es loteado para dar a la venta predios en los que eventualmente una persona podía construir su vivienda, pero que no necesariamente daba lugar a ello, al menos no inmediatamente» (IDPC, 2018, p. 56). Es decir, lo importante no era vender espacios de residencia sino terrenos que podrían o no terminar en un barrio. Esto dio lugar a procesos de autoconstrucción con formas arquitectónicas desiguales y que dependían de las necesidades e ingresos de cada familia que se instalaba allí (Cardenó, 2007).

Al no dejar herederos en su testamento, los bienes pasaron a ser de la Beneficencia de Cundinamarca y en menor medida de la Sociedad San Vicente de Paul, como lo demuestran fuentes documentales del Fondo EAAB del Archivo de Bogotá (Secretaría de Obras Públicas Municipales, 1941). Estas dos organizaciones se

Urbanización La Pepita: Beneficencia de Cundinamarca y la llegada de los servicios públicos

«Volviendo a la fundación del barrio, en el 44 todo esto eran lagunas. La tierra era muy barata, como a diez centavos la vara. Por lo tanto, este lote costó como tres mil pesos, en esa época. Tiene cuarenta metros de fondo y siete metros de frente.»

Teresa Castellanos
(Acción Comunal Distrital, 1998, p. 189)



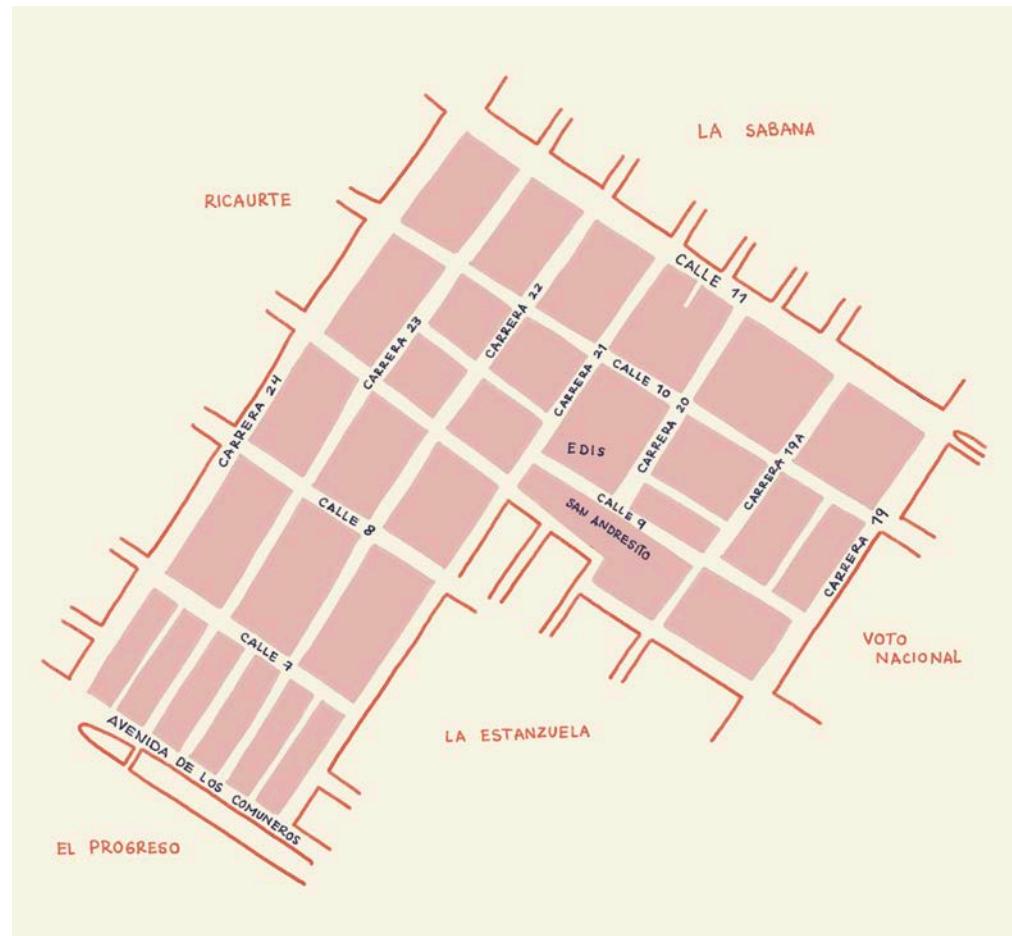
encargaron del loteo y formalización de la urbanización, que requería, gracias al Acuerdo de 1940 y normativas anteriores ya mencionadas, la aprobación de varias dependencias en tres fases: primero, la presentación para su aprobación del plano de urbanización y parcelación, segundo la legalización por escritura pública de la cesión al Municipio de calles, plazas, parques, lotes escolares y demás zonas públicas y por último, la construcción de andenes y alcantarillado (Colón & Mejía, 2019).

Es de resaltar que la construcción de alcantarillado fue de gran importancia ya que, junto con las vías, conectaba esta nueva urbanización a la ciudad y a sus instituciones municipales logrando un efecto de contigüidad (Colón & Mejía, 2019), es decir, de continuación en la ciudad antes fragmentada por el libre crecimiento. Como se pudo constatar en el Archivo de Bogotá, las obras fueron realizadas por el Acueducto Municipal, pero con presupuesto de la Beneficencia, iniciando estas en 1941 y finalizando en agosto de 1945 (Secretaría de Obras Públicas Municipales, 1945).

En cuanto a las vías, el desarrollo de la calle 13 comenzó en el siglo XIX junto a la creación de la Estación de la Sábana y las vías del tranvía moldearon la forma del sector. No obstante, en la década de 1950, con el aumento del parque automotor, fue necesario reformar y modernizar el sistema vial creando nuevas vías como el caso de la Avenida Comuneros en 1957 (Cardeño, 2007).

Av. Comuneros en la década de los 80's.
Fotografía del Álbum de la Familia Romero Sánchez

Y aunque todo lo anterior inauguraba la creación de un barrio con todas las comodidades modernas, como se puede ver en el siguiente mapa que ilustra el barrio en la segunda mitad del siglo XX, algunas de las características en el momento de su construcción definirían sus principales problemáticas en el futuro:



«Pero ríanse, el centro comercial Puerto Príncipe, que es uno de los más acreditados y más famosos en este momento y era el botadero de basura de la EDIS.»

Siervo Florán

Plano del barrio La Pepita en la segunda mitad del s. XX.
Elaboración propia a partir de entrevistas.

Como varios autores lo mencionan (IDPC, 2018; Cardeño, 2007) desde el inicio de la construcción de barrios en Bogotá, hubo una clara distinción entre barrios obreros (concepto que para ellos engloba urbanizaciones y barrios con la clara intención de ser obrero) y barrios residenciales (para las clases altas), teniendo los últimos un estilo arquitectónico similar entre las casas, la preocupación por tener zonas verdes y arborizadas y viviendas con espacios claramente diferenciados era latente. En contramedida, la fragmentación del espacio sin preocupación por crear espacios comunales de recreación como parques y plazoletas, fue producto de un afán por usufructuar el suelo en vista de la demanda de vivienda de estos nuevos sectores populares que se iban asentando en la capital, producto de la migración campo-ciudad por diversos factores como la Violencia, crisis económicas y la necesidad de mano de obra en las nuevas industrias capitalinas, dando como producto barrios autoconstruidos, con pocas comodidades y sin espacios para la socialización y la institucionalidad.

La Estación de la Sábana y su impacto en la industrialización de la Localidad

De esta manera, para la década de 1950 se consolida la ciudad como un continuo que, aunque brindaba mejor gobernanza en el crecimiento urbano de la capital, también constataba que «dichos bordes eran distintos pues los producían umbrales que comunicaban el centro con barrios de arquitectura y vecindades muy diferentes» (Colón & Mejía, 2019, p. 46). Esta ciudad, era para 1954 un espacio que tenía como límite en el sur el Bosque de San Carlos, por el sur occidente el barrio Las Américas, por el occidente Ricaurte, Puente Aranda y el canal del río Salitre y por el norte el Retiro y la Cabrera (IDPC, 2018).

Esta territorialidad, que creció de forma exponencial y rápida, generó la necesidad de vías de comunicación y una industrialización que abastecieran a la población. Ya en 1889 se había iniciado este proceso con la creación de la Estación de la Sábana y en 1910 con la disposición de líneas del tranvía que conectaba a la Plaza de Bolívar con ella y otros espacios de la ciudad como Chapinero, las Cruces y el Cementerio Central (Baquero, 2009). De forma paralela se construyeron las rutas



◀ Ilustración propia basada en el Mapa de las líneas del tranvía y el tren en Bogotá. Fuente: Baquero, 2009, p. 136

de tren que conectaron a Bogotá con municipios aledaños como Facatativá trayendo con ellos migrantes de todo el territorio nacional, así como mercancías.

Siendo la Estación de la Sábana lugar de acopio, fue solo natural que en los años siguientes comenzaría la construcción de bloques de bodegas en los barrios aledaños: La Sábana, La Pepita, San Façon, Cundinamarca, El Centenario y Paloquemao (Cardeño, 2007). Esto hizo que perdieran poco a poco su carácter residencial y se comenzaría un uso diferente del suelo, uno comercial, al que se vendría a añadir el industrial gracias a varios factores:

- El sistema vial y ferroviario que conectaba la calle 13 con el exterior de la ciudad y al que se le sumó la avenida de Las Américas hacia el aeródromo de Techo en 1929.
- El uso extendido de la energía eléctrica, que alejó la industria de las fuentes de agua.
- El aprovechamiento de las bodegas y comercios que ya estaban presentes en el sector.
- Finalmente, la aparición de los barrios obreros y el crecimiento demográfico alrededor de las vías del ferrocarril que aumentó considerablemente la mano de obra disponible.

Un indicio sobre la magnitud de la industrialización que se estaba llevando a cabo en la ciudad y los impactos que ya estaba causando —probablemente ambientales y sociales—,

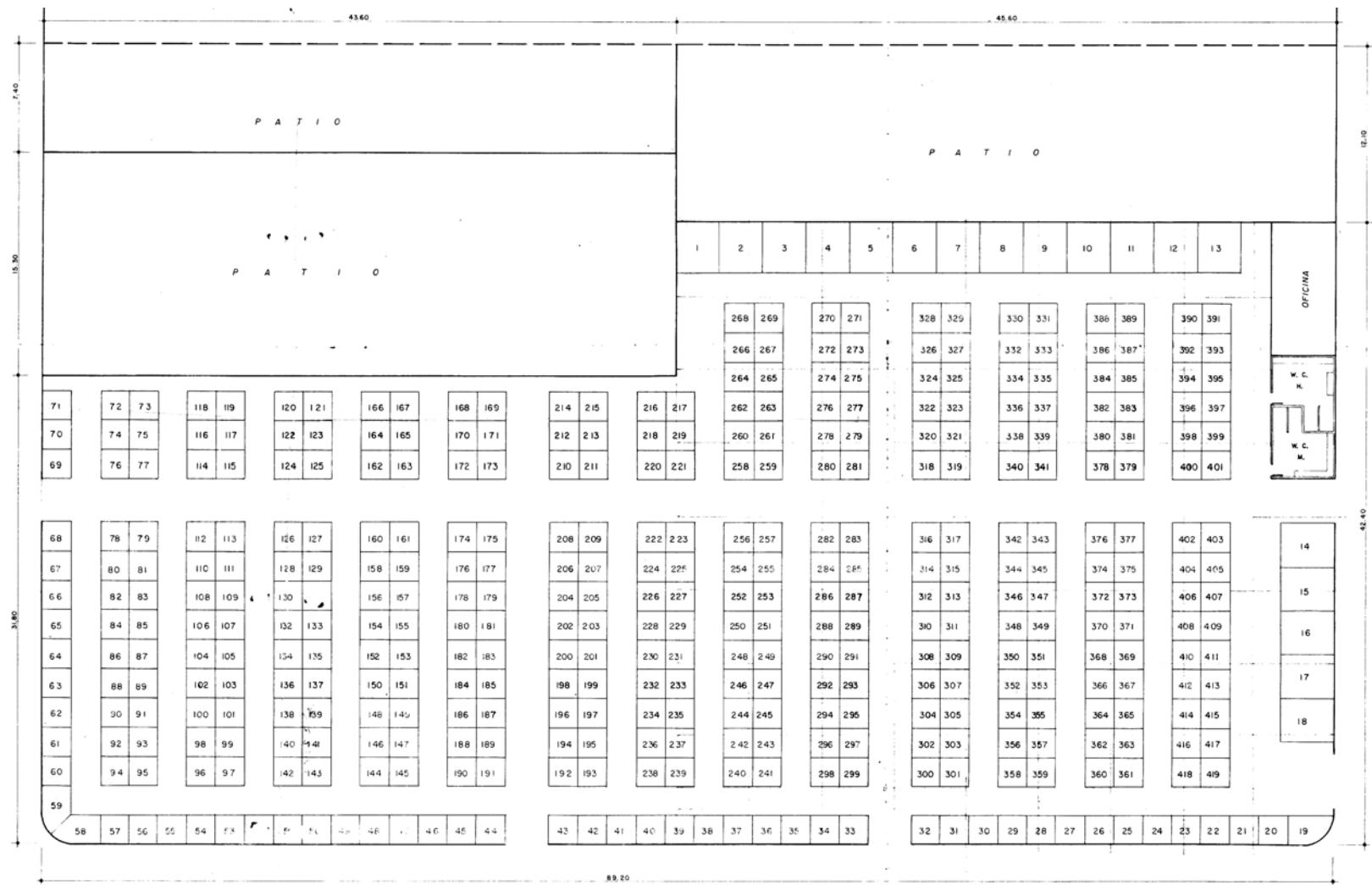
Cambios en el uso del suelo, el fenómeno de San Andresito y la salida de los residentes en el barrio

fue el Acuerdo 21 de 1944 donde se divide el área urbanizable de Bogotá en varias zonas (residenciales, comerciales, industriales, cívico- comerciales y mixtas) estableciendo restricciones sobre construcción y uso del suelo. Para el caso de la zona de La Pepita, se permitió el uso industrial del suelo alrededor de las vías férreas en el extremo norte de la calle 13, mientras que en el extremo sur de esta misma calle se mantuvo el uso cívico-comercial. Sin embargo, quedaron en el sector un remanente de este tipo de establecimientos en modo de talleres reforzando un uso mixto del suelo en este sector.

Durante la década de 1950 y 1960 dos acontecimientos, relacionados entre sí, dan una nueva forma al barrio La Pepita afectando su habitabilidad hasta el día de hoy. El primero se da en 1957, cuando se reestructuran los servicios de abastecimiento reubicando la plaza de mercado central localizada en la calle 10 con carrera 10 a la parte occidental de la Plaza España, al lote de los ropavejeros y a un lote detrás del colegio Agustín Nieto (Cardeño, 2007), creando las plazas de mercado Matallana y La Libertad.

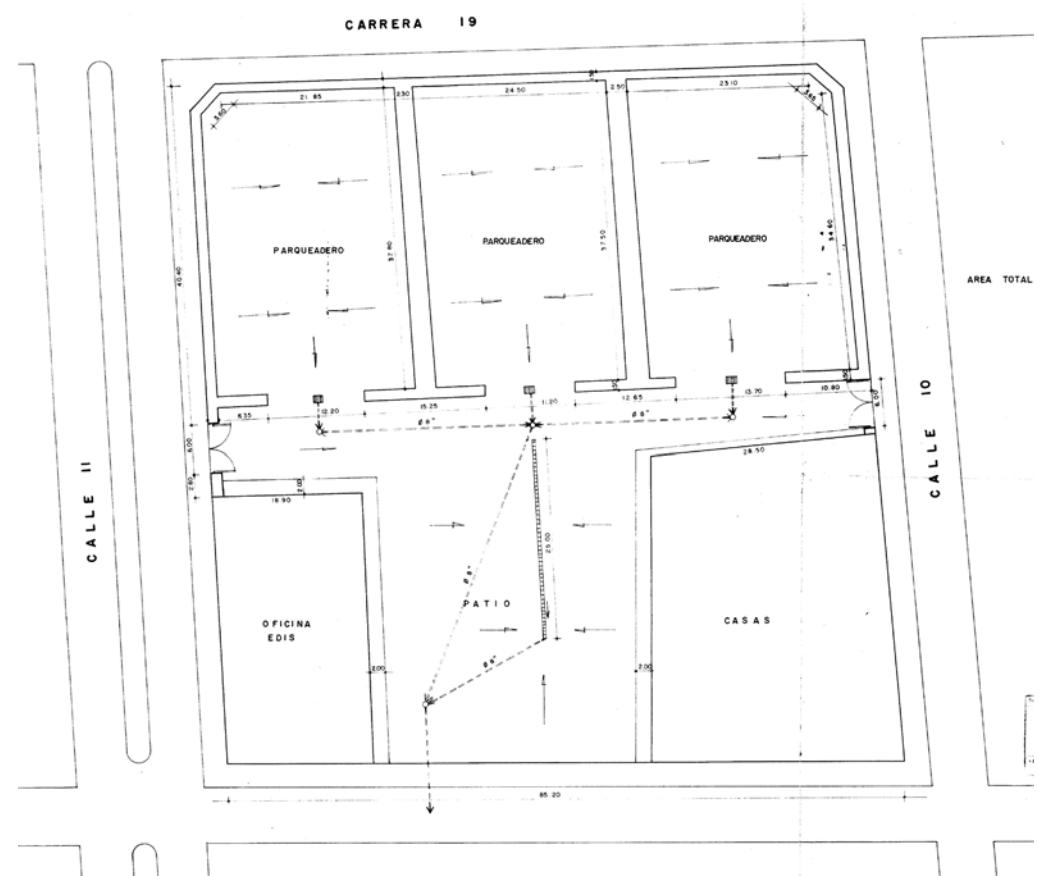
Estas dos consolidaron el tono comercial que ya venía teniendo Plaza España y una intención por parte de la municipalidad por la organización de los vendedores en espacios dispuestos para ello y bajo la tutela de alguna oficina oficial. Decisión que no fue apresurada, pero sí urgente, ya que hasta este momento servicios como los de recolección de basuras, limpieza de calles, gestión de cementerios y plazas de mercado habían estado dispersados en diferentes secretarías de forma rudimentaria y sin el orden necesario.

Esto cambia con el Acuerdo 75 de 1960 y la creación de la Empresa Distrital de Servicios Públicos (EDIS) quien se empieza a encargar de todas estas funciones y a realizar cambios en su estructura administrativa y tecnológica para la más eficiente prestación de servicios (León, 2006). Es debido a esto que las plazas presentan los elementos claves de su organización, planos y espacios de servicio dentro de ellas, oficinas y precios de arriendo asequibles.



Detalle Mapa Distribución de Puestos de Mercado, marzo 30 de 1965.
Número topográfico: 101.02.004.06
Archivo de Bogotá.

Arriba en la imagen se puede ver la Plaza anteriormente nombrada como La Libertad, detrás no solo del colegio Agustín Nieto Caballero sino también de la Secretaría de Tránsito. Cruzando la calle quedaría la Plaza Matallana, en donde en años posteriores se instalarían oficinas de la EDIS. Lo mostrado aquí permite identificar presencia institucional en el barrio, tal vez en un afán por organizar un espacio que ya se sabía informal y que estaba atrayendo cada vez más y más gente.



Mapa EDIS en el Barrio La Pepita. 1974.
Número topográfico: 101.02.004.05
Archivo de Bogotá.

El segundo acontecimiento se da en esta misma década de 1960 y es el fenómeno San Andresito, denominado así por San Andrés Islas y su consideración de puerto libre de impuestos lo que lo hizo un sitio predilecto para la compra de mercancías extranjeras a precios módicos. Parece que un comerciante, de nombre Bernardo, acogió este nombre precisamente porque «significaba que allí se encontraban productos extranjeros que en ese entonces no se conseguían en el país.» (Gago, Pesca & Giraldo, 2017, p. 170).

La llegada de este fenómeno al barrio La Pepita se dio por el traslado de las plazas de mercado, ya que brindó el espacio para el asentamiento de diferentes comercios de productos manufacturados de consumo ligero y depósitos de papa. Según los testimonios que recolectaron Guzmán, Panesso y Polanco (2015), esta migración de comerciantes comenzó en la Galería Nariño en San Victorino para de ahí trasladarse al Parque de los Mártires y posteriormente a Paloquemao, gracias a las presiones de las autoridades que levantaban sin cesar sus negocios ambulantes. Finalmente, y después de algunos acuerdos con las autoridades capitalinas se trasladaron a locales en bodegas cerca de la Plaza España dando como resultado la creación de San Andresito San José (bodegas antiguas).

Estos primeros comerciantes, como lo relatan Segundo Graciano (ACCOSAN, 2016) y José Becerra (RVF, 1988) fueron migrantes de otras ciudades del país (principalmente de Antioquia, Boyacá y la región de los llanos) quienes en tiempos de escasez recurrieron a la informalidad para la venta de productos que ellos mismos iban a comprar al exterior de forma tal que no tuvieran que pagar arancel.

Estos cambios que se produjeron en estos años, que expandieron la zona de influencia del comercio, así como la proliferación de inquilinatos para los migrantes que llegaban sin cesar a los barrios aledaños a La Pepita (Cardeño, 2007), logró que empezara un desplazamiento hacia otros lugares de la ciudad por parte de los habitantes que hasta el momento habían vivido allí.

«El comercio ilegal de aquellos tiempos de escasez e informalidad es parte de la historia. Así como lo es el pequeño local de madera en el que jugaban los hijos de las esposas de los comerciantes vecinos. Ese lugar donde nació San Andresito San José, las bodegas antiguas»
Graciano Blanco
(ACCOSAN, 2016, p. 3)

«Bueno, por esa época los diciembres eran muy familiares, entonces se pintaba las calles. Se reunían y pintaban las calles. Nosotros como jovencitos solamente estábamos en función de todos los amiguitos porque como eran familias, entonces eran familias numerosas, eran 5 hijos, el otro cuatro, el otro bueno. Entonces eso no daba cabida para hacer más, yo si sabía que por aquí había familias también, pero era muy poco la integración con los demás. Entonces la integración se hacía generalmente los días de Navidad y más que todos los 24 era que cada uno iba a la casa del otro, y había mucha comunidad. Entonces era muy, muy social todo en esa época.»

Familia Romero

«Ese colegio funcionó, por decir algo, fue tan repentino porque él funcionó varios años cuando de pronto pum, dejó de funcionar. Era muy bueno. Era un colegio privado. Era de mujeres no más.»

Familia Romero

«Esta carrera, eso era con huecos, terrible y nada que nos la arreglaban y en esa época la acción comunal se reunieron todos los dueños de aquí de las casas, entonces, se hizo un asado entre todos y se cerró aquí la cuadra e hicieron como un bazar para recolectar plata, para mandar a arreglar aquí.»

Familia Romero

Y si bien esto aumentó la falta de sentido de pertenencia, también hizo movilizar a los habitantes que quedaban. De esta forma se crea la Junta de Acción Comunal (JAC) del barrio La Pepita el 26 de febrero de 1973, momento que cuenta Teresa Castellanos, líderesa y presidenta por varios años de esta:

Esta Junta fue legalizada en febrero de 1973, siendo alcalde Carlos Albán Holguín y secretario de gobierno Telésforo Pedraza. La primera persona que estuvo de presidente fue la señorita Alicia; más adelante la señorita Lía, la dueña del Colegio Nuevo del Carmen, que prestó su colegio para las reuniones por muchos años. Ella fue la tesorera, pero también se cansó porque para este barrio no había recursos. Por lo tanto, no había sede y conseguir para las obras era muy difícil.

(Acción Comunal distrital, 1998, p. 191).

Sin embargo, esto no fue un impedimento. Una de las acciones que por estos años tomó más fuerza fue la venta de cocinol por parte de la JAC para lograr ingresos propios. Al parecer el local estuvo ubicado en la Carrera 19A # 10-67 y tuvo una capacidad de 1500 galones que se distribuyeron entre 300 familias (Castellanos, 1985). Este trabajo comunitario sostuvo al barrio por muchos años y frenó la salida de los habitantes que quedaban.

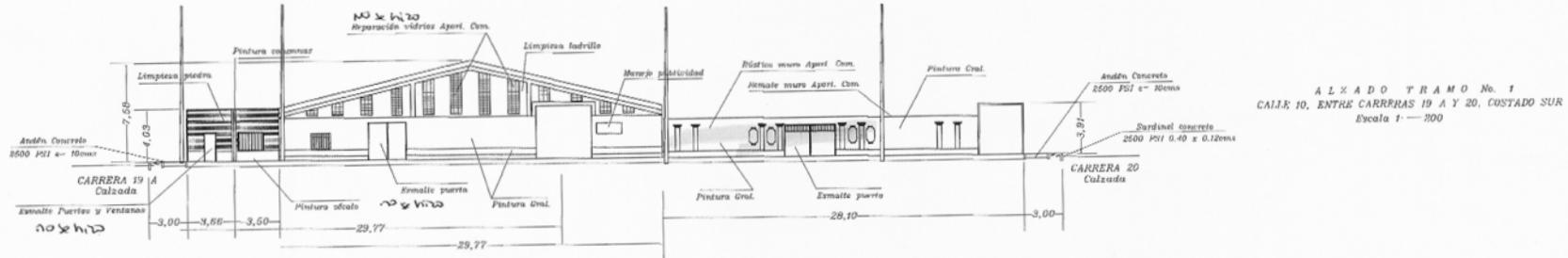
Para entender lo que para muchos habitantes y autores como Cardenyo (2007) es el deterioro del barrio es necesario regresar a la década de 1960 por un momento. Aparte de los brotes de industrialización y el traslado de las plazas de comercio, la entrada a Bogotá del transporte en buses urbanos e intermunicipales requirió un punto de llegada. Y fue justamente las inmediaciones de Plaza España, lugar que históricamente ya había recibido migración con su estación ferroviaria, el espacio escogido para esto. Se convirtió de esta forma en terminal de personas y productos que surtía el comercio circundante.

Cuando la actividad de la Estación de la Sábana decayó casi por completo, el crecimiento del parque automotor de buses tuvo dos efectos paralelos: la continuación del carácter comercial del sector y la creación de una zona de talleres de mecánica automotriz y comercio de autopartes (IDPC, 2018).

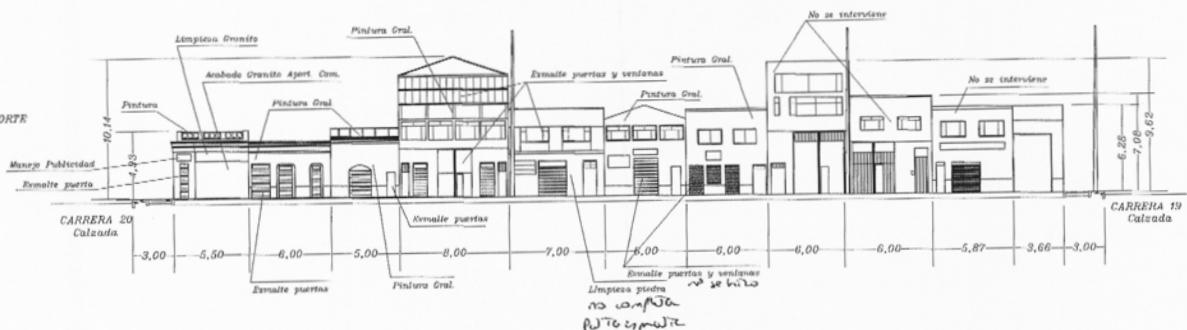
Añadido a los hechos anteriores, en 1972 el traslado de las plazas de mercado de los alrededores de Plaza España a Corabastos y a la Plaza de Paloquemao dejó abandonadas casi 50 hectáreas en esta zona (Cardenyo, 2007). E igualmente, la estación improvisada de buses también finalizó su funcionamiento en 1984 y se trasladó a la Terminal de Transporte de Bogotá.

Con estos cambios el barrio tomó una nueva forma, dejando a un lado su carácter residencial y convirtiéndose en lugar de comercio, bodegas y talleres. En los siguientes planos, productos de un trabajo de mejoras en 1999 se puede observar la forma de las edificaciones sobre la calle 10 de La Pepita que muestra precisamente los cambios estructurales y arquitectónicos que el barrio tiene a día de hoy para acomodarse a las nuevas necesidades de su población:

Entre el estigma y el olvido



ALZADO TRAMO N° 2
CALLE 10, ENTRE CARRERAS 19 A Y 20, COSTADO NORTE
Escala 1: — 200



Hasta este punto, puede entenderse la estigmatización que el barrio ha sufrido debido a la salida de la institucionalidad representada en los traslados de las plazas de mercado, el declive del transporte en tren, la reubicación del terminal de transporte, sin ningún reemplazo, lo cual aparte del desamparo estatal creó espacios físicos desiertos que fueron tomados no sólo por grupos sociales al margen de la ley, sino por basuras y cementerios de carros, creando una sensación y percepción de deterioro que se sumó al estigma ya presente en San Andresito San José de contrabando e inseguridad (IDPC, 2018; Cardeño, 2007; ACCOSAN, 2016).

No obstante, el barrio no se puede solo ver desde el vacío. La asociatividad y lo comunitario también son parte central de esta historia, luchas como la de Teresa Castellanos y la conformación de la JAC, o en épocas más recientes, la reunión de los ropavejeros para la construcción de España Plaza Centro Comercial, sin olvidar la asociación de comerciantes en la Asociación de Comerciantes y Centros Comerciales (ACCOSAN), muestran cómo la organización comunitaria ha sido un recurso vital para enfrentar el abandono estatal y resignificar el barrio desde sus propios habitantes.

Al reconstruir la historia de La Pepita no queda otra sensación que la del encuentro con un espacio vivo, que encuentra su valor patrimonial no en lo permanente ni la monumentalidad sino en lo variable de lo cotidiano, en su habitar constante que convierte este lugar en uno lleno de capas y que es allí donde encuentra su propósito, el de ser un espacio vivo que se mueve con las necesidades de la época y de las personas trabajadoras que allí buscan cómo sobrevivir a la adversidad encontrando su valor y centralidad en cada una de ellas.

«Antes se veía el barrio muy bonito, muy limpio, muy solo, porque todos eran residentes. De para acá se vino desmejorando mucho, después del 70. Ya empezó el comercio, rines, llantas y más adelante se fundó el primer sanandresito (sic). Luego hicieron grandes edificios. Ha sido el progreso del barrio, pero un barrio en estado grave. El Estado no lo tiene en cuenta para modernizarlo, sino para sacar impuestos»

*(Acción Comunal Distrital,
1998 p. 190-191)*

Teresa Castellanos



- Acción Comunal Distrital. (1998). Voces del Común. Testimonios de líderes comunales de Bogotá. Alcaldía Mayor de Santa Fe de Bogotá.
- ACCOSAN. (2016). La Voz del Comercio. El periódico de San Andresito San José La Novena. N.º 1. Bogotá, Colombia.
- Baquero, J. (2009). Tranvía municipal de Bogotá. Desarrollo y transición al sistema de buses municipal, 1884-1951 [Trabajo de maestría, Universidad Nacional de Colombia].
- Cardeño, F. (2007). Historia del desarrollo urbano del centro de Bogotá (Localidad de los Mártires). SCRD.
- Castellanos, T. (1985). [Carta explicando la venta de cocinol en el Barrio La Pepita al auditor fiscal del DAACD]. Archivo de Bogotá (604.05.04.03.985.03). Bogotá, Colombia.
- Colón Llamas, L. C., & Mejía Pavony, G. (2019). Atlas Histórico de barrios de Bogotá 1884-1954. IDPC.
- DANE. (s.f.). Barrio La Pepita [Material cartográfico]. Biblioteca Luís Ángel Arango (PC2Bg01c4110). Bogotá, Colombia.
- EDIS. (1965). Lotes patios circulación Plaza España [Plano de la plaza de mercado La Libertad]. Archivo de Bogotá (101.02.004.06). Bogotá, Colombia.
- EDIS. (1974). Plaza España [Plano oficina EDIS en el Barrio La Pepita]. Archivo de Bogotá (101.02.004.05). Bogotá, Colombia.
- Escobar, A. (2002). El cementerio central de Bogotá y los primeros cementerios católicos. Credencial Historia. No. 155
- Gago, V., Pesca, E., & Giraldo, C. (2017). Visita a San Andresito en Bogotá. En C. Giraldo (Coord.),

«Lo que pasa es que o te transformas o desapareces. Y eso mismo le ha pasado al barrio.»

John Bernal



Morfología y arquitectura funcional del territorio

John Bernal

Cómo está construido el barrio

«Y la otra es de que digamos la transformación vino en el plan de desarrollo, pues no permitían, el crecimiento de los edificios eran cuatro pisos nomás a lo máximo, pero ya para arriba no se podía hacer nada. Al comenzar, digamos al ver el cambio entonces ya vienen las grandes construcciones que son edificios de 20- 25 pisos. Entonces lo que era familiar se transforma porque entonces ya digamos, a medida que se va creciendo o vamos creciendo en la juventud de aquella época, comenzó a migrar en el sentido de que se va a estudiar a la universidad y entonces ya se van separando de la familia, quedan solo los papás en la cuadra, entonces la opción es vender e irse para otro lado. Entonces esa es la forma de migración que hubo en las familias.»

Familia Romero

Casa tradicional azulita



Casa esquinera azul en la carrera 24 barrio La Pepita.
Foto DeambuLAB. Septiembre 2025

* Texto adaptado de la entrevista de Jhon Bernal. El proceso fue realizado por Lorena Bohorquez y Ana Escobar y ampliado por el autor.

Para iniciar con este relato, les propongo a todos los lectores un ejercicio de observación. Primero, debemos localizar las casas tradicionales del barrio. Muy bien, la azulita es un gran ejemplo. Estas casas tienen por lo menos 20 metros de fondo y de 6 a 10 metros de frente. Son casas grandes, con muy buenos espacios. Estas casas tuvieron un primer uso residencial, pero con el tiempo se empezaron a volver bodegas y, luego, centros comerciales: si compran dos, pueden hacer el centro comercial y empiezan a construir.

Son casi como un monopolio que lentamente se expande. Pero algunas aún siguen siendo las casas tradicionales del barrio; son esas casitas que están en medio de grandes centros comerciales. Y esas, esas son las que hablan del ejercicio de resistencia.



Estas casas son esos lugares que se niegan a desaparecer o que, para este momento, los dueños tienen la capacidad de decir: «no vendo, soy el viejo terco y no se me da la gana de vender [...] ¡Ay! ¿Que le doy 500? No. ¿Le doy 1000? No. ¿Le doy 2000?» No me interesa su plata, mijito, guárdela. Y entonces, esas casas ahora valen muchísimo dinero... y es el ejercicio a la inversa que ratifica, efectivamente, el patrimonio. No necesariamente construir es lo que valoriza un espacio.

Como se puede ver en este ejercicio de observación, aquí hay un collage de edificios que hablan de lo republicano, es la copia de muchas cosas en un solo lugar. Es como el reciclaje de la casita con la bodega, con el restaurante. Algunos los montaron y los volvieron fondas paisas, pero enseguida está la bodega de cacharrería... Ahí empiezas a ver esa mutación del proceso de ciudad. Finalmente, no es arquitectura: es cómo van construyendo, dependiendo de lo que se va dando.

Y es así como los lugares cambian, pero los beneficios no siempre son para las personas que lo han habitado por mucho tiempo, sino para los nuevos moradores...

«Las características de los barrios obreros son heterogéneas, pero se identifican algunos elementos en común en los diversos sectores: están constituidos por construcciones pegadas, sin anteojardines ni árboles, y sus calles son estrechas. En algunos casos es evidente el proceso de parcelación y loteo, y la edificación es iniciativa de cada propietario y depende de sus ingresos; por ello, no se observa un estilo arquitectónico homogéneo. La estética y la plasticidad ceden terreno en favor de consideraciones funcionales.»

Cardeño, F. (2007) p.43



Pero no solo en el centro mismo del barrio se ve la transformación; esto también pasa en sus límites. Es el caso del Parque La Pepita, que no está dentro de la delimitación del barrio inicial, está en el borde.

El parque ha hecho parte de esa transformación de ciudad y es reconocido por los habitantes del sector. A pesar de sus dificultades, fue el punto de encuentro para la gente en el marco de sus problemáticas, hoy en día es un parque que se transforma con el ecosistema, pero no necesariamente con la gente que habitó las casas de los alrededores para toda la vida ...

La gente dice: «Esto es La Pepita». Dicen: «Nosotros somos de La Pepita». La nueva gente decía: «Ese parque hay que enmallarlo, hay que hacer la cancha sintética». Ahí también empiezan los detonantes de marginalidad, para sacar a la gente habitual. En ese entonces, La Pepita era el barrio de los marihuанeros que venían, que echaban sus porros, y de otros que venían a jugar fútbol. De ahí salieron futbolistas de fútbol 5, súper famosos, de aquí, de esta cancha.

En esos espacios que son detonantes también pasan cosas que no siempre son tan chéveres. La comunidad se junta, no siempre con propósitos en pro de los demás, como mecanismo de defensa frente a las problemáticas del barrio. Por otra parte, el Estado supone que va resolviendo, por ejemplo, cuando Peñalosa era alcalde, trajo el modelo de los bolardos y lo instauró en toda la ciudad, haciendo una ciudad más moderna... Luego en los parques de

El Parque La Pepita

«se creó este año una mesa de trabajo del Parque La Pepita, que está integrada por Secretaría de Gobierno, un representante de Secretaría de Educación, también está la comunidad, la presidenta de la Junta de acción comunal, están algunos comerciantes y está también el CREA La Pepita, entonces esta mesa ha hecho varias intervenciones allí, como de cuidar el parque, hacer jornadas de embellecimiento. La Secretaría de gobierno se ha preocupado porque no hayan escombros porque ese es uno de los problemas también que aquí por ser un sector tan comercial todo el tiempo hay basuras y también se presta para que dejen los escombros ahí. Pero, esta mesa ha sido muy interesante porque sí ha habido una preocupación conjunta y un nivel de asociatividad bien interesante que se hace por voluntad propia.»

Ivonne Toledo

«El parque lo habita mucho, o sea, como los comerciantes que vienen a la hora del almuerzo, lo habita mucho consumidor, o sea eso ahí es impresionante, y además a cualquier hora, o sea desde el mediodía uno los ve, el tráfico ahí, y es raro porque uno los reconoce, o sea yo, cómo desde el primer mes uno ya sabía quién era el que vendía, donde escondían, todo, es una cosa muy rara, porque las autoridades no sé por qué no intervienen, o bueno, uno no entiende cómo sirven esas cosas, pero, pero el parque, si todo el tiempo está habitado, los chicos del colegio cuando salen del colegio todo el tiempo lo transitan, las canchas las ocupan un montón.»

Ivonne Toledo



barrio se generó un fenómeno de transformación cuando instauraron las canchas sintéticas que con el tiempo se convirtieron en los primeros dispositivos de segregación y transformación: parques bonitos y cerrados, pero sin gente; luego el entorno se complejizó, la vecindad se vio obligada a vender por las dinámicas propias de los barrios y las nuevas construcciones.

También es evidente que en el barrio sigue habiendo problemas de seguridad. O sea ahorita, en el día es un lugar comercial, pero en la noche cambia el entorno. Se sabe que acá había un parche de calistenia en esta cancha, pero también convivían en el marco de las fronteras invisibles. Eso también hace parte de la realidad y de la transformación del sector, y con la construcción del conjunto de edificios se transformó el imaginario del lugar.

Podcast creado con participantes de la Mesa de trabajo del Parque La Pepita, JAC Ricaurte, Entornos Escolares Inspiradores, Estudio Audiovisual La Estanzuela y DeambuLAB. Foto DeambuLAB. Agosto 2025.



San Andresito San José el barrio que se volvió comercio

Sara Lucía Gómez Machado

Hablar de San Andresito de San José es hablar de una historia de trabajo, migraciones y persistencias que marcaron el centro de Bogotá. Nació entre talleres, fábricas y bodegas, en un barrio que todavía conserva el pulso de la industria y el comercio popular. Con el tiempo, el movimiento de mercancías, personas y saberes fue configurando un tejido económico propio, donde la confianza, la familia y el rebusque se entrelazan en las rutinas diarias.

Este texto recoge parte de esa historia: los orígenes del comercio en el sector, sus transformaciones, las redes que lo sostienen y las tensiones que ha generado sobre el barrio de La Pepita, que hoy resiste entre el bullicio de los locales y la memoria de quienes aún lo habitan.

La primera bodega

Según Ricaurte Mora (2016), la inauguración de la Estación de la Sabana, en 1917, trajo consigo el inicio de un auge comercial propiciado por el elevado tránsito de personas en el sector. Con el pasar de los años, este espacio se convirtió en un punto de reconocimiento comercial para los bogotanos, tanto así, que hoy en día, sigue siendo uno de los lugares preferidos para hacer todo tipo de compras.

Con respecto al nacimiento de San Andresito, sabemos, por algunas entrevistas de terceros (ACCOSAN, 2016; Duarte y Cortés, 1988; R. V .F., 1988; Guzmán et al., 2015), que muchas de las personas que iniciaron lo que hoy se conoce como el San Andresito de San José y sus Bodegas Fundadores, eran personas que venían del campo y de otras partes del país, en busca de mejores horizontes para ellas y sus familias.

«Yo llegué aquí en el año 1978 [...]. En esa época no había sino como 80 puestos. Se llamaba catres de madera, que eran unos que le colocaban para cerrarlo en una puerta de madera, y se guardaba la mercancía; y al otro día se sacaba y se ponía. Se colocaba sobre la mesita del mismo cajón y ahí se vendía.»
Siervo Florian.

Según relatan estas personas, muchos de ellos iniciaron ubicándose en la Galería Nariño, en el comercio tradicional de San Victorino —hoy conocida como Plaza de la Mariposa—, y luego, por desalojos de la fuerza pública, fueron desplazándose a otros lugares, como el sector de La Sabana, la novena con veinte y Paloquemao, y después a la zona industrial de Puente Aranda, con el San Andresito de la 38. La situación de inestabilidad y trasegar llevó a algunos de estos comerciantes a arriesgarse a comprar su primera bodega: pequeños locales de madera que dieron inicio a lo que se conoce como las bodegas fundadoras de San Andresito de San José (Duarte y Cortés, 1988; R. V. F., 1988).

Uno de los elementos que históricamente ha marcado a San Andresito, además de las dinámicas propias del comercio informal que lo definen, ha sido su asociación —en distintos momentos— con actividades relacionadas con el contrabando, la piratería y otras prácticas excepcionales en materia de impuestos, las cuales, entre otros factores, contribuyeron a consolidar su fama por los bajos precios.

Este elemento diferenciador ha estado presente desde el mismo nacimiento del lugar que conocemos como San Andresito de San José, cuyo nombre se inspira en la isla de San Andrés, que en 1953 fue declarada puerto libre. Por esta razón, muchos comerciantes empezaron a buscar rutas que les permitiera comprar buenas mercancías sin pagar impuestos y, así, ingresar productos al país para venderlos a precios mucho más económicos (ACCOSAN, 2016, p. 3).

Esto se confirma, según lo que cuenta don Siervo (2025), uno de los entrevistados y presidente de ACCOSAN, quien explica que, con el tiempo, el origen de las mercancías fue haciéndose más diverso. Ya no provenían sólo de San Andrés; por ejemplo, traían máquinas y repuestos de San Antonio del Táchira; de Tulcán, sábanas y medias veladas; perfumes de San Andrés y licor de Maicao.

Con el tiempo, la tensión entre comerciantes y autoridades ha sido evidente. Aunque las cosas se han ido estabilizando y se han creado buenas relaciones entre los comerciantes y las autoridades, es cierto que en la historia no han faltado amenazas de algunos presidentes de cerrar los San Andresitos (R. V. F., 1988), y alguna que otra redada en busca de mercancía de contrabando o mercancía falsa es decir, *chiviada*.

Lo cierto es que estas dinámicas tan particulares del comercio informal, que se dan y se han dado en el sector histórico y comercial de lo que conocemos como San Andresito de San José, han determinado en buena medida la configuración social de este sector tan particular.

Las rutas del rebusque

«*Eso comenzó fue así: el rebusque del contrabando era para sustentarse la gente; era, era un negocito, ahí era un rebusque.»*
Siervo Florian.

«*¿[...] Por qué se llama San Andresito? Porque [...] como en el gobierno de Rojas Pinilla declararon puerto libre a San Andrés. Entonces, al declararlo puerto libre, la gente iba y compraba mercancía, y no pagaba arancel. Iban a pasear y traían de allá para acá sus cositas, y las vendían; no las dejaban todas para el hogar: lo que les sobraba, las vendían. Así se comenzó a llenar esto —hablemoslo francamente— de contrabando, porque, como era puerto libre, no pagaban impuestos.»*

Siervo Florian.

«*Otros iban a Buenaventura, otros iban al Ecuador, a Tulcán [...]; traían sábanas y medias, de una media para dama que llamaban Ingesa, que era como media de medias veladas, pero que le hacían competencia a las medias de aquí, a las medias de esa época, que eran Richi, me parece.»*

Siervo Florian.

«*Después vino un gobierno, como el de Belisario Betancur, en el año 82, que dijo que iba a acabar con los San Andresitos, porque los San Andresitos eran el mayor sitio donde se vendía y se vende contrabando, y el contrabando, sea como sea, le quita impuestos al Estado, porque el contrabando no paga impuestos.»*

Siervo Florian.

Informalidad laboral: una respuesta a la exclusión

La informalidad que acompaña las relaciones y dinámicas en San Andresito no se limita únicamente al ámbito comercial, sino que también permea el ámbito laboral, pues la mayoría de los comerciantes y empleados que se ubican allí son trabajadores informales, es decir, personas cuyas relaciones laborales no están sujetas a la legislación nacional.

Muchas de las personas que ejercen estas actividades comerciales, con relaciones laborales no convencionales y ajenas al control del Estado, lo hacen con el fin de recibir ingresos para su supervivencia y la de su grupo familiar. Ante la imposibilidad de encontrar otras fuentes de trabajo, estas actividades se convierten en una buena opción para ingresar al mercado, debido a la poca exigencia de capital, calificación y mano de obra (Cisneros et al., 2022).

Según Cisneros et al. (2022), en Colombia, el trabajo informal se presenta como una situación que se da debido a tres factores significativos: en primer lugar, un aparato productivo incapaz de emplear a la totalidad de la mano de obra existente; en segundo lugar, la migración hacia las ciudades, que ha incrementado la oferta laboral; y en último lugar, el hecho de que en algunos casos el ingreso real de los trabajadores informales logra superar el salario mínimo establecido por decreto.

Por otro lado, Ricaurte Mora (2016) sostiene que la economía informal en San Andresito San José no es simplemente una consecuencia del desempleo o de la baja escolaridad —que no tiene cabida en la alta cualificación que exige el sector productivo moderno—, sino una respuesta estructural y racional a la falta de oportunidades en la economía formal, a la deficiente intervención estatal y a la necesidad de subsistencia. Además, argumenta que esta forma de economía se convierte en un sistema económico alternativo, que opera con reglas propias y tiene una alta capacidad de adaptación.

Asimismo, entre las causas de esta informalidad, también menciona como un aspecto muy importante el tema de la exclusión, la cual define con las siguientes palabras:

cuando se priva a una persona o conjunto a participar de lo que por derecho les pertenece. Es así como exponen tres fronteras en las que generalmente ocurre la exclusión: la primera con respecto a las leyes laborales que han segmentado el mercado de trabajo, impidiendo que los trabajadores abandonen su condición de informal para emplearse en sector formal. Segunda, costosas regulaciones de entrada impiden que las empresas pequeñas crucen la frontera hacia la formalidad. Tercera, cuando las grandes firmas enfrentan excesivas cargas fiscales y regulaciones pueden permanecer parcialmente en la informalidad como un mecanismo de defensa (Ricaurte Mora, 2016, p. 26).

Es claro, entonces, que ante la falta de oportunidades en el sector formal, muchas personas —incluso familias— ven en el autoempleo una buena alternativa económica para asegurar su subsistencia y la de su grupo familiar, mientras que otras no ven problema alguno en emplearse como informales. Aun así, no hay que dejar de lado que este tema podría aplicar únicamente a las personas que trabajan en el sector en calidad de empleados o de socios minoritarios, debido a que el perfil y el contexto económico de los comerciantes dueños de los negocios es considerablemente diferente.

Según Agualimpia y Molano (2014), existen personas —los llamados *grandes negociantes*— que poseen una influencia y un capital invertido superiores al del resto. Según los autores, estas personas «tienen mayor dominio sobre cierto número de negocios, los cuales suelen especializarse en una categoría de productos», por lo cual una sola persona puede ser propietaria de varios locales dedicados al mismo tipo de mercancía (p.12).

San Andresito San José años 2000
Archivo ACCOSAN



Tradición, familia y confianza en las dinámicas del comercio en San Andresito

«La gente que trabaja aquí trabaja como en familia. Entonces usted trabaja con sus dos hijos o con un hijo [...] Entonces, usted pues cuadra sus cosas y, de pronto paga seguridad social, pero no le paga el mínimo, sino de acuerdo a lo que gane, van cuadrando las cosas y el comercio sigue creciendo, porque el hijo [...] prácticamente si hay 100 familias y cada una tiene un hijo y el comercio sigue creciendo, pues cada uno va colocando otro local y ya son 200 locales. Entonces así siguió creciendo el comercio.»

Siervo Florian.

«Entonces usted viene, una persona —equis persona de Boyacá— viene por una docena de crema para las manos [...]. Entonces, usted no tiene sino seis y dice: 'espéreme y ya le completo la docena', y va donde un vecino o va a la bodega y trae; si tiene bodega, o a otro local y la trae. Eh, entonces ellos se prestan mucho servicio así.»

Siervo Florian.

Durante el transcurso de esta investigación, uno de los elementos que ha saltado a la vista es el tema del autoempleo (Cisneros et al., 2022; Ricaurte Mora, 2016); es decir, iniciativas de familias y personas para montar negocios o comercios que puedan dar empleo y sustento a cada miembro de la familia extendida. Estas dinámicas del comercio en San Andresito se han convertido casi en un oficio histórico que se transmite de generación en generación y que, además, ha sido una práctica que ha determinado en gran medida las dinámicas del desarrollo comercial en este lugar.

Estas relaciones de familiaridad se dan no solamente en las familias nucleares que tienen sus comercios en San Andresito, sino que se extienden mucho más allá de los lazos de sangre, configurando verdaderas redes de hermandad basadas en la confianza y el apoyo mutuo, compuestas por vecinos, amigos y conocidos del entorno comercial. En muchos casos, estas alianzas funcionan como una gran familia ampliada, que comparte riesgos, recursos y responsabilidades, manteniendo vivo el espíritu solidario que caracteriza al lugar.

Agualimpia y Molano (2016), explican las teorías de La Venta Móvil y la Teoría del Lugar mencionando que la concentración espacial dada por la forma como los individuos se movilizan a espacios físicos de alta afluencia, continuos, homogéneos y con mercados y costos uniformes, permite crear economías de escala dentro de las comunidades brindando una aproximación al beneficio de las redes, conjuntos bien delimitados de actores que entablan entre ellos relaciones basadas en la confiabilidad, lo que facilita y crea la interacción económica.

Este sistema de redes es importante en un contexto comercial tan particular como el de San Andresito ya que:

Alrededor del 80% de los negocios hacen parte de algún tipo de red, en donde se ejecutan transacciones en las que predomina el intercambio y el préstamo de mercancías entre locales comerciales "amigos". Igualmente, la transferencia de información es importante para adquirir conocimiento del mercado y de factores externos que pueden influir en el negocio (Agualimpia Rojas, J et al., 2016, p.17).

Más allá de la afinidad personal, estas redes cumplen una función práctica dentro del comercio, pues facilitan acuerdos de colaboración, préstamos de mercancía y apoyo logístico entre locales. La confianza que se construye entre los actores del sector permite que el negocio continúe funcionando incluso cuando los propietarios no están presentes o deben delegar responsabilidades. En este sentido, Pedraza Peña (2020) señala que «los vínculos extra-laborales basados en figuras como la familiaridad, la amistad o la vecindad garantizan un nivel de confianza tal que se pueda entregar la mercancía y el local a alguien más sin correr riesgos ni pérdidas» (p. 70).

En el contexto de los San Andresitos, la confianza se consolida como un rasgo esencial del comercio popular. Esta atraviesa distintos niveles de relación: entre los propios comerciantes, que sostienen redes de colaboración basadas en la solidaridad y el intercambio, y entre comerciantes y clientes, donde los vínculos se han fortalecido a lo largo de los años gracias a la atención personalizada, el trato cercano y la credibilidad construida en el tiempo. Como señalan Gago et al. (2017), la confianza es un valor central que estructura estas prácticas económicas y les da continuidad más allá de los marcos formales.

La confianza como base de las redes comerciales

«También hay otra cosa: muchos comerciantes tienen mucha clientela, [...] Aquí, a veces, un Viernes Santo o un Jueves Santo, si no abren estas bodegas, no abre el resto, porque la gente llega, ve que está cerrado el San Andresito y se va. "¿Está cerrado? No, no compramos."»

Siervo Florian

Reflexiones finales

El barrio, con su espíritu profundamente comercial e industrial, ha sabido transformarse con el paso del tiempo, adaptándose a las dinámicas y necesidades de cada época. San Andresito de San José se reconoce hoy como un espacio emblemático del comercio en Bogotá, aunque su nombre todavía se asocie, en algunos casos, con la informalidad e incluso con prácticas ilegales. Sin embargo, reducir su historia a esa lectura sería desconocer el entramado humano, económico y social que lo sostiene y que le ha permitido perdurar.

Durante el desarrollo de esta investigación, surgieron múltiples relatos personales —de amigos, familiares y vecinos— que evocan recuerdos del San Andresito de su infancia. Esas memorias afectivas reflejan la huella que este espacio ha dejado en la vida cotidiana de la ciudad y muestran que su historia forma parte del imaginario colectivo bogotano, incluso nacional, dada la multiplicidad de San Andresitos que hoy existen en diferentes regiones del país.

Las transformaciones actuales del sector son, en buena medida, el resultado de los procesos históricos que allí han tenido lugar. Su composición social, marcada desde sus orígenes por el trabajo masculino vinculado a lo comercial y lo industrial, conserva todavía rasgos de esa herencia. Durante el desarrollo de este proyecto, fuimos invitadas a participar en un evento organizado por la Secretaría de la Mujer en el Parque La Pepita, dirigido a niñas de los colegios cercanos que suelen recorrer ese espacio para llegar al CREA del sector. La actividad buscaba propiciar su acercamiento y apropiación de un lugar que, históricamente, ha sido ocupado mayoritariamente por hombres.

Esta acción hace parte de muchas otras que conforman una estrategia conjunta entre los actores institucionales y barriales de la zona, orientada a promover nuevas formas de habitar el parque: un ejercicio que aún está en marcha y que merece ser potenciado para fomentar la presencia y el encuentro de una comunidad diversa.

San Andresito de San José encierra una doble realidad. Por un lado, es un espacio de esfuerzo, persistencia y comunidad que ha dado forma a la economía popular de la ciudad; por otro, su expansión ha transformado profundamente el territorio, desplazando parte de la vida barrial y alterando los vínculos que antes sostenían a La Pepita. Este contraste invita a reflexionar sobre los costos sociales del desarrollo urbano y comercial, y sobre la necesidad de construir relaciones más justas entre quienes habitan, trabajan y hacen posible la vida en el sector.

- ACCOSAN. (2016). La Voz del comercio: el periódico de San Andresito de San José la novena. Asociación de comerciantes y centros comerciales de San Andresito San José.
- Agualimpia Rojas, J. D., & Molano Cruz, D. F. (2014). Las redes del comercio informal: El caso de los San Andresitos (Trabajo de grado, Universidad de los Andes). Repositorio Institucional Universidad de los Andes.
- Cisneros, M. Muñoz, C. Asqueta, María. (2022). El comercio informal callejero desde una perspectiva semiótico discursiva. Universidad Tecnológica de Pereira.
- Duarte, L. Cortés, C. (1988). Los milagros de San Andresito: cómo formalizar a los informales. Revista Estrategia económica y financiera, No. 122, pp. 6-7.
- Gago, V. Pesca, E. Giraldo, C.(2017). Visita a San Andresito en Bogotá. En Giraldo, C.(Coord.), Economía popular desde abajo (pp. 169-178). Biblioteca Vértices Colombianos. Ediciones desde abajo.
- Guzmán, M., Panesso, L., Polanco, D. (2015). El rol de los voceadores en el comercio popular de San Andresito de San José en Bogotá Colombia (Trabajo de especialización Universidad Jorge Tadeo Lozano).
- Pedraza Peña, P. A. (2020). El comercio en San Andresito de San José: un business de mujeres (Trabajo de grado, Universidad Nacional de Colombia).
- R. V. F. (1988). Cómo prosperar en 4 metros cúbicos, Revista Estrategia económica y financiera, No. 122, pp. 26-28.
- Ricaurte Mora, G. (2016). Causas de la economía informal: Un contexto socioeconómico para el caso de los vendedores informales en San Andresito de San José (Trabajo de grado, Universidad Piloto de Colombia)



Saberes del rebusque: el memorias orales y prácticas comerciales



¿QUÉ ES EL REBUSQUE?

Ana Cecilia Escobar

«En toda Colombia, el rebusque es el latido del panorama laboral»
(Aragón, 2025, primer párrafo)

Desde el inicio de esta investigación, al indagar en la historia del barrio, de San Andresito, de sus habitantes y de sus comercios, una idea nos estuvo orbitando: el *rebusque* como forma principal de subsistencia y habitabilidad de las personas de este sector.

¿Pero, qué es el rebusque? En general varios autores lo definen como una actividad económica de los sectores populares que buscan alternativas improvisadas o no, para generar ingresos; es decir, una estrategia de sobrevivencia que puede —o no— ser temporal y variable según los vaivenes de las modas y los nuevos consumos y necesidades de la población (Giraldo et al, 2017; UDES, 2023).

Y, si bien podríamos apegarnos a esta particular delimitación, lo que encontramos al entrevistar y observar las dinámicas propias de este espacio fue algo mucho más complejo: un entramado que pasa por el juego de la informalidad-formalidad; las ventas ambulantes por temporada; la creación de redes comerciales y personales que influyen en el éxito o el fracaso de un negocio; y la organización comunitaria en asociaciones, cooperativas y otras formas de protección al trabajo.

Esto nos abrió un panorama que desdibujó aquella primera definición y nos hizo preguntarnos qué significaba realmente el rebusque. De esta forma, nos fuimos acercando a otras perspectivas que ven en esta actividad una *contracultura* (Mendoza, 2011), con un orden, una estética y unos fines propios, que juega con las reglas de la cultura económica dominante —el libre comercio— para crear un sistema alternativo que estira los parámetros de la legalidad, pero no los abandona.

Con este nuevo relato fue más fácil entender las formas de habitar este barrio y cómo valores como el honor —respetar la palabra en un negocio—, el trabajo, la lucha y la resistencia son altamente reconocidos en el gremio

de comerciantes. Al mismo tiempo, quienes acudimos a este sector a hacer nuestras compras mostramos cierta tolerancia, e incluso aceptación, hacia los métodos comerciales que emplean, gracias a sus precios bajos, la calidad y, sobre todo, a la democratización de bienes que de otro modo serían muy difíciles de obtener.

Además, en un país como el nuestro, donde el mercado laboral no tiene cómo absorber la cantidad de mano de obra disponible, donde la migración interna y externa aumenta día a día y donde el salario mínimo que se ofrece en muchos trabajos formales no alcanza a cubrir las necesidades básicas (Cisneros & Asqueta, 2022), nos enfrentamos a un panorama en el que todos somos potenciales rebuscadores, ya sea para cubrir total o parcialmente nuestros gastos mensuales o para poder darnos algún que otro lujo. Somos, entonces, la nación del rebusque.

Para entender, ya no qué significa, sino qué compone el rebusque, desde nuestra investigación documental y empírica establecimos algunos elementos que lo identifican, los cuales atraviesan tanto la práctica como el lenguaje cotidiano, y hacen de esto algo propio.

El primero de ellos tendría que ser la adaptación del saber y curvas de aprendizaje rápidas. Esto se refiere a la velocidad en qué un comerciante —novato o experto— debe aprender a variar los productos de su negocio en virtud de los cambios tecnológicos o los modos de vida de sus compradores. Porque, si bien la especialización es necesaria (ropa, calzado, tecnología, joyería, por ejemplo), los últimos años han sido testigos de importantes avances que afectan no sólo los bienes que promocionan, sino hasta la misma forma de hacer negocios y ventas.

Y esta especialización no es solo importante para saber qué producto ofrecer, sino que, como muy bien lo han retratado Cisneros y Asqueta (2022), hace parte

Algunos elementos del rebusque

del rito de vender, donde el vendedor otorga valor a su mercancía mediante la palabra y el conocimiento, mientras que el consumidor medita, regatea —a partir de sus propios saberes— y, si es convencido, compra, completando el ciclo.

El segundo, sin duda, debe ser el desplazamiento al que debe estar dispuesto un trabajador del rebusque, ya que de esto depende su éxito o su fracaso. Este movimiento no necesariamente es físico, también puede ser mental. El cambio tanto de oficio como de lugar de venta puede estar en el horizonte, y se debe actuar con rapidez en la toma de decisiones si se quiere mantener la supervivencia misma.

El tercero tiene que ver con las formas mismas de subsistencia de los rebuscadores, sus redes, y con ellos los personajes conectores (Mendoza, 2011). Son estos sujetos los que permiten la movilidad y la circulación de bienes, servicios y, sobre todo, de información, lo que conforma principalmente este sistema alternativo que estira las reglas usuales de la economía dominante.

El cuarto elemento, muy ligado al anterior, es lo que Mendoza (2011) denomina la *lógica del atajo*: una práctica que implica conocer bien el terreno, a las personas que lo habitan y las lógicas del mercado, para obtener los mejores beneficios con la menor inversión posible.

Por último, y para cerrar con una reflexión, es el tránsito desde lo individual a lo colectivo, la característica central que genera el rebusque, ya que comienza con una persona que, gracias a su creatividad y voluntad, materializa una idea, pero que con el tiempo se va consolidando en red —llámese colegas del mismo rubro, intermediarios, personajes conectores o habitantes del mismo territorio—, como forma última de consolidar y perpetuar su existencia y su éxito.

PUERTO VALLARTA

Centro Comercial

ARRENDAMOS
ESTACIONAMIENTO

PUERTO VA
Centro Come

ES LA DIFERENCIA



OBSERVATORIO DEL REBUSQUE

Vanessa Vellojín González

◀ Centro Comercial Puerto Vallarta.
Foto DeambulAB. Octubre 2025

1.

Desplazamiento, migración y reasentamiento

«soy de Santander, sí pues llegué aquí porque nosotros teníamos [...] en el sur de Bolívar una Finca grande y [...] ya para el 70, llegó la guerrilla, llegó Ricardo Lara [...] del ELN, y entonces el Ejército, pues llegó también a controlar ese tema. [...] Entonces nosotros éramos muy, muy jóvenes, muy niños, entonces a mi papá le sugirieron emigrar y vendimos la finca por 80.000 pesos.»

Vicencio Ortiz

Detenerse a contemplar un lugar de tránsito como el barrio La Pepita es un acto de resistencia, como también lo son las economías del rebusque que allí han surgido frente a un sistema que traza con fuerza la frontera entre lo público y lo privado. Ese acto de contemplación rompe el hechizo de lo naturalizado y permite mirar de nuevo lo cotidiano, develando conexiones y patrones sutiles entre las historias de quienes han habitado y construido las dinámicas de este territorio mutante.

Es así como en este entorno se han replicado tradiciones y formas de ser y de hacer como parte del habitus comercial: el regateo, el levantamiento de puestos de venta en el espacio público o la agremiación, se han convertido en expresiones de este laboratorio vivo del rebusque en Bogotá. En el caso del barrio La Pepita, estas prácticas se han fusionado con el tejido barrial, escribiendo una historia no lineal que evidencia procesos continuos de desplazamiento, arraigo y resistencia. Patrones históricos que han moldeado las formas de habitar este sector y algunos otros con características similares en la ciudad.

Los orígenes de la localidad de Los Mártires y la historia comercial del barrio La Pepita pueden ser leídos como un paralelo a la historia de Colombia, con ecos que hablan del desplazamiento forzado, la migración interna y el reasentamiento de sus habitantes en búsqueda de nuevas oportunidades, dibujando una forma de hacer que se replica de lo individual a lo colectivo y que marca diversos hitos del territorio y sus dinámicas.

La Pepita se ha configurado en capas que narran los cambios de identidad que ha vivido, siendo en sus orígenes parte de la periferia de la joven capital y punto de llegada de viajeros y migrantes, por su cercanía con la Estación de la Sabana y el antiguo terminal de buses. Atravesando etapas de uso residencial, enclave de plazas de mercado y bodegas comerciales, hasta convertirse en el conglomerado de centros comerciales que es actualmente.

Estas características del territorio han facilitado la incorporación de trabajadores en las dinámicas comerciales informales de la ciudad, instalándose en el espacio urbano por la necesidad imperiosa de buscar el sustento diario (Cisneros, 2022), y encontrando en el camino nuevas formas de rebusque mientras se adaptan a los cambios constantes que conlleva el comercio informal.

En ese quehacer comercial los vendedores han aprendido oficios relacionados con las plazas de mercado, la venta de ropa de segunda, el reciclaje o la reventa de productos traídos desde distintas fronteras del país, muchos de ellos señalados como contrabando en los albores de esta práctica.

De esta manera, la oferta traída por los comerciantes se ha adaptado a la demanda de sus compradores, moldeada por los contextos sociales, económicos, culturales y políticos de cada época. Así, los comerciantes han permanecido a la vanguardia de las necesidades del público: durante la pandemia, vendiendo y fabricando tapabocas, máscaras y enterizos; y en tiempos menos excepcionales, llenando las calles de cachivaches a la moda como bolitrones, spinners o muñecos de capibaras en todas sus formas, avivando las tendencias que se convertirán en nostalgias para cada generación.

2.

Exploración del mercado e iteración comercial: *intentar una y otra vez hasta conseguir el producto ideal*

«Y entonces, pues viiniendo acá a conocer me vine aquí a... Plaza España. Y existía el comercio Y... entonces vi que el comercio era lucrativo...Y me enrolé en el comercio.»

Vicencio Ortiz

«[...] entonces aquí la gente se iba de Bogotá para Maicao en avión o en bus o en carro, depende de la capacidad que tuviera para traer. Había mucha gente que solo traía dos cajas de whisky y con eso salvaba lo del pasaje y hacia lo del diario.»

Siervo Florian

«Acuérdense que de pronto, ustedes están muy jóvenes, pero en el año 80 y 90 hubo un apagón en Colombia, entonces tenían que que que echar la lámpara de gasolina y de caperuza para alumbrar por las noches las casas o lo que fuera [...] Enganchar con eso se vendía mucho.»

Siervo Florian

3.

Especialización y desarrollo de una identidad comercial

«Entonces los comerciantes empíricos armaban el cabezote [...] En la primera de mayo traían los muebles y se armaba la máquina de coser aquí y la gente aprendió a manejar.

El comerciante tenía que saber manejar la máquina.»

Siervo Florian

«...ellos hacen parte de esa tradición de los ropavejeros, literal, pero, en el caso de ellos, con la refacción de calzado, a ti se te daña la zapatilla Adidas, así, última generación y vienes y ellos te hacen la pieza exacta, igual.»

John Bernal

«Somos los artesanos»

Don Luis - Zapatero de CC. España Plaza

«Son artesanos del calzado. Hipervivientes. [...] Están en la resistencia. Ellos siguen en la resistencia, aguantando porque son desplazados ...»

John Bernal

Sin embargo, un paso más allá en este camino como comerciantes los ha llevado muchas veces a la especialización, desarrollando conocimientos que van más allá de las cualidades de sus productos. Así se han adentrado en aspectos técnicos, estéticos e incluso psicológicos que les permiten mejorar su oferta para con sus clientes.

Este fue el caso de las máquinas de coser que se ensamblaron en Bogotá a finales del siglo pasado. Desde San Antonio del Táchira (Venezuela) se traían los cabezotes de las máquinas de coser, que eran las réplicas económicas de las ofertadas por la marca estadounidense Singer. Este desarrollo técnico empujó a los comerciantes a conocer el funcionamiento y la reparación de estas herramientas. Así, aumentaba la demanda no solo para su compra sino también para su mantenimiento, abriendo desde la especialidad nuevas líneas de negocio por explorar.

Por lo tanto, la especialización de los trabajadores informales no solo moldea rasgos distintivos de lo que podríamos denominar como su *identidad comercial*, sino que también les otorga un papel relevante en la vida comunitaria, al generar vínculos de confianza y recurrencia con los consumidores. Lo que dio comienzo como una alternativa de subsistencia se transforma en un sentido de pertenencia que trasciende lo económico y se expresa como arraigo al territorio y a la comunidad forjada en él.

Esta construcción identitaria, pocas veces reconocida por los actores que la vivencian, funciona como aglutinante de sus rutinas y de sus luchas por la preservación de derechos y dinámicas sociales en los territorios que habitan. Se afianza así otra dimensión de su autorreconocimiento, la *identidad de lugar*, entendida como algo más que un sistema de recuerdos o emociones personales; es entonces, el conjunto de significados y creencias sociales que dan forma a la experiencia compartida de un lugar (Páramo, 2007).

En este sentido, las consecuencias que acarrean las políticas de reubicación de los vendedores informales no solo tienen impacto en su economía y sus formas de trabajo, sino que también replican las dinámicas de desplazamiento, migración interna y vulneración de derechos laborales que en retrospectiva, los empujaron a reinventarse y a optar por el trabajo informal y la ocupación del espacio público como su camino de vida.

Esta distancia entre las políticas públicas y la realidad de las calles ha escrito una historia marcada por consensos y fracturas, que derivó en la creación de estrategias como las licencias para el ejercicio de las ventas ambulantes y el Fondo de Ventas Populares (1975). Más tarde, el Código de Policía (1989) otorgó a los agentes facultades para la remoción de vendedores ambulantes sin licencia, acompañado de mecanismos legislativos como las acciones populares para la recuperación del espacio público. Con este panorama, la postura del Distrito viró hacia una política programática de relocalización de vendedores estacionarios en centros comerciales cubiertos y de consolidación de normas de protección del espacio público (Concejo de Bogotá D.C., 1992; Gómez, 2022), lo que dio lugar a procesos como la reubicación de los ropavejeros de la Plaza España.

Las apuestas más recientes por reivindicar la labor de los vendedores informales, han decantado en la declaración de 18 de febrero como fecha de conmemoración por su contribución a la economía de la ciudad y, han impulsado la creación de los Consejos Locales de Vendedores. También, como resultado de los procesos

4. **Arraigo territorial, disputas y regulación**

de agremiación, los vendedores que venían siendo retirados del espacio público mediante fuertes medidas, activaron mecanismos legales logrando la protección de sus derechos y obligando a las entidades distritales a fortalecer, diversificar y ampliar las alternativas de atención (Gómez, 2022). Por último, se han ido firmando pactos por localidad con los vendedores ambulantes, en los que se acuerdan asuntos como la asignación de un lugar fijo, el mantenimiento de la higiene, no consumir bebidas embriagantes, no permitir el trabajo infantil, entre otros (IPES, 2022).

5. Agremiación, sectorización y representatividad

«Esa asociación nació en el año 2002 [...] tiene 23 años. Es libre a asociarse o retirarse, en este momento tenemos más o menos 18 centros comerciales.»

Siervo Florian

«como le digo la la mercancía que se vendía en San Andresito de la 38 y con la novena era más o menos la misma, lo que pasa es que aquí se creció más, tal vez por quedar más al centro y le quedaba más fácil a la gente venir al centro y bajar acá.»

Siervo Florian

Estas medidas no sólo transformaron el paisaje urbano, sino que también aceleraron las iniciativas de agremiación de los comerciantes en defensa de su colectividad, al sentirse vulnerables frente a los distintos enfoques de los gobiernos electos. Pasaron de ser reconocidos como sujetos de derechos y beneficiarios de políticas sociales a ser catalogados, abruptamente, como invasores del espacio público o contrabandistas. La agremiación resultó vital debido a que, como la actividad en este sector es muy compleja por las condiciones socioeconómicas y de ilegalidad a las que se enfrentan; sin las redes, la sobrevivencia pareciera ser casi imposible (Gomez, 2007; Agualimpia & Molano, 2014).

No obstante, no todos los comerciantes del barrio hacen parte de las mismas organizaciones. A lo largo de los años, los enclaves comerciales fueron consolidando la configuración espacial de La Pepita, generando una clara sectorización. El caso más emblemático es el de San Andresito San José, que concentra una representatividad definida a través de ACCOSAN, la Asociación de Centros Comerciales de San Andresito, donde se congregan comerciantes que trabajan desde calzado y moda hasta tecnología y joyería. Incluso entre los diferentes San Andresitos de la ciudad existe una marcada diferenciación, tanto en el imaginario de la ciudad como en las prácticas comerciales.

En estos sectores comerciales del barrio La Pepita destacan también, por su tradición y vínculo con los oficios tradicionales, el gremio de los ropavejeros,

ubicados actualmente en la manzana contigua al Centro Comercial España Plaza, lugar que fue construido a principios de este siglo, luego de lograr colectivamente un ahorro programado para financiar el proyecto, considerado un hito internacional en la exitosa gestión del gremio.

En estos sectores comerciales del barrio La Pepita también destacan, por su tradición y vínculo con los oficios tradicionales, el gremio de los ropavejeros, ubicados actualmente en la manzana contigua al Centro Comercial España Plaza. Este lugar fue construido a comienzos de este siglo, luego de que el gremio lograra, de manera colectiva, un ahorro programado para financiar el proyecto, considerado un hito internacional por su exitosa gestión.

Como parte de las reubicaciones de comerciantes en la localidad, otros de los involucrados fueron los negocios de sastres, trajes y vestidos. Originalmente ubicados en el Ricaurte, se fueron moviendo paulatinamente hasta su final asentamiento a lo largo de la carrera 24, límite del barrio La Pepita.

Otro de los sectores reubicados fue el de los talleres mecánicos y comercio de autopartes, ubicados originalmente en la zona de San Andresito San José, por su cercanía a la terminal de transportes de la época, se desplazaron paulatinamente hacia la calle sexta, asentándose entre los barrios La Pepita y La Estanzuela.

Estos reasentamientos no solo han configurado la geografía comercial de La Pepita, sino que también han consolidado identidades gremiales que hoy siguen siendo referentes de resistencia y organización en la ciudad.

«Y entonces sucede que hicimos un [...] un ahorro programado de 1.000 pesos diarios hasta completar 1.000 millones y después nos dijeron que completáramos 8.000 millones. Y... pero nos tocó asociarnos, es un sindicato [...] porque pues éramos... éramos muy pobres y no nos alcanzaba el dinero para el proyecto.»

Vicencio Ortiz

«era donde la gente venía a entallar el saco, el vestido de paño, las corbatas y luego como empiezan a comprar eso por partes, en todo el comercio, pues empiezan a desplazar o a desaparecer»

John Bernal

6.

Consolidación, expansión y legado

«La administración está pendiente de que no haya mucha guerra entre los competidores del comercio, porque hay veces en una época hubo gente le quitaba el cliente el uno al otro. Aquí está prohibido eso que cada uno vende sus cosas como lo quiere y muy decentemente.»

Siervo Florian

«También hay muchas personas que tienen varios locales aquí, aquí la mayoría de los locales, muchos o la mayoría no, pero muchos son arrendados. Los comerciantes que están ahí pagan arriendo. ¿Por qué? Porque los los antiguos ya casi no trabajan.»

Siervo Florian

Las formas de organización y gestión en cada gremio son diversas y se regulan mediante acuerdos verbales o normativas internas, respondiendo a necesidades, contextos y liderazgos específicos. En algunos casos, estas estrategias han derivado en procesos exitosos como la construcción colectiva de centros comerciales, las articulaciones con instituciones estatales o los sistemas de ahorro programado que han fortalecido la vida gremial.

En este contexto, también han sido diversas sus formas de expansión y consolidación. El crecimiento de San Andresito San José y la construcción de centros comerciales de gran formato en lugares donde antes existieron plazas de mercado, zonas residenciales y bodegas reflejan el objetivo gremial de consolidar el sector como referente comercial en la ciudad y en el país. Esta transformación muestra un tránsito entre los cajones de madera en las bodegas antiguas, donde los comerciantes atendían sus propios locales, y los nuevos modelos en los que arriendan sus espacios o contratan vendedores para gestionarlos.

Otro ejemplo de ello se observa en el sector de los trajes. Aunque los locales mantienen la tradición barrial, hoy la mayoría son atendidos por trabajadores empleados. El afianzamiento comercial del barrio también ha atraído a marcas grandes y almacenes de cadena que ocupan locales en el sector, proyectando un futuro en el que las dinámicas comerciales podrían virar hacia la inserción de grandes superficies.

Sin embargo, más allá de estos cambios, permanece un legado de organización, resistencia y memoria colectiva que ha definido el carácter comercial de La Pepita y sigue siendo parte vital de su identidad barrial. Ese legado se refleja en procesos como el de los ropavejeros y la construcción del centro comercial España Plaza. Aunque con el tiempo muchos locales fueron arrendados o vendidos a comerciantes de calzado deportivo, y los ropavejeros de tradición se trasladaron a la manzana contigua, en espacios más grandes, la práctica persiste como una tradición que cuenta la historia del barrio y los orígenes de quienes allí se han ganado la vida.



TOKO
RECEH
TODORUPA
TODORUPA
TALLERO
239

ROPAVEJEROS: ORIGEN Y RESISTENCIAS DEL REBUSQUE

John Bernal

* *Texto adaptado de la entrevista de Jhon Bernal. El proceso fue realizado por Lorena Bohorquez y Ana Escobar y ampliado por el autor.*

Pocos saben de las historias que se esconden entre los muros, las calles y las bodegas del barrio La Pepita, ni de cómo, en ese entorno, surgieron los ropavejeros.

Cuentan los más sabios del oficio que el comercio de la ropa de segunda se inició en 1958, en las periferias de las plazas de mercado. Algunos de los primeros ropavejeros, como doña Nelly Ballén, llegaron a Bogotá desplazados del campo a la ciudad: «Cuando tú eres una persona campesina que viene desplazada por la violencia, ¿a dónde llegas? [...] Donde hay comida, a las plazas de mercado». Y ya instalados en la ciudad, relatan, encontraban ropa tirada en la plaza de mercado. Pero esas ropas eran vestidos de paño, camisas muy elegantes, prendas que un campesino no usaba ni le encontraba valor.

Ropas que la *gente de bien* llevaba para donar. Entonces, ellos empezaron a colgarla en los alambrados del parque España, allí era el terminal de transportes donde se generaron trueques por ropa y comida con los visitantes del sector.

Más adelante, la dinámica se transformó y la gente empezó a ir a los barrios y cambiarla por huevos, vasijas de plástico y otras cosas....

Así, los que recogían oro —otro oficio anterior al de los ropavejeros— comenzaron a incluirse en el negocio, pidiendo que les regalaran ropa para cambiarla por otros bienes, que vendían primero en la Plaza de las Maderas, para luego migrar a la calle 11, después a la calle 19, y finalmente asentarse en Plaza España (nombre que se le dio a la Plaza de las Maderas).

Una de las primeras familias de ropavejeros fueron los Nereos, conocidos así por ser el apellido del señor. Ellos, desde antes de los años sesenta, trajeron ropa de segunda. Con el tiempo, la plaza pasó de unos pocos a múltiples puestos (catres), que en ese momento eran caseticas amarillas con rojo (luego vinotinto) para simular la bandera del distrito y la identidad de los sindicatos.

El oficio no ha sido fácil de conservar. La reubicación de los ropavejeros llevó a luchas constantes por mantener el territorio y a sus protagonistas. Y es que teníamos un antecedente para temer la reubicación: en el año 2000, durante la primera puesta en práctica del POT, sacaron de San Victorino a los libreros y a la gente del centro de las Galerías Nariño —lo que hoy conocemos como la Plaza de La Mariposa—; los trasladaron. Con todo ese revuelo, los ropavejeros que se habían organizado le dijeron al Estado: «¡Nosotros no nos vamos a mover!». La razón era clara: a muchos de los que salieron de Galerías Nariño les dieron recursos económicos para que reinventaran su economía o para que abrieran su negocio en otro lugar. Muchos de ellos desaparecieron.

La petición fue clara: que no nos movieran o, si lo hacían, que los nuevos puestos debían quedar contiguos a los que ya teníamos. Luego de luchas y mediaciones políticas, nos dijeron: «Vamos a estudiar la posibilidad del patio que era de tránsito [...]», que es donde estamos ahora los ropavejeros. Empezaron la gestión para que ese lote se le entregara a la comunidad y para que los ropavejeros pasaran del parque de enfrente, a donde estamos hoy en día.

Ahí inicié mi trabajo con los ropavejeros. En ese momento yo hacía parte de los vendedores informales, que eran gente de aquí, del entorno: vendedores de carreta

de mango, de guayaba, de aguacate; más el que vende medias, el que tiene la tablita de los cordones, el que vende gafas. Nos asociamos en la cooperativa porque existía la necesidad de agremiarse, de organizarnos para la reubicación. Para ese momento, los ropavejeros ya estaban organizados y el Estado les dijo: «Tienen que estar agremiados con otro colectivo más, con otra organización más, porque el terreno es muy grande». En ese momento, las proyecciones eran de 424 locales, pero cuando finalmente los reubicaron, eran 436: 239 que eran ropavejeros, y el excedente éramos nosotros.

Por un tiempo hice parte de la cooperativa siendo vendedor informal, y nos volvimos líderes junto a Jaime, quien era líder de los ropavejeros. Desde las dos organizaciones, recuerdo que hicimos un acuerdo de 60 cuotas que iban desde los 60.000 hasta los 200.000 pesos, más o menos, para sacar nuestro centro comercial adelante: lo que hoy se conoce como el Centro Comercial España Plaza, justo al lado de Plaza España donde estaban originalmente los ropavejeros.

Sin embargo, con el tiempo fueron cambiando las cosas, por las mismas transformaciones de la ciudad y el cambio de propietarios. Pero, si el segundo piso de España plaza hoy fuera de ropavejeros, sería el centro comercial más grande de ropa de segunda, que mantendría todo un ejercicio patrimonial de la economía circular.

*Puesto Centro comercial España Plaza - 2012
John Bernal*





OFICIOS DEL REBUSQUE

Vanessa Vellojín González

«Además hoy, agregan varios comerciantes, "es menos rentable que nunca ser empleado". Incluso los que tienen un empleo formal deben completar con "rebusque" para mejorar un poco la calidad de vida.»

Gago, V. Pesca, E. Giraldo, C. (2017)

«En el ámbito de los estudios económicos, Herrera et al. (2004) definen como economía informal al conjunto de actividades realizadas por individuos cuyo objetivo es asegurar la supervivencia del grupo (familiar en la mayoría de los casos). Según el estudio de estos autores, esta economía se desarrolla fuera de la mentalidad acumuladora que caracteriza al capitalismo.»

Cisneros, M. Muñoz, C. Asqueta, María. (2022)

Por más de cuarenta años mi mamá trabajó en la misma oficina, con una rutina absorbente en la que cada día torres de documentos aparecían en su escritorio, siempre llenos de disputas sobre los territorios de otros fulanos. Mientras tanto, en el cajón junto a ella, tomaban fuerza los negocios más dispares que, por años, alimentaron y emperifollaron a todo el personal de la oficina y sus familias. Ella era una rebuscadora con un trabajo a término indefinido, como indefinida es la incesante labor de ganarse la vida para quienes pertenecemos a la clase trabajadora.

¿Está el rebusque en nuestro ADN cultural? Sí por rebusque entendemos *no dejarse morir de hambre* o como lo nombran por estos días los conocedores en finanzas personales, diversificar las fuentes de ingresos, sí, es inherente a nuestro instinto de supervivencia como seres vivos adaptarnos y optar, como en el caso de mi mamá, por comerciar en paralelo al trabajo formal cosas tan diversas como arepas rellenas, joyas en tendencia o mercato en una chaza adaptada en el cajón del escritorio. Todo en pro de cubrir los gastos que no alcanzaban con el sueldo fijo de un trabajo estable pero precario.

Según la ley colombiana, mi mamá y su rebusque complementario podrían clasificarse como parte de lo que clasifican como vendedores informales periódicos, es decir que trabajan en días específicos o por ciertas horas (Franco, 2017). Quizá también entraría, un poco, en el grupo que llaman estacionarios, pues aunque tenía un lugar permanente —la oficina y su cajón—, no era una práctica muy *legal* en su entorno laboral. Como tampoco lo son del todo las prácticas comerciales informales ante los ojos del Estado, que, al igual que los *doctores* en la oficina de mi mamá, han aceptado por años, tácitamente y con resignación, los oficios del rebusque como parte inherente de nuestra realidad social y económica.

El rebusque, como el de mi mamá, no es una excepción: es una forma de vida que se extiende desde los escritorios hasta las calles. Cada quien encuentra su esquina, su modo de sobrevivir, su propio invento para resistir la escasez y la inestabilidad. Así, lo que a veces se ve como desorden o informalidad, en realidad es una red de ingenio, reciprocidad y trabajo duro que sostiene buena parte de esta ciudad.

** Este texto fue adaptado a partir de las entrevistas realizadas durante el desarrollo de esta investigación, a Jhon Bernal y Siervo Florian, personajes relevantes del territorio. El proceso de adaptación fue realizado por Sara Lucía Gómez Machado.*

En La Pepita, el rebusque tiene nombre, rostro y oficio. Allí, entre calles estrechas, talleres, bodegas y locales, se concentra una de las expresiones más claras de esa economía popular que se hereda, se adapta y se enseña. Escuchar a sus habitantes es entender que el rebusque no es solo una estrategia, sino una identidad compartida.

Por eso, lo que viene a continuación no son simples testimonios: son fragmentos de vida, relatos que nos permiten reconocer las múltiples formas del trabajo en La Pepita. Voces que hablan con humor, con dignidad y con memoria. Aquí, el rebusque se narra a sí mismo.

Entre telas, gabanes, zapatos y disfraces reinventados, se tejen historias donde la moda no obedece a las pasarelas sino a la necesidad. Aquí, cada prenda tiene una segunda vida, cada zapato un nuevo paso, y cada comerciante convierte la escasez en ingenio. Estos oficios —el del ropavejero, el diseñador improvisado y el zapatero artesanal— muestran cómo la creatividad popular transforma lo usado en posibilidad y la carencia en estilo propio.

VOCES DEL REBUSQUE

Sara Lucía Gómez Machado

LOS DE LAS TELAS Y LAS SUELAS



El diseñador de vestuario

Entre telas viejas y prendas olvidadas, Jhon Bernal encontró el oficio de diseñador de vestuario, uno muy particular. «Hablé con teatros y casas culturales, y pronto me pedían: "Jhon, necesito esto para tal obra, algo de tal época"». Cuenta que así nació su taller, en un local que le fue asignado en el centro comercial España Plaza tras la reubicación de los ropavejeros, en el año 2000, «Recuerdo que estaba hecho en madera, con una escalera al fondo; tumbé una pared de ladrillo y colgué telas: un verdadero laboratorio de locuras [...] venía mucha gente a comprar, a encargarme cosas, incluso zapatos y rarezas. Fabricaba piezas, adaptaba telas y me volví importante.»

Lo que para muchos eran disfraces, para él eran prendas únicas. «Me pedían disfraces y yo respondía: "No vendo disfraces, vendo vestuario"». A su puerta llegaban *salderos* con prendas feas, raras y desechadas, «Jhon Bernacho, papito, le tengo esto», le decían. Cuenta que la gente llegaba con armarios llenos de vestidos de abuela que nadie quería. «Una vez acumulé tantos vestidos que terminé cortándolos porque no se vendían. Pensé que lo estrambótico se vendería, pero no fue así. Igual, ya me buscaban, y ahí fue cuando realmente me volví ropavejero».

Jhon no estudió diseño, pero lo inventó con sus propias manos. «Con el tiempo aprendí a diseñar [...] Descubrí el paño inglés, el terciopelo Tres Coronas brillante. Desbarataba vestidos viejos y los convertía en faldas y chalecos». En su taller mezclaba telas, estilos y épocas, y de ese caos nació una estética propia que pronto atrajo a artistas, estudiantes y teatreros que no querían vestir lo tradicional.

El ropavejero

Cuando lo reubicaron, Jhon decidió dárselas de ropavejero. Intentó vender jeans, pero no tenía ni idea de cómo funcionaba ese negocio: «Ellos vendían montones, cien, doscientos... y paila. Yo no sabía ni a quién comprarlos ni cómo». Fue entonces cuando apareció doña Nelly Ballén —ya fallecida—, quien le enseñó las primeras mañas del oficio. Poco después, gracias a la invitación de Magnolia y Orlando Ramírez, ingresó a la asociación de comerciantes. «Ahí me volví líder. Fue en ese momento cuando realmente nací como ropavejero».

Uno de los recuerdos que más atesora ocurrió cuando la presentadora Margarita Ortega visitó España Plaza para grabar un programa. «Ella dijo: "Voy a ir a su local", y yo con apenas tres jeans y tres cosas, porque no sabía qué vender». Sin perder tiempo, Jhon recorrió los pasillos, pidió prestados varios gabanes y los colgó en un palo de escoba que convirtió en exhibidor improvisado. «Los locales eran de $1,50 \times 1,50$, no como los espacios que tenían los verdaderos ropavejeros de afuera; si no, no hubiéramos cabido».

El truco funcionó: su puesto se veía lleno y atractivo cuando llegó la periodista. Todo lo que mostraba era prestado, y los gabanes ya ni siquiera estaban de moda, pero el gesto tuvo un efecto inesperado. «Al verlos ahí, otra vez la gente volvió a sacar sus gabanes y retomaron sus precios».

Durante un tiempo, los viejos ropavejeros lo miraban con desconfianza. «Decían: "Ese indio no es ropavejero"». Y tenían razón: era un intruso. Pero con los años encontró su lugar —y sobre todo— les dio un lugar a ellos.



Los Zapateros

En el centro comercial España Plaza, todavía quedan algunos zapateros que mantienen vivo el oficio original. Entre ellos, los Anacona, quienes se han ganado el respeto de todos. «Es muy chévere e interesante el local de los Anaconas. Traes el calzado de marca, así, última generación, y vienes y ellos te hacen la pieza exacta, igual. Lo único que compran son las suelas, porque no las pueden fabricar, pero las consiguen y las instalan. Son artesanos del calzado: no tienen maquinaria, pero replican lo que sea».

En esos pequeños locales, el rebusque se combina con una habilidad que roza la perfección. Allí, lo que para otros es un zapato viejo o dañado, se convierte en una nueva oportunidad. También está el negocio de las curvas: cajas de zapatos importados con todas las tallas. «Muchas veces llegan mal pegados, de remate o mal cocidos, y también aquí se arreglan. Son nuevos, pero pasan por las manos de los zapateros de la Plaza España, de los pocos que se mantienen en su oficio original».



CENTRO COMERCIAL
LA 9
CENTRO COMERCIAL LA NOVENA

CA



LOS DE LAS FRAGANCIA Y LOS SABORES

El vendedor de temporada

Entre el aroma del café recién colado, el aceite de las frituras y las notas dulzonas del Pachuli, se despliega otro rostro del rebusque en La Pepita. Aquí, el olfato y el gusto guían la economía: vendedores de temporada, ambulantes y cafeteros reinventan cada día la manera de ganarse la vida, mientras los perfumeros mantienen viva una memoria de aromas que viajaron desde San Andrés y el Caribe. En sus manos, los sentidos también son oficio: se mezclan, se combinan y se venden al paso. Esta es la zona donde el rebusque huele, sabe y se siente.

En La Pepita, el comercio se mueve al ritmo de las temporadas. Hay quienes están todo el año, los que madrugarán siempre y ya tienen su punto ganado. Y están los que llegan solo por un tiempo, atraídos por el movimiento de fin de año.

«El comercio en La Pepita se vive en dos momentos. Están los vendedores formales por tradición: estacionarios, que llegan todos los días, se ubican en su punto, venden tinto y la gente ya los reconoce. Y está el comercio de temporada, cuando llegan personas de distintas partes del país en diciembre a parcharse. Así conviven el que siempre ha estado y el que aparece para ganarse su Navidad, vendiendo lo que esté de moda, lo que se le dé».

Esa convivencia no siempre es tranquila. El espacio se disputa con cada jornada, y conservar un sitio de venta se vuelve un acto de resistencia. «Si uno no cuida su local, o no deja a alguien vigilando ese espacio, corre el riesgo de perderlo. Si en la noche el sitio queda vacío, al otro día alguien más puede quitar las estibas y ocupar el lugar. Así se da la competencia cotidiana por el espacio: un rebusque que no se detiene».



El vendedor ambulante

En cada esquina de La Pepita hay alguien que se inventa el día sobre ruedas. Los carros, zorras y carretas se convierten en puestos de trabajo que se arman y desarmán con el sol. En una de esas esquinas está el negocio de *los Paisas*, como les dicen en el barrio: una familia que heredó el oficio y lo adaptó a su manera.

«En la esquina está otro de los negocios de los paisas. Es herencia de su madre, que empezó en carreta; hoy tienen carro, tienen una zorra y un sistema familiar que siempre ha estado presente. Han transformado el oficio y siguen siendo un referente».

La carreta se volvió carro, y el carro se volvió empresa familiar. Cambian las herramientas, pero no la lógica del rebusque: trabajar juntos, moverse juntos, sostenerse en movimiento.



San Andresito San José años 2000
Archivo ACCOSAN

El del café

En los últimos años, el aroma del café cambió en las calles de La Pepita. Con la llegada de los migrantes venezolanos, el oficio se transformó: ya no es solo el cafetero tradicional el que madruga a preparar su bebida, sino un nuevo sistema que reparte termos llenos de rebusque.

«Montaron puestos móviles: venden carritos de café al por mayor; la gente viene, compra el termo y sale a vender. Antes era el cafetero tradicional quien preparaba y salía con su propia bebida; ahora se compra en el carro, le tanquean los termos y listo».

Así se reinventó el mercado del café: un negocio que se expande sobre ruedas, movido por la necesidad y la creatividad de quienes buscan una oportunidad en cada esquina.

El de los perfumes

Cuenta don Siervo Florian que en los años de mayor movimiento, las calles de La Pepita también olían a negocio. Entre cajas y vitrinas improvisadas se amontonaban los frascos de colonia traídos desde San Andrés: aromas intensos, persistentes, que se mezclaban con el ruido del comercio.

«Otros comerciantes vendían perfumes, muchísimos perfumes, porque eso venía de San Andrés y muchos traían aquí. Hay muchos paisas que comenzaron a vender eso; eso que llamaban en una época *Pino Silvestre* era para hombre y otro, *Pachuli*, que era para mujer».

Aquellos perfumes marcaron una época: la del lujo posible, el olor a prosperidad que muchos llevaban en el bolsillo o en la memoria.

En La Pepita, la vida se sostiene en la cotidianidad de los oficios que no siempre aparecen en los registros. Están los cuidadores de carros, las bodegas de reciclaje y reúso, y también los espacios que alguna vez albergaron casas de citas, donde muchas mujeres trabajaron en condiciones desiguales. En cada caso, la cuadra y la esquina fueron escenario de supervivencias y resistencias, de economías informales que definieron la identidad del barrio más allá del comercio formal. Aquí, todo oficio deja huella, y cada rincón guarda su historia.

Cuenta Jhon que «aquí también existieron residencias. Había muchísimas porque eso hace parte de la cultura de la época. Acá había señoritas que tenían sus chicas, y la gente se desaparecía un ratico del puesto a buscarlas. Por ejemplo, acá en el segundo piso, doña Patricia era la que las traía. Allá en la casa rosada había otro de esos lugares de casas de citas, pero ya no es rosa y esa casa es tradicional, es divina.»

Este testimonio registra una práctica real y compleja: esos espacios convivieron con el comercio diurno, pero no hay que romantizarlos. Muchas mujeres trabajaron allí en condiciones de desigualdad y vulnerabilidad; fueron también lugares donde se cruzaron necesidad, control y discreción. Dejamos la cita hablar, y con ella queda la obligación de mirar también las tensiones de género y poder que atravesaron esa parte de la vida del barrio.

«También está el que cuida los carros, que eso sí ha sido eterno y en este sector, para estas épocas no es tanto, pero, por ejemplo, en diciembre hay muchísimos. Sobre todo el bacán que siempre está ahí, sobre la calle once; ese siempre ha estado.»

El oficio del cuidador es parte inseparable del paisaje urbano: una figura que todos reconocen, que conoce a los dueños, los horarios, los movimientos del barrio. Su presencia garantiza cierto orden en medio del caos y, al mismo tiempo, revela las formas en que el rebusque se ha tejido en la vida cotidiana. Como el *bacán de la once*, siempre están —con el silbato, la seña o la charla de esquina— cuidando lo ajeno como propio.

LOS DE LA CUADRA Y LA ESQUINA

Las de la casa de citas

Los que cuidan los carros

Los de las bodegas de reciclaje y reúso

«Tenemos otro tipo de mercados en el lugar, las cajas de cartón y ahora el negocio de las estibas, todo en el reuso, en los alrededores de la estación de bomberos.»

Entre cartones, plásticos y estibas se levanta otro tipo de economía: la del aprovechamiento y la transformación. Las bodegas de reciclaje y reúso dan nueva vida a lo que otros desechan y sostienen una cadena silenciosa de trabajo que mantiene en movimiento al barrio. Allí se aprende a mirar el valor en lo que parece inútil, y a reconocer que, en La Pepita, casi nada se pierde: todo encuentra otro uso, otra historia, otro ciclo.

En La Pepita, el rebusque no solo se mide en ventas o ganancias, sino en la capacidad de sostener la vida en medio de la incertidumbre. Cada historia —la del zapatero, el perfumero, la vendedora de temporada o el cuidador de carros— muestra que detrás de cada oficio hay una forma de resistir, de hacer comunidad y de mantener viva una economía que no aparece en los balances, pero que sostiene a la ciudad. En esas cuadras, entre la esquina, la carreta y el taller, se revela una ética del trabajo que nace del ingenio, la necesidad y la solidaridad: una lección de dignidad que todavía perfuma, suena y palpita en el corazón popular de Bogotá.



Diccionario del rebusque

Para cerrar este capítulo, decidimos organizar un diccionario del rebusque —que aún se encuentra en construcción—, y que consideramos clave para salvaguardar las formas tradicionales del comercio capitalino. Su valor radica en que son las palabras, los discursos y las expresiones orales las que transmiten y sostienen estas prácticas, por lo que plasmarlas en espacios editoriales como este permite sistematizarlas, protegerlas, revitalizarlas y difundirlas para las próximas generaciones.

Tal como señalan Cisneros y Asqueta (2022), los recursos discursivos y rituales de los vendedores informales, transmitidos oralmente, constituyen parte del patrimonio cultural inmaterial, pues son ellos los que permiten perpetuar modos de intercambio y negociación que forman parte del paisaje social de la ciudad.

AGÁCHESE

Espacio de venta ambulante que usualmente se encuentra a nivel del piso o en mesas bajas, de fácil tránsito en caso de ser necesario.

BANANEAR

En el contexto del comercio informal, significa «dar vueltas sin rumbo fijo», recorrer el espacio público sin una compra o venta clara. También se usa para describir a quienes se pasean mirando mercancía sin intención de comprar. Ejemplo: «Ese cliente está bananeando».

BUENO, BONITO Y BARATO

Voceo célebre de las ventas colombianas, que recalca las tres cualidades que busca todo comprador.

C

CACHIVACHE

Término despectivo para referirse a los objetos considerados de poco valor o de baja calidad. En el rebusque alude a mercancías variadas y económicas que siempre encuentran comprador.

CAMELLO

Hace alusión al trabajo: se puede conjugar como verbo *camellar* o como adjetivo ¡Que camello! Se refiere tanto a la dureza del oficio como al ingenio para sostenerlo.

CANCELAR

Colombianismo para referirse a pagar. Ejemplo: «¿Dónde cancelo la cuenta?».

CHAZA

Puesto ambulante de ventas, generalmente de alimentos empacados o mercancías menudas. Suele estar en andenes o esquinas transitadas.



CLIENTELA

Conjunto de compradores habituales que se convierten en la base de sostenibilidad del vendedor. Mantener clientela implica relaciones de confianza y reciprocidad.

CONTRABANDO TÉCNICO

Hace referencia a mercancía de marca que se trae al país desarmada y que llegado a destino se vuelve a construir. Juega con la dualidad de que sea de marca pero no, haciéndola más económica.

CURVA

Se dice de las cajas de zapatos con todas las tallas que pueden tener imperfectos. Los comerciantes arreglan esto y queda como de

D

DAR LA PALABRA

Promesas verbales entre dos o más personas, equivalentes a contratos. Requiere confianza entre las partes.

E

DEAMBULAR

Recurso de los vendedores informales para poder ofrecer y vender sus productos en diversas locaciones, para obtener mejores ganancias. Implica ingenio para transportar y montar ventas móviles.

ENGÜESE O ENGÜESADO

Mercancía que no se vendió y quedó guardada. Puede convertirse en pérdida o esperar otra oportunidad de venta.

ESPACIO PÚBLICO

Es un lugar para uso y gozo ciudadano, de acceso libre y sin restricciones, para actividades de ocio y recreación, trabajo, manifestación, encuentros sociales, entre otros. Para el rebusque es escenario vital y, a la vez, campo de disputa con las autoridades y, en ocasiones, con otros comerciantes.



F

FIADO

Venta de productos a crédito, con pago diferido, generalmente informal y basado en la confianza.

FLECHA

Persona o lugar clave para conseguir un producto difícil. También designa al que sabe dónde encontrar lo que se busca.

G

GANARSE LA VIDA

Expresión que condensa la filosofía del rebusque, el oficio no siempre es por vocación, sino por la urgencia de sostener a la familia y llevar lo del diario.

G L

LEVANTE

En el rebusque, hace alusión a conseguir en un día lo suficiente para subsistir, alcanzar el levante. No confundir con conquistar a alguien.

M

MACHETE

Hace referencia a la mercancía que más sale, lo que más se vende.

MANEJAR

Expresión usada por los comerciantes para indicar que disponen de cierto producto o que tienen facilidad de acceso a él. No solo significa tener en inventario, también puede implicar conocimiento del mercado o control sobre un tipo de mercancía.

MERCANCÍA CHIVIADA

Mercancía que se vende como si fuera de marca, pero que realmente no lo es.

N

NO DEJAN TRABAJAR

Frase emblemática que expresa la tensión entre comerciantes informales y autoridades. Resume la lucha por el derecho al sustento frente a los controles estatales.



ÑAPA

Palabra de origen quechua (*yapa*: añadidura), que se usa en el comercio popular para referirse a un pequeño obsequio o extra que el vendedor entrega al comprador, como gesto de generosidad o para fidelizarlo. Ejemplo: «Llévese la docena y le doy la ñapa».

Ñ

PERIFONEO

Uso de altavoces en vehículos o bicicletas para anunciar productos, promociones o convocatorias comunitarias por las calles de la ciudad.

P

PIÑATA

Lote de mercancía variada y barata sobre el cual los comerciantes se abalanzan para escoger. Simboliza el azar y la rapidez en el negocio.

PREGÓN

Frase corta y creativa para atraer compradores. Ejemplo: «*Pregunte por lo que no vea, pruébelo sin compromiso.*»

* Ver *SE LE TIENE*

R

REFACCIONAR

Reparar o arreglar objetos para revenderlos. Término muy utilizado en el gremio de los ropavejeros.

REGATEO

Práctica esencial del comercio popular. El cliente busca bajar el precio y el vendedor resiste para no perder su ganancia.

RÉPLICAS (A, AA, AAA)

Clasificación que se usa para referirse a la calidad de las imitaciones de productos de marca: AAA alude a las más logradas y casi idénticas al original; A y AA se ubican en escalas inferiores, con variaciones en acabados o materiales.

REVENDER

Comprar productos para revenderlos con margen de ganancia. Base de muchas economías de rebusque.

ROPA DE SEGUNDA

Prenda usada que circula en categorías como:

- **Súper:** casi nueva.
- **Ligera:** usada en buen estado.
- **De mecánico:** prendas útiles para el trabajo, como overoles, camisas y pantalones.
- **De desbarate:** ropa dañada de la cual se pueden extraer piezas o retazos para otras

ROPAVEJERO

Comerciante dedicado a la compra, venta o trueque de ropa usada y otras prendas de segunda mano.

S

SALDEROS

Personas que recorren casas pidiendo ropa usada para luego venderla a los ropavejeros.

SE LE TIENE

Frase típica de los vendedores que equivale a «sí hay» o «sí se consigue». Es un recurso de pregón y atención inmediata al cliente, proyectando disponibilidad incluso si en el momento no se cuenta con el producto.

SENCILLO / MENUDO

Dinero exacto que se entrega para no generar cambio. También se usa para designar monedas o billetes de baja denominación. «No tengo sencillo, ¿tiene vueltas de este billete?».

SURTIR

Acción de llenar el puesto o local con mercancía nueva, mantener el inventario al día.



V

VITRINEAR

Acción de mirar mercancía en vitrinas o puestos de venta sin necesariamente comprar. Es una práctica extendida en los *San Andresitos* y centros comerciales populares, donde vitrinear es también un acto social y de reconocimiento de modas o precios. Ejemplo: «Vamos a vitrinear a San Andresito».

VOCEAR

Acción de anunciar con la voz la mercancía, repitiendo eslóganes, rimas o frases pegajosas que se convierten en música de calle.

* Ver: *BUENO, BONITO Y BARATO*

VUELTAS

Dinero que el vendedor devuelve al cliente después de una compra. La frase «no tengo vueltas» es casi patrimonio oral del comercio en la calle. * Ver: *SENCILLO/MENUDO*



BODEGAS AZULES

SAN ANDRESITO SAN JOSE
BODEGAS FUNDADORES

ANDINA
DONDE JAIR

14
ENTRADA



- Agualimpia Rojas, J. D., & Molano Cruz, D. F. (2014). Las redes del comercio informal: El caso de los san andresitos (Trabajo de grado, Universidad de los Andes). Repositorio Institucional Universidad de los Andes.
- Aragón, L. E. (2025). El rebusque en el Caribe colombiano. Revista El Estornudo. <https://revistaelestornudo.com/el-rebusque-en-el-caribe-colombiano/>
- Calvino, I. (1994). Las Ciudades Invisibles (3a ed.). Madrid: Siruela.
- Cardeño, F. (2007). Historia del desarrollo urbano del centro de Bogotá. (Localidad de los Mártires). SCRD
- Cisneros, M. Muñoz, C. Asqueta, Maria. (2022). El comercio informal callejero desde una perspectiva semiótico discursiva. Universidad Tecnológica de Pereira.
- Delgado Ruiz, M. (1999). Ciudad líquida, ciudad interrumpida. (pp. 62-77). Medellín: Universidad de Antioquia.
- Gago, V. Pesca, E. Giraldo, C.(2017). Visita a San Andresito en Bogotá. En: Giraldo, C.(Coord.) Economía popular desde abajo. Biblioteca Vértices Colombianos. Universidad Nacional de Colombia. Ediciones desde abajo.
- Gómez Vélez, P. A. (2022). Vendedores ambulantes y administraciones de Bogotá: aproximación al cambio institucional (Tesis de maestría, Universidad de los Andes). Universidad de los Andes, Maestría en Estudios Interdisciplinarios sobre Desarrollo.



«La ciudad como arte
de la memoria.»
De Santa Ana, 2012

Identidades móviles

Perspectivas comunitarias desde La Pepita

Vanessa Vellojín González

«es el vivo reflejo de
que es de todos y de nadie»
Juan Camilo Laverde

«en un 70%, pues es población flotante y
hay una desvinculación entre el comercio
y el territorio. Sí, como en ese sentido
de pertenencia de habitar un lugar.»
Juan Camilo Laverde

Las cartas que dejamos en sus buzones nunca tuvieron respuesta...

Antes de encontrar a sus protagonistas, construimos una primera Pepita hecha de letras, archivos y planos. Fue así como un territorio paralelo se comenzó a dibujar, y el barrio lleno de comercios y personas se fue quedando en silencio, como sucede cada día luego de terminada la jornada laboral, cuando todos los comerciantes y compradores vuelven a sus viviendas, y las calles de La Pepita recuerdan, nostálgicas, los tiempos en los que también fueron llamadas hogar.

Temíamos entonces que el eterno migrar del Centro se hubiera llevado también a los dueños de las memorias del barrio. Sin embargo, con una fe renovada, decidimos dejar cartas de invitación en las pocas casas que aún mostraban señales de vida hogareña. En ese momento pensamos que la frase final del comunicado, quizá resonarían en algún superviviente del barrio:

*«Muchas gracias por abrirnos la puerta.
Este barrio también se cuenta desde adentro.»*

En ese momento no lo sabíamos, pero un buzón había estado listo para decírnos que sí: el de la casa naranja de la carrera 23A, justo en los límites de La Pepita. Allí, la familia Romero Sanchez lleva tres generaciones siendo la resistencia dentro del par de cuadras vecinas a la calle sexta que todavía recuerdan a un barrio tradicional. Son los últimos habitantes de aquella época en la que sus abuelos se asentaron y la cuadra comenzó a llenarse de familias extensas. Desde entonces, el paisaje ha cambiado bastante, y la fachada de su casa parece gritar un claro: «Aún estamos aquí».

Entrar en este hogar fue como retornar en el tiempo: pisos en granito, ornamentaciones en las rejas y torres de álbumes familiares sobre el comedor fueron un vistazo al barrio que había llegado a ser, con casas amplias, patios para el lavadero y los animales traídos del campo, cocinas con estufas de leña, salas del tamaño de apartamentos contemporáneos y familias numerosas que fueron el germen de la capital expandida, donde el límite entre lo público y lo privado era más difuso, y las cuadras eran la extensión natural de la vida del hogar.

De eso queda muy poco, y esa vida barrial que ebullía antes del cambio de milenio se fue evaporando con cada vecino que decidió partir en búsqueda de otras oportunidades, cumpliendo los sueños de las nuevas generaciones y dejando atrás casas gigantes, que se convirtieron en una bodega más del sector.

Pese a esto, la memoria no se ha marchitado y la identidad que construyeron los migrantes de esas épocas aún perdura, moldeando una cultura de la diversidad que es un rasgo principal en este territorio, que continúa siendo sede de asentamientos migrantes, convocando incluso a personas de países como Ecuador o Venezuela, quienes han sido acogidos por estas dinámicas tan heterogéneas. Es una diversidad que no solo se labra desde el lugar de origen sino también desde la autodeterminación étnica, sexual y cultural que muta con cada nuevo encuentro.

IDENTIDAD BARRIAL, MIGRACIÓN Y DIVERSIDAD

«Finalmente si es un barrio tradicional, entonces los que todavía habitan en el barrio, pues son familias también muy tradicionales, que llevan toda la vida aquí y les gusta.»

Ivonne Toledo

«El desarraigo en estos barrios se produjo por la migración de los grupos de mayores ingresos hacia otras áreas. Por otra parte, el insuficiente mantenimiento que genera la pérdida de valor de la edificación y el mayor hacinamiento, que en algunos casos llega hasta el subarrendamiento, acrecienta la falta de sentido de pertenencia en estos barrios»

Cardenzo, F. (2007) p.90

«Aquí se ha ido transformando mucho, ya casi tú no ves casas de esas, muchas de ellas ya se han ido vendiendo, ya han ido saliendo en el cambio generacional. Obviamente también genera eso porque una cosa era el abuelo antiguo que tenía su casa grandota que le gustaban grandes espacios, ya los hijos se van yendo.»

Martha Pedraza

«Es una localidad que permite esa diversidad, permite ser.»

Laura Pérez

Fotografía del Álbum de la Familia Romero Sánchez
Casa familiar en La Pepita

«La casa, la cuadra y el barrio fueron
las células que estructuraron la sociedad
bogotana»

Pérgolis, Valenzuela, & Moreno. (2013)



Nuestras experiencias en el territorio, aunque felizmente diverso, réplica en sus calles formas heredadas de habitar los espacios, perpetuando roles binarios desde lo *masculino*, relacionado con lo público y el trabajo; en contraposición a lo enmarcado como *femenino*, vinculado a lo privado y el cuidado. Un hallazgo que estaba frente a nosotras y que los protagonistas del territorio subrayaron desde la ausencia de las voces de mujeres, principalmente en lo comercial.

Estas formas de relacionarse y habitar el espacio público, en zonas como los talleres de autopartes, se perciben como un factor de riesgo para las mujeres que transitan parques y calles siendo el objetivo del acoso callejero, un fenómeno que, desde la ciudadanía y las instituciones, ha sido una prioridad. Debido a esto, estrategias como Entornos Escolares Inspiradores de la Secretaría de Educación de Bogotá, con gestores territoriales como Laura Pérez y Juan Laverde, han comenzado a transformar por medio del arte, el deporte y la participación comunitaria, espacios clave como el Parque La Pepita, impulsando cambios desde la apropiación del territorio como un acto reivindicativo, convirtiendo poco a poco estos espacios en lugares seguros y protectores.

Acciones, como las mencionadas anteriormente, en su mayoría encabezadas por mujeres, apalancándose en procesos anteriores de lideresas como Teresa Castellanos quien fue presidenta de la Junta de Acción Comunal del barrio La Pepita durante casi quince años, quien impulsó con su equipo de mujeres, mejoras en la infraestructura y acceso a servicios en La Pepita.

También destaca Doris Vigoya, lideresa de los ropavejeros, quien ha inspirado la investigación doctoral de su hija acompañando la labor de los vendedores ambulantes del metro en México, llevando a otros territorios los liderazgos nacidos del rebusque.

Esta lista continúa, porque mientras más mujeres siguen apropiándose de los espacios en lo público, en proyectos como este de *Barrio Bodega* las vamos a seguir nombrando y dando visibilidad a sus procesos que movilizan territorios como La Pepita en el anonimato.

Género y reivindicación territorial

«Pienso que esto tiene que ver más bien con ese contexto sociohistórico del patriarcado y de cómo los hombres les pertenece el territorio o cómo se apropien del territorio; ahora, claramente dentro de lo que tú acabas de mencionar, efectivamente, el comercio o el tipo de comercio que se encuentra alrededor, pues está más asociado a la presencia masculina.»

Laura Pérez

«Los partidos femeninos es cómo las mujeres desde el fútbol, efectivamente se están apropiando de la cancha, de ese parque; entonces, creo que es una apuesta que tuvo la iniciativa y el plan de acción y creo que le hemos apuntado eso, pero se debe a esos factores sociohistóricos frente a la apropiación masculina del territorio.»

Laura Pérez

«40 años de vida artística en el comercio.»

Doris Vigoya

PARTICIPACIÓN COMUNITARIA Y ARTICULACION INSTITUCIONAL

«Yo ya llevo como 15, 20 años en esto. Hoy en día se ha perdido un poco como la colaboración y el apoyo hacia los comunales. Yo por lo menos hago una asamblea acá y no vienen 20 personas. Porque la mayoría ya no vive acá.»

Jaime Garzón

«Ya ha habido una, como un tejido que antes no había y digamos que el trabajo intersectorial, hay que decirlo, es muy ordenado, muy coordinado, muy colaborativo ya sea por lo pequeño o porque la localidad demanda que nos juntemos todos, que no estemos desarticulados entonces...»

Juan Camilo Laverde

«Los factores de riesgo y las estructuras de fondo son muy fuertes, pero podemos ir haciendo acciones que vayan generando esa exponencialidad y esa expansión un poco de lo que sí se quiere.»

Laura Pérez

Desde que planteamos Barrio Bodega, sabíamos que esta no sería una búsqueda tradicional, y que difícilmente nos encontraríamos con salones comunales concurridos, parques tranquilos con personas mayores tomando el sol o parroquias con feligreses de mediodía; esta investigación se parecería más a *¿Dónde está Wally?*, pero, así como en el juego, nosotras también teníamos algunas pistas para empezar a buscar.

Comenzamos en internet, pero ese lugar etéreo solo nos arrojó un PDF desactualizado de alcaldías anteriores con los datos de presidentes de las JAC de los Mártires. Sin sospecharlo, dos nombres en esa lista pronto tendrían voz en este proceso y serían la pista oculta para encontrar otros liderazgos que, por momentos, creímos extintos en el barrio.

Al primero que contactamos fue a Jaime Garzón, presidente de la Junta de Acción Comunal de La Pepita, quien nos develó la historia del revolucionario centro comercial España Plaza, creado por los ropavejeros. Él fue la leyenda que nos tejió el vínculo con el señor Siervo Florian, presidente de ACCOSAN y guardián de gran parte de las memorias del comercio, un hombre que ha transitado las fases del observatorio del rebusque y que, como otros líderes del sector, trabaja por el territorio aún cuando habita en otro diferente.

Así mismo, Ivonne Toledo, gestora del CREA La Pepita, nos desbloqueó el lado C del barrio y su creciente movida cultural. Así conocimos a Juan Laverde de Entornos Escolares Inspiradores, y tuvimos la oportunidad de participar en el evento que nos llevaría a expandir las fronteras del barrio, conectando con personas como Martha Pedraza y Germán Pineda, de la JAC del Ricaurte (nombres que ya habían aparecido en el listado de presidentes), custodios de gran parte de la memoria de este barrio vecino de La Pepita.

Estas personas que habitan el territorio de diversas maneras, comenzaron a mostrarnos las acciones de cuidado y cariño que devuelven a este sector, manteniendo un ligero equilibrio entre quienes usufructúan sus bondades y quienes procuran su sostenibilidad, convirtiendo el habitar en un acto simbólico y restaurativo pese a las problemáticas estructurales que este centro extenso contiene.



«Y bueno, ha habido como
esa iniciativa de recuperar,
pero es que tú quitas acá y
a las 3 horas otra vez ya está;
y así, es algo de nunca acabar.»

Juan Camilo Laverde

Seguridad, consumo y vida cotidiana

«como ustedes se dan cuenta aquí es el sitio más seguro de Bogotá»
Siervo Florian

Un territorio que sin duda resuena con todas las olas de migración interna que históricamente han movilizado el centro de la ciudad: reubicaciones de comerciantes, el desalojo del Cartucho (1998) y del Bronx (2016), y procesos de gentrificación en zonas cada vez más apetecidas por su ubicación estratégica. Cambios que se interpretan de manera diferente desde la orilla de cada actor, y que han beneficiado, perjudicado o sido indiferentes para sus organizaciones.

Percepciones que se construyen y se solapan desde la experiencia de cada persona que participa del territorio, y que se convierten en temas recurrentes como la inseguridad, el microtráfico o la habitabilidad en calle, los cuales han acarreado situaciones álgidas para la zona. Esto ha llevado a algunas organizaciones a tomar acciones privadas para salvaguardar sus intereses, ante la falta de una suficiente acción del Estado para mitigar este impacto, subrayando nuevamente la división entre los sectores del barrio.

Ambiente en pausa

«Es que con los talleres se deteriora el barrio, porque es que todo eso es un desorden, un caos terrible, terrible. Usted va pasando y eso las llantas, mejor dicho.»
Familia Romero

También resulta paradójico encontrar que los pocos espacios con árboles en La Pepita se ubican en sus fronteras, y a su vez, son los lugares predilectos para acumular basuras, escombros y residuos de la industria. Los centros de acopio de reciclaje y los puntos habitados por el microtráfico han colonizado estos espacios, favoreciendo dinámicas de habitabilidad en calle y consumo que agravan la problemática ambiental.

Sin embargo, este no es el único factor. Las zonas comerciales han afectado el entorno, principalmente en el sector de talleres y autopartes, cooptando el espacio público y creando una capa peligrosa de aceites y residuos sobre los andenes.

Encontrar información o acciones que trabajen sobre el medio ambiente en el barrio fue complejo. Pero, caminando fue evidente la situación, confirmada por las angustias que las personas del territorio expresan, emprendiendo iniciativas comunitarias e institucionales para la gestión de residuos y la recuperación de los espacios comunes, acciones que tristemente perduran poco.

El Parque La Pepita, que, aunque lleva su nombre, no hace parte del barrio que enmarca nuestra investigación es uno de los espacios verdes y recreativos que dan un respiro al monumento al cemento que es esta zona de Bogotá.

En este parque confluyen todas las cargas históricas y sociales del sector, imaginarios que la reciente juntanza de la **Mesa del Parque La Pepita** ha comenzado a debatir a través de acciones de embellecimiento, apuestas culturales y deportivas, así como la presencia institucional, con una oferta orientada a las poblaciones priorizadas del territorio, recordando así la historia futbolera del parque como eje de renovación.

Estas iniciativas han comenzado a relevar la voz a nuevos líderes que son representantes de sectores emergentes de la sociedad tales como la población venezolana, los colectivos ambientales, los estudiantes de los colegios públicos y los vecinos del barrio. Esto fue un hallazgo importante, porque dentro de los límites de La Pepita no existen colegios ni equipamientos comunitarios, ambientales o culturales, lo que hace al barrio depender de sus territorios vecinos para suplir estas necesidades.

Esta falta de oferta puede responder a las formas de habitar que tienen estas poblaciones flotantes y poco incidentes en el barrio, lo que hace muy difícil la convocatoria de comunidades a actividades diferentes del trabajo, siendo la mayoría participantes que acuden desde otros barrios o localidades.

Es así como, desde las periferias, se ha comenzado a reunir población —principalmente juvenil— que a través de los colegios vecinos, acude a las invitaciones a espacios donde son un público incidente, con un enfoque de presente y futuro optimista, pese a no sentir aún un arraigo fuerte por su territorio.

Parque La Pepita: *la isla en disputa*

«Lo que hizo esta mesa fue generar un poquito de ruido sobre la necesidad de meterse al parque, de empezar a interactuar en el parque.»

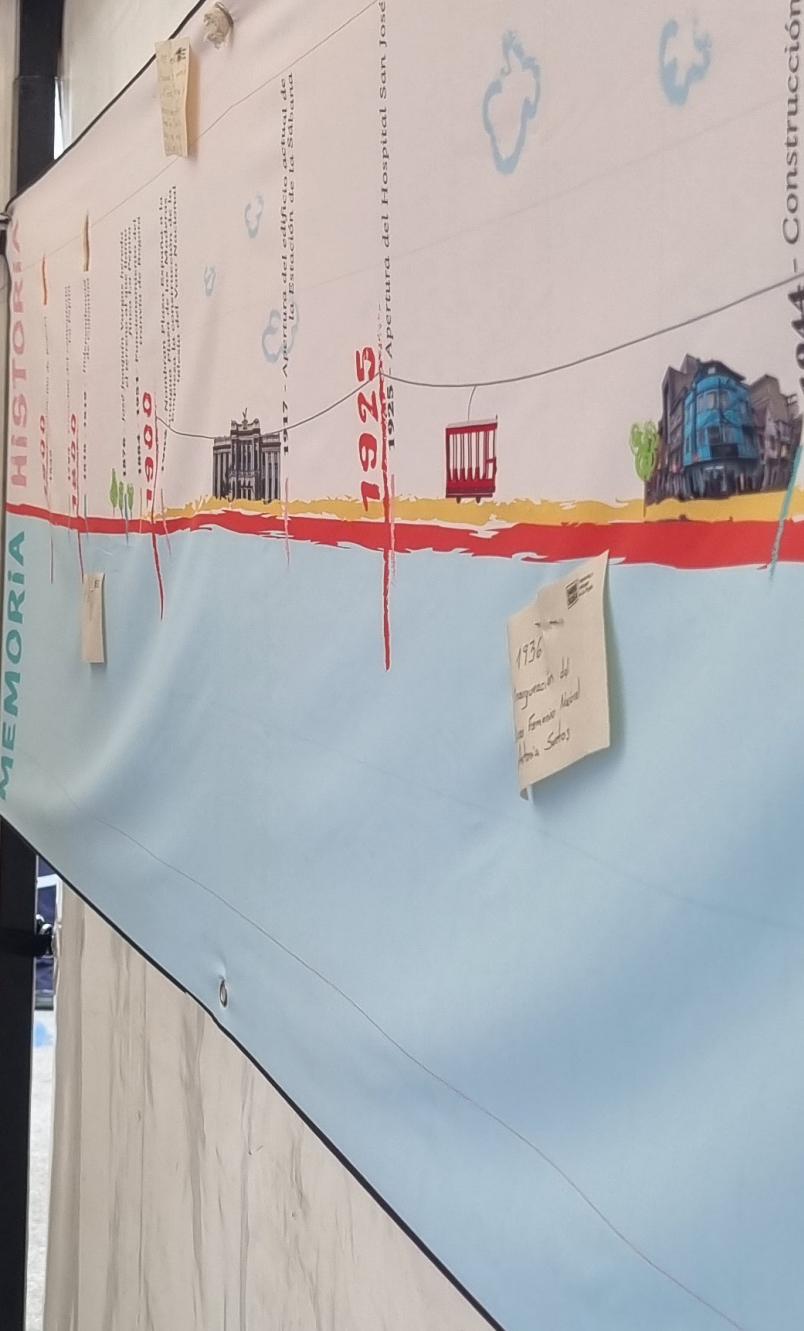
Juan Camilo Laverde

Diálogos intergeneracionales y nuevos liderazgos

«A nosotros nos ha tocado salir del sector para buscar alianzas, estas alianzas o llamar a la comunidad. Porque en lo que es este sector de la pepita es mucho comerciante que pues vienen es a trabajar, no tienen como el tiempo del ocio, de la recreación de venir a formarse o no les interesa, ¿sabes? Creo que las veces que hemos intentado acercarnos a los sectores comerciales y eso no, no les interesa como que no. Ni siquiera para sus propios hijos.»

Ivonne Toledo





Esta es una potencialidad que se ha comenzado a explorar en el sector, promoviendo agendas culturales más allá de la oferta comercial logrando transformar imaginarios y prejuicios sobre la zona.

Estos procesos nos dan un vistazo a lo que podría pasar si se extienden proyectos como el Bronx Distrito Creativo, creando corredores culturales que interpelen y articulen la vida comercial en crecimiento y que convoquen a los pocos habitantes que aún resisten allí. De esta forma, se daría la oportunidad a la cultura de resignificar espacios, promover nuevas formas de economía, fomentar el cuidado ambiental, aprovechar los espacios industriales para apuestas culturales y visibilizar los oficios y lugares patrimoniales que aún persisten. De la mano de la llegada de nuevos proyectos de vivienda que, con la renovación urbana del *Plan Centro*, suponen una apuesta positiva por revitalizar el centro ampliado desde la perspectiva de sus habitantes y comerciantes, potenciando el comercio paralelamente.

Estas perspectivas, que como mencionamos, inciden de diferentes maneras, son parte de las dinámicas permanentes de transformación del centro de Bogotá y del trabajo sostenido de las comunidades y las instituciones en pro de un territorio cambiante y resiliente como el barrio La Pepita y la localidad de Los Mártires.

HORIZONTES COMUNES: SOSTENIBILIDAD SOCIAL Y FUTUROS POSIBLES

«la ubicación es muy, muy buena. O sea, la gente puede llegar desde cualquier punto de la ciudad muy fácilmente.»

Ivonne Toledo

«Si yo quisiera hacer un llamado, en especial a muchas de las personas que pues trabajan acá no habitan el territorio, pero les falta algo de arraigo y siento que el arraigo es importantísimo para que lugares como este, el parque La Pepita realmente empiecen a resignificarse de una forma que genere un beneficio real para la comunidad.»

Martha Pedraza

«Los factores de riesgo y las estructuras de fondo son muy fuertes, pero podemos ir haciendo acciones que vayan generando esa exponencialidad y esa expansión un poco de lo que sí se quiere.»

Laura Pérez



referencias

- Calvino, I. (1994). *Las Ciudades Invisibles* (3a ed.). Madrid: Siruela.
- Cardeño, F. (2007). Historia del desarrollo urbano del centro de Bogotá. (Localidad de los Mártires). SCRD
- De Santa Ana, M. (2012). El turista y su sombra. *Revista de Occidente*, (369), 78-90.
- Pergolís, J.C., Valenzuela, J.A. y Moreno, D. (2013). *Visiones de Bogotá*. Bogotá: IM Cámara de Comercio de Bogotá.

◀ Taller «Once para la memoria». CREA La Pepita.
Foto DeambulAB. septiembre 2025

conclusión

SAN ANDRESITO SAN JOSE BODEGAS FUNDADORES

2

ENTRADA

MÓDULO AMARILLO

COMERCIAL SAN ANDRESITO
SAN JOSE RECICLA - AUTORIDAD
FUNDADORES
¡INVITA!

PROHIBIDO
FUMAR
EN EL CENTRO
CIVICO



Patrimonio urbano en disputa: La Pepita entre la institucionalidad y la memoria colectiva

Hector Ricardo Vargas Sánchez

El proceso de patrimonialización en contextos urbanos contemporáneos trasciende la mera conservación de bienes tangibles para adentrarse en la compleja articulación entre memoria colectiva, morfología urbana y prácticas socioeconómicas persistentes.

La patrimonialización no es un acto neutro; por el contrario, implica una transformación en la relación social con el espacio. Como ha señalado Rodney Harrison (2010), el reconocimiento oficial reconfigura la percepción de lugares y prácticas, sacándolos de la cotidianidad y colocándolos en una esfera de valor preservable. Sin embargo, esta intervención institucional debe dialogar con las memorias y prácticas locales: la condición de patrimonio nace también de las vivencias comunitarias, tal como lo muestran los estudios sobre lugares de memoria (Nora, 2008) y las críticas que advierten sobre la imposición de relatos oficiales (Delgado, 2001).

En relación con el caso de La Pepita, este marco exige reconocer que la legitimidad patrimonial del barrio dependerá tanto de la evidencia documental y morfológica como del reconocimiento social de residentes y comerciantes. La tensión entre declarar y reconocer (entre proceso institucional y proceso comunitario) debe resolverse mediante mecanismos participativos y evidencia técnica que muestren la autenticidad, integridad y representatividad del lugar. En la obra de Rodney Harrison (2010) en la que indaga a profundidad sobre el concepto mismo del patrimonio y el modo en que este puede tener diversas manifestaciones, se parte de una discusión bastante compleja sobre los sitios declarados como patrimonio o patrimoniales:

En el momento en que un lugar recibe el reconocimiento oficial como sitio patrimonial, su relación con el paisaje en el que se encuentra y con las personas que lo utilizan cambia de inmediato. De alguna manera, se convierte en un lugar, un objeto o una práctica fuera de lo cotidiano



San Andresito San José Bodegas Fundadores.
Foto DeambulAB. Octubre 2025

(Harrison, 2010, pág. 11. Traducción propia).

Según este autor, el reconocimiento de un sitio como patrimonial genera una nueva forma de relacionarse con el espacio y de entenderlo por parte de la comunidad. Sin embargo, bajo este principio, la declaratoria de un sitio como bien patrimonial parece ser un proceso externo en que los sujetos deben conferirle un status particular al lugar, bien u objeto por su mera declaratoria. En este sentido, el proceso de patrimonialización está mediado por la existencia de instituciones que avalan esta condición y, por tanto, quienes determinan este tipo de declaratoria se encuentran por fuera de las comunidades asignando valores a partir de unas condiciones y categorías técnicas exógenas.

No obstante, otras visiones un poco más críticas del concepto mismo del patrimonio proponen que la condición patrimonial emerge de las vivencias y los valores que las comunidades atribuyen a los lugares, se trata de un proceso similar al que experimentan los lugares de memoria estudiados por Nora entendidos «como toda unidad significativa, de orden material o ideal, que la voluntad de los hombres o el trabajo del tiempo ha convertido en elemento simbólico del patrimonio memorial de una comunidad cualquiera» (Nora, 2008, p. 72).

En el campo de los estudios sociales y el patrimonio, el concepto de lugar de memoria ha generado debate, puesto que algunos autores críticos señalan que es un término redundante, pues todo lugar solo adquiere esa condición cuando la memoria social lo reconoce y enuncia. En palabras del antropólogo Manuel Delgado, «un lugar sólo llega a ser distingible a partir de su capacidad para establecer correspondencias [con la memoria]» (Delgado, 2001, p. 11), de modo que el término reforzaría un discurso oficial que destaca ciertos recuerdos y olvida otros. Dicho esto, el caso del barrio La Pepita podría categorizarse dentro de estas nociones, puesto que de acuerdo con el Plan Especial de Manejo y Protección (PEMP) vigente, este hace parte de la declaratoria del Centro Histórico de Bogotá dentro de su área de influencia, pero en una porción mínima, puesto que solo hace parte de esta la cuadra sobre la cual se ubica el Centro Comercial España Plaza.

«De esos ejercicios de resistencia es de los que yo hablo. Hicimos meter a La Pepita en el radar de los Planes Parciales porque les dijimos la importancia de los ropavejeros. Lo íbamos pregonando en los recorridos, porque les decíamos: «¿Cómo no va a estar este nicho, este hito fundacional de la ciudad? O sea, ¿cómo no va a estar este paisaje de la memoria? ¡Porque no ha desaparecido: aquí está!»»

John Bernal

Valor para su inclusión

Al revisar los factores que llevan a esta inclusión, se encuentra que esta cuadra se encuentra categorizada como un espacio de comercio tradicional de acuerdo con la plancha 19 de los anexos técnicos del PEMP. Luego de una indagación en los documentos técnicos, en ellos no se define qué se entiende por esta categoría y cuáles son los componentes que llevan a esta delimitación tan puntual. Si bien en la expedición de este instrumento de ordenamiento territorial no se enumeran criterios claros para definir *tradicional*, sí orienta su reconocimiento mediante atributos patrimoniales: arraigo histórico (trayectoria continuada en un lugar o rubro), contribución a la identidad barrial y vinculación a prácticas culturales endógenas (oficios artesanales, celebraciones locales, etc.).

Por otro lado, al consultar sobre las unidades de paisaje dentro de las que se ubica esta porción única del barrio La Pepita, se encuentra que hace parte de la unidad creada entre la calle 10 y 11. Esto, si bien no da mayores indicios sobre su valor, permite entender que esta zona forma parte integral del paisaje en relación con espacios como la Plaza España y el hospital San José, entre otros puntos de relevancia histórica de la ciudad. Comprendiendo los factores alrededor de la declaratoria de este fragmento del barrio, nace una incógnita que guía este texto ¿Por qué el resto de La Pepita no hace parte del PEMP- CHB?

La cuestión patrimonial

Aunque La Pepita no es parte del núcleo fundacional de Bogotá, empezó como un barrio residencial en los 40 y en la década de los 60 del siglo XX comienza un proceso de transformación a bodegas, talleres e industrias que empiezan desde la calle 11 hasta acercarse a la 6. Este proceso de desarrollo urbano refleja la expansión industrial y comercial durante las últimas décadas del siglo XX. Su trazado, arquitectura de baja altura y tipologías edificatorias asociadas al comercio y bodegaje remiten a un momento clave de la transformación económica capitalina. Estas características, sumadas a su cercanía con la Plaza España, lo conectan con el circuito histórico de abastecimiento de alimentos y bienes, un sistema urbano que ha modelado la vida social y productiva del centro-occidente bogotano.

Si se desarrollara un análisis morfológico en relación con esta área es posible evidenciar que la configuración urbana de La Pepita no es aleatoria, sino resultado de una especialización funcional ligada a su vocación comercial. En primer lugar, la disposición del espacio permite evidenciar que la trama de calles presenta una estructura conectiva hacia plazas y corredores de transporte, con pasajes y accesos que facilitan operaciones de carga y descarga. Las plantas bajas mantienen un uso predominantemente abierto al comercio, con fachadas alineadas al paramento y umbrales diseñados para la exposición de mercancías. Aunque han existido transformaciones, la dedicación comercial se ha mantenido como elemento transversal.

La arquitectura de la zona encuentra como punto común la predominancia de lotes de frente estrecho y fondo profundo, construidos a partir de la compra de viviendas antiguas que son demolidas para dar paso a edificaciones mixtas compuestas por un uso eminentemente comercial en planta baja y almacenamiento o producción en niveles superiores. Además, las tipologías edificatorias forman un conjunto morfológicamente legible que refleja su función logística y comercial.

El comercio tradicional se reconoce como patrimonio cultural inmaterial, pues da continuidad a prácticas culturales y refuerza la identidad de territorios. En el contexto de Bogotá, el PEMP del Centro Histórico identifica a estos comercios como elementos prioritarios de salvaguarda, por su función en la transmisión de saberes, la memoria social y la cohesión comunitaria.

El barrio La Pepita, conocido por su concentración de talleres, bodegas y comercios de indumentaria e insumos, representa un enclave comercial con alto grado de continuidad funcional y de apropiación comunitaria, factores que, articulados, justifican su potencial inclusión en una declaratoria de Bien de Interés Cultural. Esta categoría corresponde al patrimonio cultural inmaterial definido por la UNESCO (2003), en tanto conjunto de saberes, prácticas y expresiones transmitidas de generación en generación, que aquí encuentran

Comercio tradicional

soporte físico y territorial.

En el marco colombiano, la Ley 397 de 1997 y sus reglamentaciones permiten incluir dentro de la valoración patrimonial aquellos establecimientos y prácticas económicas que se constituyen como referentes culturales, siempre que cumplan criterios de autenticidad, integridad, representatividad y valor social (Ministerio de Cultura, 1997). Los PEMP han incorporado esta perspectiva, reconociendo que el comercio tradicional contribuye a la preservación de paisajes culturales urbanos y a la permanencia de comunidades en contextos de presión inmobiliaria enmarcándose claramente en una dimensión inmaterial del tema.

La Pepita mantiene un perfil comercial especializado en la venta de víveres, insumos alimentarios, repuestos, ropa, perfumes, herramientas y bienes para el abastecimiento local y regional que no solo abastece a personas, sino también a comercios en diferentes zonas del país. Muchos de estos establecimientos han sido atendidos por grupos sociales que mantienen prácticas de intercambio de bienes o tácticas de venta, transmitiendo tanto conocimientos técnicos como relaciones comerciales consolidadas.

Más allá de la transacción económica, estos comercios constituyen nodos de interacción social: clientes y proveedores mantienen vínculos que exceden lo mercantil, incorporando confianza, reciprocidad y formas de solidaridad que son parte de la vida de barrio. Este tipo de redes se alinea con la categoría de *patrimonio cultural vivo* reconocida en políticas patrimoniales contemporáneas.

En el urbanismo patrimonial contemporáneo, las unidades de paisaje constituyen una herramienta clave para el análisis y la gestión de áreas con valores culturales, ambientales y sociales (Montoya, 2014). En el contexto colombiano, los PEMP reconocen el paisaje como un bien cultural cuya valoración exige integrar elementos naturales y construidos, junto con sus significados históricos y simbólicos. Este enfoque ha permitido identificar y zonificar sectores de interés patrimonial según sus características formales, usos, dinámicas y percepciones colectivas.

La Pepita es un enclave comercial y productivo que presenta coherencia espacial y funcional que lo hace susceptible de ser reconocido como unidad de paisaje en un PEMP, paso que podría fortalecer su argumentación para una declaratoria como BIC.

Algunos de los factores que permiten argumentar que el caso de La Pepita puede ser entendido como una unidad de paisaje es que este barrio conserva un trazado urbano regular, con manzanas y lotes que mantienen proporciones históricas. Además, las tipologías edificatorias forman un conjunto morfológicamente legible que refleja su función logística y comercial.

Su rol histórico en las cadenas de abastecimiento de la ciudad y su permanencia como enclave de comercio tradicional le otorgan significados culturales reconocidos por residentes, comerciantes y usuarios. La Pepita funciona como un paisaje cultural urbano donde la memoria social está anclada en la materialidad y en las prácticas cotidianas (Serna, 2023).

Unidades de paisaje



C.C. ESPAÑA PLAZA



La zona de La Pepita presenta claros valores patrimoniales, económicos y socioculturales que justifican su inclusión en el área de influencia del PEMP del Centro Histórico de Bogotá, así como su declaratoria autónoma como BIC. Aunque actualmente no está contemplada en el perímetro del PEMP, diversos factores técnicos y normativos respaldan su incorporación. En primer lugar, La Pepita se ha consolidado históricamente como un epicentro comercial, ya que se trata de un lugar que conserva las dinámicas económicas y de memoria.

Sin embargo, su protección implica plantear políticas que integren la actividad comercial y la identidad popular al patrimonio urbano. La posibilidad de declararla BIC sea de carácter distrital o nacional, no solo protegería edificaciones y calles, sino también el tejido social y las formas de vida urbana vigentes, en tanto la zona habitacional también sea tenida en cuenta en una potencial revisión de esta declaratoria.

Finalmente, la argumentación en favor de La Pepita debe combinar la conservación con la mejora de condiciones urbanas actuales. Es posible evidenciar en un acercamiento a campo que, a pesar de su valor histórico, la localidad Los Mártires –y por ende la zona de La Pepita– ha sufrido un deterioro importante en el espacio público. **Incluir a La Pepita en el PEMP y declararlo BIC no significa inmovilismo urbano, sino todo lo contrario: permite planificar de manera coordinada la mejora de accesibilidad, andenes, alumbrado y equipamientos bajo las normas de un plan integral de manejo.** De ese modo, se protegerían las edificaciones y actividades existentes mientras se impulsa una infraestructura pública digna.

En conclusión, la argumentación a favor de La Pepita debe integrar la conservación patrimonial con la mejora de las condiciones urbanas actuales. La preservación de las actividades comerciales tradicionales y de la memoria en La Pepita coexiste con la necesidad de elevar la calidad de sus espacios urbanos. Pero queda la duda sobre si las comunidades darían el sentido patrimonial a esta zona ante una eventual declaratoria o si se trata de unas dinámicas sociales que deben quedar en la memoria social como un centro de intercambio económico de gran relevancia. Esto solo el tiempo lo podrá decir.

¿La Pepita puede ser declarada como Bien de Interés Cultural?

referencias

- Delgado, M. (2001). Memoria y Lugar. El Espacio Público Como Crisis Del Significado. Valencia: Ediciones Generales De La Construcción.
- Harrison, R. (2010). What is heritage. En R. Harrison, Understanding the politics of heritage (págs. 5-42). Manchester: Manchester University Press.
- Ministerio de Cultura. (1997). Ley 397. Colombia.
- Montoya, J. (2014). Bogotá, Urbanismo posmoderno y la transformación de la ciudad contemporánea. Revista de Geografía Norte, 9-32.
- Nora, P. (2008). Les Lieux de mémoire. Ciudad de México: Trilce.
- Serna, A. (2023). Monumento y documento en tiempos de “géneros confusos”. En A. Castiblanco, C. A. Reina, & A. Dimas, Documento, monumento y memoria. Desafíos para la archivística y la museística en tiempos de géneros confusos. (págs. 17-36). Bogotá: Editorial UD.
- UNESCO. (2003). Convención para la Salvaguardia del Patrimonio Cultural Inmaterial. Convención para la Salvaguardia del Patrimonio Cultural Inmaterial (pág. 19). Ginebra, Suiza: UNESCO.

Ana Cecilia Escobar Ramírez *Historiadora*

Soy historiadora, nerd y madre. Me apasionan desde pequeña los museos y en el camino encontré el patrimonio, los rompecabezas, la arquitectura religiosa y el tejer como los complementos perfectos para esta sopa santafereña que llamo identidad.

Jenny Lorena Bohorquez Moreno *Pedagoga*

Soy maestra, hija y amiga a la distancia. Me gusta la filosofía, la historia y la cultura. Amo el Tetris y los libros que se leen y miran. Tengo memoria fotográfica: para mí, el mundo es un álbum de monitas.

Sara Lucía Gómez Machado *Historiadora*

Soy historiadora, docente e ilustradora. Me encanta viajar, dibujar, hacer música y amo a los perritos.

Vanessa Vellojín González *Artista plástica*

Soy una creativa dispersa con un proyecto siempre deambulando. Presidenta vitalicia del club de fans del queso, las jirafas y el día de las velitas. Admiradora profesional de los souvenirs, las tiendas de barrio y los libros sobre Bogotá.

Héctor Ricardo Vargas Sánchez *Antropólogo*

Soy un antropólogo bogotano apasionado por el fútbol y la investigación. Disfruto recorrer Bogotá y aportar desde las ciencias sociales al fortalecimiento de los vínculos entre las comunidades y sus territorios.

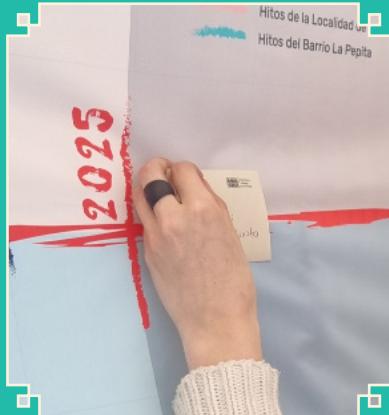
SIEMPRE GRACIAS

A todas las voces que hicieron posible este recorrido por la memoria de La Pepita y San Andresito San José.

A quienes abrieron las puertas de sus casas, locales y recuerdos para compartir con nosotras las historias que dan forma a este territorio.

Gracias a Jaime Garzón, comerciante del sector; Siervo Florián, presidente de San Andresito San José; Vicencio Ortiz, ropavejero; John Bernal, gestor cultural de ARCUPA; Ivonne Toledo, coordinadora del CREA La Pepita; Martha Pedraza y Germán Pineda, representantes de la JAC El Ricaurte; Juan Laverde y Laura Pérez, del programa Entornos Escolares Inspiradores; y a los habitantes Sunny Romero, María Sánchez y Hans Romero, por su generosidad, memoria y confianza.

Cada palabra, fotografía y recuerdo compartido hizo posible que este libro no solo contara una historia, sino que tejiera un puente entre el pasado y el presente del barrio.



Este libro se terminó de imprimir en noviembre de 2025, 5 años después de crear *Historia entre-tiendas* nuestra primera aventura explorando el patrimonio bogotano.